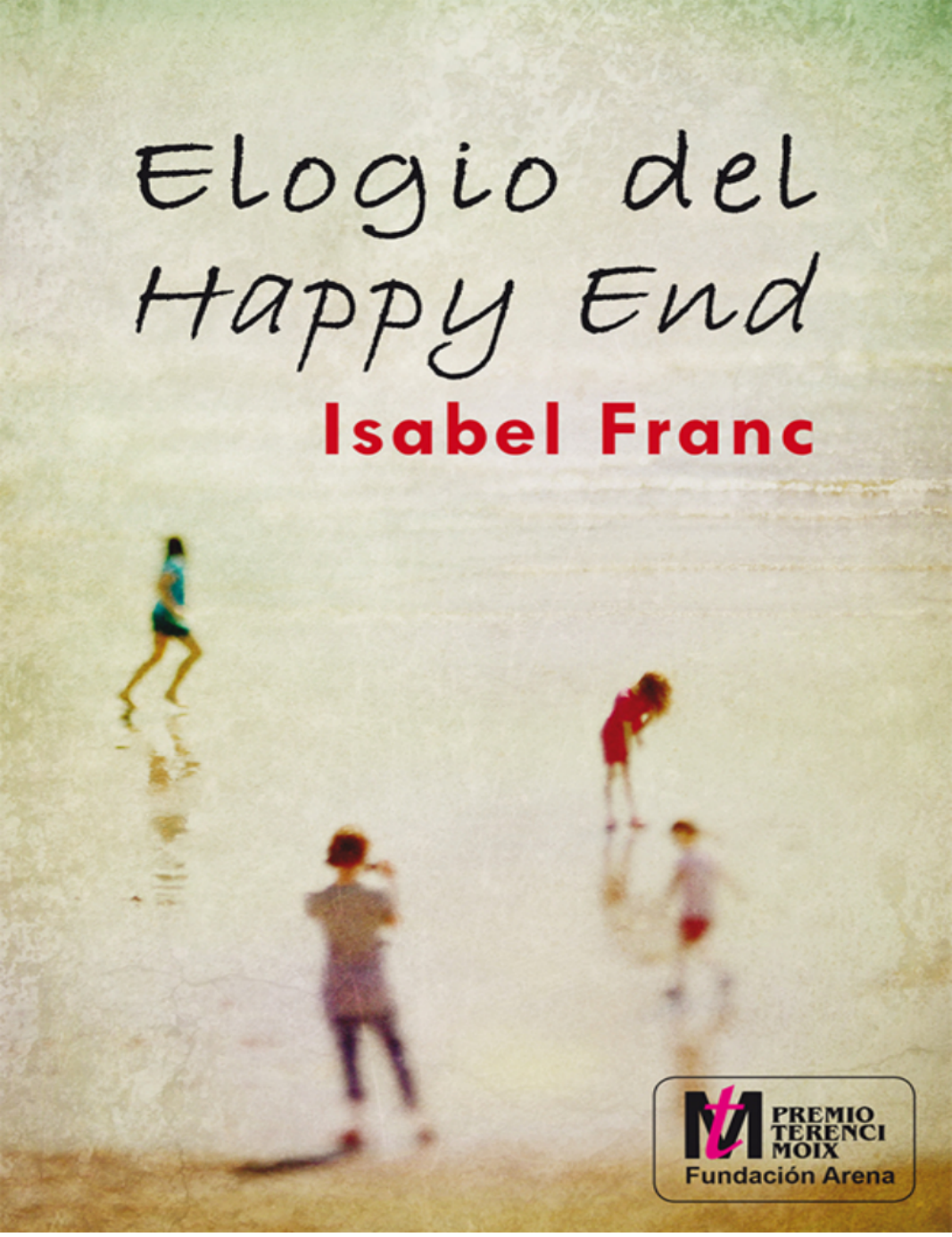
Elogio del Happy End

Isabel Franc



PREMIO TERENCI MOIX
Fundación Arena

A la tribu.
A Sana y a Richard, tardes de vino y risas siempre en la memoria.

Cuéntame un cuento con final feliz, Pew.
En el mundo, dice Pew, eso no existe.
¿Un final feliz?
No, un final.
Jeannette Winterson
La niña del faro

Y si el final
no fuera más que un algo
que se enciende
hacia otra parte.
Vanesa Pérez-Sauquillo

Capítulo 1
La crisis del séptimo año

Sobremesa de un sábado de otoño. Justo este fin de semana cambian la hora. A partir de hoy, los días serán más cortos, la luz menguará de golpe. Cuando Adela y Amanda salgan de sus respectivos trabajos, estará cayendo la noche. Apenas las seis de la tarde y ya de noche. No han hablado de ello. En realidad, no han hablado de nada desde que apareció en la pantalla del televisor el título del film que, como cada sábado, ponen a esta hora y ellas, más por inercia que por deseo de verlo, se tragan cabezada va, cabezada viene. Tampoco lo han comentado, pero es muy probable que, en su interior, la carcoma de la inminente oscuridad esté haciendo estragos, al menos en Adela, que lleva un rato rumiando y haciéndose mala sangre por dentro sin saber, ni ella misma, el origen o el motivo. La tele de fondo, como tantas noches, como tantas tardes de sábado, con ese run-run de película americana donde todo es ideal y acaba bien le está provocando una especie de comezón que no presagia nada bueno. En la caja tonta, una familia cinematográfica, de corte folclórico y reproductivo, está celebrando una barbacoa en algún jardín de Wisconsin. Ninguna de las dos atiende a la trama; miran las imágenes pero no se enteran. Amanda ha dormitado un rato y, al volver en sí, descubre que la unidad familiar está en un aprieto. No se inquieta, el drama no le provoca el más mínimo interés; aunque no ha visto la película, sabe de sobra cómo seguirá y cómo culminará. A Adela, en cambio, la perspectiva de un *happy end* tan previsible como edulcorado —a pesar de los tropiezos— le ha disparado algún resorte interno porque, a bocajarro, sin aparente razón ni previo aviso, pregunta:

—Cariño, ¿cuántos años llevamos juntas?

—Mmmmm —medita Amanda—, ¿unos siete, quizás, amor mío?

Cómo han podido aguantar tanto, se pregunta Adela al tiempo que evoca un artículo de una psicóloga alemana, o neozelandesa (vete a saber; y poco importa; que en todas partes cuecen habas) donde se hablaba de la barrera de los siete años. «Crisis de habituación» la llamaba. Y argüía que, pasado ese tiempo de vida en común, las cosas (no concretaba qué cosas) pierden valor a medida que se hacen habituales. Se entra en una etapa crítica, una desaforada necesidad de hacer balance corroe la dinámica doméstica y el «tengo que dar un giro a mi vida» ataca sin piedad.

—Sí, exacto, siete años —dice Adela roída por el reconcomio, y añade—: Pues ha llegado la hora de tener una crisis.

Amanda levanta un ojo algo aturdido y lo clava en su compañera sin dar crédito a lo que acaba de oír.

—¿Qué dices?

—Lo que has oído —responde la otra sin apartar la mirada de esa tele, con esa familia y esa barbacoa y ese amenazador final feliz.

—Pero… pero, cielo…

—No, no me lleves la contraria —se exalta—. No me lleves la contraria como has estado haciendo durante todos estos años.

—No, mi amor, si yo lo único que quiero es que tú y yo…

—Que tú y yo ¿qué? ¿Eh? —pausa—. Como si tú y yo tuviéramos algo en común.

Amanda se estresa:

—Pero, cariño, compartimos esta casa, compartimos lecho, pagamos cuota familiar en el gimnasio…

—¡Uy! Para, para, no te embales. Pagamos cuota familiar en el gimnasio porque nos sale más barato, en el lecho hace siglos que no hacemos otra cosa que roncar y compartimos esta casa como si fuéramos compañeras de piso, unas burdas *roommates*, nada más. No nos hemos casado, no hemos tenido descendencia. ¿Es eso compartir una casa? ¿A esto le llamas tú tener un hogar?

Amanda suspira con dudoso alivio, al menos ve una remota salida.

—¡Ah, bueno! Si el problema está ahí, pues nada, nos casamos y adoptamos una niña. O, si prefieres, me insemino yo.

Antes que serenar a Adela, la solución propuesta la irrita más todavía:

—Pero tú… pero tú… ¿Tú cuándo usas la cabeza? ¿Cómo te vas a inseminar con la edad que tienes?

Amanda intenta:

—Ahora hay tratamientos que…

Pero no puede ni terminar la frase.

—… que cuestan un pastón y, por si no te has enterado, además de los tratamientos hay una crisis internacional que no se la salta una torera. ¿O es que no lees el periódico en tu despacho? Noooo, ¿qué digo? La señora tiene demasiada actividad académica como para ponerse a leer el periódico, la señora es una figura en su facultad, la señora escribe libros sobre las aves palmípedas en el paleolítico superior, la señora está muy considerada, tiene buen rollito con las alumnas y, con algunas, algo más que buen rollito, las llama a su despacho para comentar los trabajos, ¿verdad que sí?

Amanda tartamudea:

—Pu… pues sí, claro, comento con ellas los trabajos y hasta los exámenes.

—¡Ah! Genial. Esta sí que es buena. ¿Los exámenes también?

—Sí, a las que me lo piden, pues sí, claro, pero…

—A las que te lo piden.

—Sí.

—¿Y te lo piden muchas? ¿Eh? ¿Te lo piden muchas?

—Bueno, bfff —piensa—, no sé, unas…

Amanda está todavía haciendo cálculos cuando le cae encima, como un misil Tomahawk, la siguiente pregunta.

—¿Con cuántas te has acostado?

—¿Qué? ¿Cómo?

—Me has entendido perfectamente. Que con cuántas te has acostado. ¿Cuántas te piden «revisar —con mucho retintín— el examen»?

Amanda empieza a sentir un vahído en las neuronas y un frío interior la recorre como si la sangre se le estuviera cristalizando y se le quedara hecha un cubito en la boca del estómago.

—Pero, amor mío —exclama con un hilo de voz—, ¿qué estás diciendo? Yo no me acuesto con las alumnas, ni con las que me piden revisar el examen ni con las que no.

Se hace el silencio, un silencio sonoro porque, de fondo, la televisión sigue con su feliz *family live* a punto, a punto de concluir; se intuye por la hora que es y porque ya se abrazan. Adela abre una revista que dormitaba en el sofá y se pone a hojearla. El ceño fruncido, los dientes apretados, la mandíbula rígida. No lee, ni siquiera se detiene a mirar las fotografías. Pasa con tanta rabia las hojas que la pequeña corriente de aire que se crea llega hasta la cara de Amanda como si le estuvieran soplando con un fuelle. A Amanda el asunto se le ha quedado dando vueltas en la cabeza igual que un tiovivo desbocado que no sabe hacia dónde tiene que girar. Y en una de esas rotaciones sin ton ni son del pensamiento, avivada una recóndita ira por el vientecillo de las hojas de la revista, reacciona y se da cuenta; o al revés, se da cuenta y reacciona:

—Oye —le reclama a Adela, con el cuello ladeado, una ceja levantada y la nariz con la arruga propia de la sospecha—, no lo dirás por ti.

Adela sigue pasando las hojas, no levanta la mirada, hace como que no le afecta lo que acaba de oír.

—¡Bah! ¡Qué dices!

—Digo que si te has acostado con alguna de tus alumnas —su tono ha cambiado, ahora es duro, exigente, recriminatorio y va subiendo el volumen—. Y mírame a la cara cuando te hablo.

Adela levanta la vista, contiene la respiración, la mira con una expresión a caballo entre el desafío y la culpa y exhala:

—Hace años que no tengo nada con mis alumnas.

Hay una pausa. Adela sigue hojeando la revista, ahora con menos furia. Como en un momento, de tanto pasar páginas, llegó hasta el final de la publicación, ha vuelto atrás y sigue hojeando pero al revés, de la última hacia la primera. Amanda mira sin ver la pantalla del televisor. Música de orquesta, risas y brazos en el hombro para el

empalagoso *The end*, mientras el silencio entre ellas se hace cada vez más tenso. Un flujo de energías electrizadas se ha instalado en el pequeño espacio que las separa. Están sentadas a escasos metros, una en la butaca, la otra en la *chaise-longue*. La tensión crece. En pantalla, empieza el rosario de anuncios y Amanda suelta un sonoro manotazo en la mesita de centro donde reposan algunos libros, el mando a distancia de la tele, el de la cadena de música, el del DVD, un juego de posavasos y un cenicero que no se usa porque ya ninguna de las dos fuma.

—Te he hecho una pregunta —grita—. ¿Te has acostado con alguna de tus alumnas, sí o no?

A Adela se le anegan los ojos, suda, se frota la frente y la pierna izquierda se le dispara como le ocurre siempre que está nerviosa o se ve en una situación comprometida. Y Amanda sabe muy bien que cuando la pierna de Adela empieza a traquetear no para hasta que cesa el motivo que la ha disparado. Adela, por fin, habla entre aspavientos:

—Fue solo una vez.

De nuevo silencio y miradas: asesinas por parte de una, de remordimientos por parte de la otra.

—¡Ah! O sea que… o sea que ¿me has sido infiel? ¿Me estás diciendo que me has sido infiel?

—Lo siento, Amanda, yo…

Amanda se levanta airada.

—Lo siento, lo siento, lo siento. Siete años con el mismo rollo. ¿No se te ocurre otra cosa?

El tono que está usando Amanda reaviva la cólera en Adela.

—¿Qué quieres que te diga? —replica con energía—. No pude evitarlo, se me abalanzó. Desde principio de curso había estado coqueteando conmigo hasta que un día se me echó literalmente encima. ¿Qué querías que hiciera? Dime, ¿qué habrías hecho tú? Llevábamos meses que tú y yo no…

—Tú y yo no qué, ¿eh? —inquiere Amanda desafiante.

—Que no nos enrollábamos.

—Ya, ya, eso ya lo sé, pero ¿por qué no nos enrollábamos? ¿Te has parado a pensarlo? ¿Ya no te acuerdas de quién quería enrollarse y quién decía siempre que estaba muy cansada?

—Trabajaba doce horas diarias.

—¡Oh, claro! La madama, la doctora en economía sostenible, la subconcejala del barrio, la directora de veinte mil tesis doctorales. Trabajabas tanto que no podías estar por tu pareja, no podías pensar en formar una familia. Ahora ya… —al decir esto pone mucha amargura en el tono de voz—… nunca tendremos una familia, ¿te das cuenta? Ya no nos da tiempo —sacude la cabeza y vuelve al tono de

rabia—. Porque tú estabas muy ocupada no adoptamos en su momento, por eso ahora somos unas burdas *roommates*. Y sí, por eso ahora me he tirado a mi doctoranda.

—¿¡Cómo!? —grita Adela.

—Lo que has oído —y añade con sorna—, «cariño». ¡Ay!, es que se me echó encima, no pude evitarlo… ñi, ñi, ñi… ñe, ñe, ñe… Sí. ¿Qué pasa? ¿Eh? ¿Qué pasa?

—Que ¿qué pasa? —se levanta Adela roja, morada de ira. Se levanta y lanza la revista que cae abierta de hojas en la *chaise-longe* y la gata, que hasta ese momento dormitaba en un extremo como una figura de porcelana, entra en escena soltando un bufido al amasijo de páginas noqueadas que le ha caído al lado; baja del sofá de un salto y, en un soplo, ha desaparecido—. Pasa que no aguanto más, que no me divorcio porque no estamos casadas, pero te juro que esto se acabó —berrea—. Esto se acaba, Amanda, por mis ovarios que se acaba.

Suena un portazo (es la puerta del comedor), pasos rotundos a través del pasillo, otro portazo; la del cuarto de baño, reconoce Amanda; todo va como tiene que ir. Pasa un rato largo hasta que Adela sale del baño con los ojos hinchados y un pañuelo de tisú bajo las pituitarias. Amanda sigue en la butaca con ese gesto tan suyo de roerse la uña del pulgar. Esa uña no le crece, no necesita lima, le basta con el roce de los incisivos para estar siempre a ras de yema. Durante horas, no se hablan. Esa noche dormirán giradas hacia el exterior de la cama, cada una en un extremo, dándose la espalda la una a la otra y dejando el centro de su lecho conyugal de metro cincuenta desangelado y frío.

Adela y Amanda se conocieron hace mil años en los círculos de militancia feminista, pero pertenecían a grupos diferentes por lo que sus vidas se fueron cruzando ora en un congreso, ora en una mani, ora en unas jornadas, sin llegar a intimar. Tuvieron, cada una por su lado, una serie de relaciones amorosas más o menos tormentosas con su consecuente ruptura seguida de un periodo de desamor que, por fortuna y gracias tanto a su juventud como a la ley de la oferta y la demanda, nunca fue demasiado largo. Pero conforme se hacían mayorcitas y la peña se iba situando, el mercado empezó a flojear.

En el caso de Adela, su última relación había durado doce años, los cinco últimos en continuo conflicto (desde la crisis del séptimo, precisamente). Mucho hacía que Adela quería dejarlo, pero las separaciones son tan duras, tan desestabilizadoras. Además, tenían el piso comprado a medias, una casita alquilada en el campo con otras dos parejas y sus respectivas criaturas, unas acciones en bolsa, cuota familiar en el centro de talasoterapia, amigas comunes, en fin… ¡Había que desmontar tantas cosas!

—Esos últimos cinco años fueron un suplicio —recordaba Adela

cuando estaba en tratos con Amanda—. Yo quería dejarlo, pero, ya sabes, que no encuentras el momento oportuno, que no quieres hacer daño, que todo es tan complicado… Y en un encuentro en Ciudad Real conocí a una mujer… más joven que yo; bastante más joven que yo y… esas cosas que pasan, que no te las esperas. Nos dio muy fuerte a las dos, nos enrollamos, mi ex lo descubrió y… Para qué te voy a contar: ¡montó un pitote! Y luego, claro, todo el mundo me culpó a mí de haber roto la relación por una tercera persona, cuando la relación estaba rota desde hacía años.

—Es lo que tiene —comentó Amanda.

—Y me dijeron cosas horribles, como por ejemplo que yo había aguantado con mi pareja por no quedarme sola, y me había atrevido a dejarla solo cuando tenía a otra para calentarme la cama.

—Es que la gente es muy cruel.

La historia de Adela con la mujer más joven que ella, bastante más joven que ella, duró dos telediarios. Cuando la otra la dejó, Adela alquiló un piso porque necesitaba un tiempo de soledad para superar los duelos y encontrarse a sí misma, dijo. Pero pasó una buena temporada lanzando la caña a toda candidata que se ajustara al perfil deseado ya fuera soltera, recién separada o, a su manera, desposada. Y hay que decir que, en aquel momento, cualquiera que reuniera unos requisitos mínimos era una potencial candidata: mujer, franja de edad bastante amplia, intereses culturales y poca cosa más. En su necesidad compulsiva de amar a destajo, tuvo varios *affaires* y citas recurrentes con intenciones serias que no llegaron a nada. Hasta que un día, en una reunión de coordinación, descubrió a la dulce Amanda.

—¿Cómo no he visto yo antes a esta señora? ¿Cómo no me había fijado en ella? ¡No me lo explico! —clamaba a los cuatro vientos.

Amanda, por su parte, tuvo varias parejas. Con la última, llegaron a una relación tan fraterno-filial que no había por dónde sostenerla. Se separaron y siguieron igual durante una larga temporada, con las mismas manías, las mismas dinámicas, los mismos tics, pero cada una en su casa. Amanda estuvo sus buenos seis años sin compañía fija. Durante todo ese tiempo, solo tuvo pequeñas aventuras sin fondo (y, la mayoría, también sin forma) que le provocaron más desazón que alegrías. Con Adela, en cambio, todo había ido tan rodado, tan a huevo. Dos señoras solas, con deseos de amar y ser amadas, de cuidar y ser cuidadas, granaditas ambas y sufriendo al unísono los martirios de la soledad; era de cajón y destino que se reencontraran. ¿O habría que decir «se encontraran», ya que nunca antes se habían fijado la una en la otra? Nunca se habían interesado ni se habían atraído. Aun así, lo suyo fue pasional desde el primer momento. Estaban hechas la una para la otra. Incluso coincidían la primera y última letra de sus respectivos nombres. Eso, sin duda, era una señal. Se dieron un sí

eterno, se dijeron, incluso, que todavía estaban a tiempo de formar una familia. Y, claro está, no tardaron en iniciar la convivencia. Al cabo de unos meses, ya estaban viviendo juntas: final feliz.

Aunque habría que matizar que se trata de un *happy end* momentáneo y en lo que respecta exclusivamente a su desaforada búsqueda. Para todo lo demás, solo fue el principio.

Capítulo 2
Voz de oboe

¿Cuánto hace que cambian la hora? Enia recuerda que, cuando era pequeña, los días se acortaban de forma imperceptible. Tal vez sea solo una apreciación suya; alguien (una listilla, seguro) le dijo que el cambio horario se aplica desde la I Guerra Mundial. Pero ella no se lo acabó de creer, tiene en su memoria el lento declinar de los días hacia el invierno y, solo en la pubertad, la conciencia de aquel tajo despiadado en la transición lumínica. Sábado en la tarde, la tele de fondo. Esta noche saldrá con las amigas; hay que aprovechar que les regalan una hora. Mañana podrá dormir hasta que el cuerpo le diga basta y espera que el despertar se demore porque, al fin y al cabo, no tiene nada mejor que hacer.

No, un momento, un momento —detiene sus pensamientos autocompasivos—, siempre tiene algo magnífico que hacer: pasear a Pino. Mañana podría llevarlo de excursión, a él le encanta y el anticiclón acompaña. Preparará un pic-nic, piensa mientras en la pantalla del televisor una familia asa costillas en una barbacoa de Wisconsin. Hará una tortilla de patatas, freirá unas croquetas de espinacas y rematará el conjunto con un tomatico abierto; para Pino, añadirá unas delicias de pollo; ella es medio vegetariana, pero al crío la carne le va un montón.

Pino tiene dos años, es mestizo aunque se parece mucho a una de las razas de moda, lo que hace que, a menudo, la gente se agache a saludarlo y hacerle mimos como si tuviera pedigrí. «¿Es un Jack Russell?», está harta de oír Enia y de responder que no, que probablemente tiene algo de Terrier, pero vaya-usted-a-saber qué mezcla lo engendró ya que se desconoce su origen. A veces, por cansancio, responde que sí y nota que Pino se crece.

La historia de este chucho enternece a cualquiera que esté dispuesta a escucharla y Enia, no hay que decirlo, disfruta contándola. Un atardecer de primavera, cuando se dirigía andando hacia la emisora en la que trabaja, mientras esperaba en un semáforo, oyó un gemido tan tenue como inquietante que provenía de una papelera cercana. Se aproximó a ella y observó que una bolsa de supermercado cerrada con un nudo se movía entre la mugre. La abrió. Había tres cachorros, dos de ellos sin vida y un tercero cuya pequeña boca se abría de forma desesperada para atrapar aire limpio. Enia también abrió la boca y recibió una bocanada de humo del autobús urbano que acababa de pasar ante ella rozando el bordillo y cercenando las copas de los plátanos. ¡Virgen santa! ¿Qué hacía con los dos cadáveres, cuando la prioridad era salvar la vida de aquel Jonás del plástico? Se quitó el fular porque, reconoce, le daba cierto asquito tocarlo, lo envolvió con

él, dio un par de vueltas sobre sí misma sin saber hacia dónde ir y, ante sus ojos, apareció el rótulo: «VET AQUÍ, clínica veterinaria».[1] El nombre era, además, una señal, uno de eso guiños del destino difíciles de creer tanto en la realidad como en la literatura, un juego de palabras tan enternecedor como genial. No acabó ahí el cúmulo de conmovedoras veleidades del azar. Por fortuna, no había clientela a aquella hora, de hecho, estaban a punto de cerrar, pero las veterinarias, dos jovencitas recién salidas de la facultad que hacía poco habían inaugurado el negocio, no pusieron reparo alguno en atender al cachorro moribundo y a su Teresa de Calcuta particular. Había que limpiarlo, mirarle las constantes, reanimarlo… y eso iba a llevar un tiempo, así que Enia tuvo que llamar a la radio para avisar de que llegaría tarde.

—¡No puedes hacernos esto! —gruñó su colega.

—De verdad que es un asunto de vida o muerte —y nunca mejor dicho pensó para sí mientras expresaba su réplica.

—Te paso con el jefe, a mí no me cuentes tu vida.

Su colega no se ha distinguido nunca ni por su simpatía ni por su amabilidad ni por su empatía, es una persona huraña; algo amargada, la ve Enia, pero no vamos a entretenernos con ella. La cuestión fue que, mientras esperaba para hablar con el jefe, escuchaba de fondo la emisión que salía por antena y justo en aquel momento sonaba la voz de Maria del Mar Bonet rasgando las ondas hasta llegar al esternón de cualquier alma sensible: *Mon cor estima un arbre! Més vell que l'olivera*… entonaba.

El Pi de Formentor, rememoró Enia entre el batiburrillo de pensamientos que se le acumulaban: que el jefe se pondría hecho una hidra, que a su colega había que relajarla, que ahora lo importante era salvar a aquel cachorrito que le cabía entero en la palma de la mano… *Mon cor estima un ca més petit que una oliva*, parafraseó (o paracanturreó si se prefiere) y de inmediato decidió que, si el perrito sobrevivía, lo iba a llamar Pino. Le pareció que ponerle Pi era fomentar la broma fácil; seguro que más de una emularía el 3'1416 de la letra griega y ya se veía aguantando comentarios del tipo: «qué cifra tan larga para un perro tan corto» y cachondeos por el estilo, así que prefirió castellanizarle el nombre. O sea, que sin darse cuenta y sin pensar en las consecuencias, ya había resuelto quedárselo. Por supuesto, a Pino no le quedó más remedio que sobrevivir.

Así que mañana saldrán de excursión. Lo tiene ya decidido cuando la familia americana sufre el contratiempo previsto —porque si no no habría película— y Enia, aunque no la ha visto antes, intuye cómo seguirá y cómo se resolverá. Le comunica la iniciativa a Pino, que, como es costumbre cuando la tele está encendida y Enia en el sofá, duerme enrolladito sobre su regazo.

—Mañana nos vamos de excursión.

El perro la ha entendido. Lo demuestra levantando las orejas y agitando una colita alegre y puntiaguda. Entiende la palabra «excursión» y otras muchas. Enia ha elaborado para las visitas y canguras una lista con el vocabulario de Pino y ha contabilizado más de 40 palabras, entre ellas, «coche», «paseo», «playa» y la susodicha «excursión». Como vocablos negativos o recriminatorios, capta a la perfección el «no» y se esconde bajo el primer sofá o cama que pilla al oír «marrano» o «Pino malo».

Enia está inquieta, ha puesto la película de la sobremesa para quedarse roque, pero no ha conseguido ni cerrar un ojo. Además, lo del cambio horario de invierno siempre la altera. Se levanta del sofá, pero no apaga el televisor que sigue zumbando de fondo, y se dirige al ordenador para comprobar lo que, hace horas, le ronda por la cabeza: ¿desde cuándo lo aplican? Abre San Google, teclea, clica y encuentra:

> «Esta medida se empezó a adoptar durante la I Guerra Mundial. Luego se olvidó y se volvió a aplicar a partir de la crisis del petróleo en 1973. Algunos países modificaron su horario oficial para aprovechar mejor la luz solar, de forma que se consumía menos electricidad. El cambio de horario permite adaptar las actividades humanas al ciclo de luz solar, de forma que se dependa en menor medida de la electricidad. Los detalles difieren dependiendo del país y sufren modificaciones de vez en cuando.»

¡Ah, muy bonito!, piensa Enia; ¿y de las alteraciones que provoca en el organismo humano no dicen nada? ¿Como si fueran peccata minuta? Sigue leyendo y, más abajo, encuentra:

> «Por otra parte también existen efectos no tan beneficiosos. El más comentado es la repercusión que tiene en nuestro ciclo orgánico, aunque la mayoría de los expertos opina que se trata de algo temporal hasta que el cuerpo se acostumbra al cambio de hora.»

—¡Bah! —protesta en voz alta—. Te hacen sentir como si fueras una histérica, cuando está comprobado que provoca desajustes hormonales importantes, pero ¿qué les importa? Les importa un comino si la mitad de la población pasa una semana deprimida porque la han metido de golpe en el invierno y se le han vuelto locas las hormonas; «el cuerpo se acostumbra» —gorjea burlona—. Lo dirán ellos que se acostumbra, yo no me habitúo hasta que vuelve a ser de día a las siete de la tarde.

Va al baño. Frente a la taza del váter, de forma que con cada pipí lo contempla, tiene enmarcado con grapas un dibujito de Pat Carra:[2]

Una máxima que insiste en recordar y recordarse a sí misma, sobre todo cuando las circunstancias la obligan a justificar su falta de actividad erótica; lo cual, todo hay que decirlo, sucede a menudo.

Tras vaciar la vejiga, se dirige a la cocina. Se prepara una merienda ligera y, mientras se la zampa, saca del congelador las delicias de pollo y las croquetas para freírlas mañana ya descongeladas. Durante un rato, duda si salir por la noche o no; se levantará tarde y, anochecerá más pronto, apenas podrán aprovechar el día. Pero ¿qué hará desde que cene hasta que se duerma? No se acuesta casi nunca antes de las tres, que hoy, para más tormento, serán las dos, con lo que, puede hartarse de leer y mirar la tele. De lunes a viernes, Enia hace un programa nocturno en la emisora de radio municipal: *Voces en la noche*. Una combinación de noticias, música, espectáculos, propuestas culturales, el horóscopo, el tiempo y, durante toda la emisión, mails de las radioyentes y comentarios en las redes sociales. Un espacio dinámico, con la serenidad que reclama la radio a esas horas: de once de la noche a una de la madrugada. Sintonías tranquilas, músicas profundas, cultura, entrevistas… una miscelánea de 120 minutos dedicados en exclusiva a las mujeres (todavía nadie se explica cómo se lo permitieron, pero sí por qué lo mantiene: goza de un club de fans extraordinario). La mayoría de radioyentes está

enamorada de su *savoir faire* radiofónico y, sobre todo, de su magnífica voz: una voz serena, afable y segura, con una pizca de ironía en el tono y una gota de nostalgia. Como un oboe. Fue una famosa soprano, que llevó al programa para ser entrevistada, quien así la calificó por antena: «Tiene el timbre de un oboe», dijo y, puesto que era una pedante incontenible, añadió: «que, como bien sabe la audiencia, se caracteriza por una sonoridad penetrante y mordente, ligeramente nasal, de una dulzura y una expresividad exclusivas».

—Gracias —correspondió la locutora procurando no desafinar el instrumento.

A su jefe le gustó tanto el comentario que, desde entonces, lo incluyen en el anuncio del programa y en la carátula de portada:

Voces en la noche, de lunes a viernes con la voz de oboe de Enia Grimau.

Enia, en realidad, se llama Eugenia González Grimau; muy poco comercial para su profesión, por eso eligió un seudónimo (o un pseudo pseudónimo ya que se corresponde con su nombre auténtico). Lo de Eugenia lo odia desde que nació. En casa la llamaban Genia para no confundirla con su madre, pero cuando apareció en el panorama musical la cantante Enya, de la que es fan incondicional, personalizó su nombre y, por primera vez en su vida, se sintió cómoda con él. En cuanto al apellido, siempre ha preferido el de su madre y no solo por razones sonoras o estéticas. Se siente tan identificada con él que, incluso, ha iniciado los trámites para cambiárselo en el DNI. Por desgracia, ya no está su madre para disfrutar de la iniciativa. A su padre ni se lo habría notificado.

Desde que hace el programa, el sueño no la vence nunca. Llega a casa sobre las dos de la mañana con la adrenalina todavía en ebullición y hasta las tres o las cuatro no se acuesta. No se lo ha dicho a nadie, pero todas las noches acaba (o empieza) con media pastilla de un hipnótico que, aunque necesita receta, consigue con facilidad. Acaba, digo, porque a menudo se empeña en combatir la adicción y se prepara unas hierbas relajantes o lee o las dos cosas hasta que los ojos ya no aguantan la irritación, pero el cerebro se resiste a desconectar y comienza el molinete entre las sábanas. O empieza, digo también, porque lo habitual es ingerir la pastillita antes de ir a dormir para evitar el cotidiano rodeo que tanto la irrita.

—Esta noche no puedo —le dice a Pino—, estoy fatal. No puedo permitirme el lujo de estar dando vueltas en la cama hasta las quinientas para terminar tomándome la pastilla poco antes de que amanezca.

Y zas, se la traga con un vaso de agua.

El final feliz ya está en ciernes. Entre la merienda y las consultas a Google se le ha pasado el tiempo sin enterarse de lo que se cocía en Wisconsin (aparte de las carnes a la brasa) y ahora ya sonríen, se

abrazan y suenan los acordes triunfales del más predecible de los desenlaces. La familia unida ha triunfado, ya está de nuevo en comandita y consolidada por los siglos de los siglos en una de esas casitas con porche y jardín, en madera clara y un balancín a la entrada. La escena provoca en Enia una especie de zozobra emocional. ¿A quién consiguen engañar con semejante patraña? Ni son ciertas esas familias ni existen en la realidad esos *happy end.* Hace tiempo que a Enia ese montaje llamado pareja no acaba de convencerla. La exclusividad del cuerpo y del deseo… ella no quiere ser propietaria de nadie y, por supuesto, tampoco desea ser propiedad exclusiva de otra.

Suena el teléfono.

—Hola, Enia. ¿Cómo está Pino?

—Bien, como siempre.

—¿Has visto la peli de la uno?

—A ratos.

—¡Qué bonita! Me encantaría tener una familia así, pero con otra chica, claro.

Sonia es una cursi cabeza hueca, piensa Enia, ¿no tiene otro objetivo en la vida que encontrar a su princesa azul para instalarse con ella en un apartamento del Ensanche, a falta de casita con porche? Ha estado dos años y medio desaparecida del circuito; justo el tiempo que le ha durado su última relación. En cuanto lo dejaron volvió a aparecer. Llamó a Enia una tarde, muy compungida toda ella, para expresarle lo súper mal que lo estaba pasando en su estrenada (y tormentosa) soledad y lo mal que se estaba portando la gente con ella. «Es increíble —le dijo—, llamas a las colegas: ¡Eh! ¿Hay alguien ahí? Y todo el mundo está en su rollo, va a su bola, nadie responde… ¡Qué fuerte, tía!» Casi se le saltaban las lágrimas al decirlo. Enia es para Sonia como una especie de mentora. La supera en edad y en cordura y siempre le ha dado buenos consejos, incluso alguna que otra amonestación cariñosa. En aquella ocasión, sin embargo, no quiso recordarle que ella siempre ha estado ahí, al otro lado, tanto cuando aparece como cuando pilla novia y no se le ve el pelo durante meses, años incluso. Sonia, por su parte, es para Enia la amiga intermitente, una Guadiana de las relaciones sociales. ¡Qué se le va a hacer! Paciencia.

Mientras la escucha, da vueltas a un pequeño osito llavero que había sobre la mesa y que ha cogido por inercia. Pino lo interpreta como una invitación al juego. Ella acepta el reto al tiempo que sigue la conversación pensando: «Ahora empezará a hablarme de sus noviables».

—¿Bueno, qué? —dice Sonia—. ¿No me preguntas por la cita del otro día?

¡Bingo!

—Sí, claro, ¿cuál de ellas?

—¡Jo, Enia, cómo eres! La de Internet que ponía en el anuncio: «¿nos descubrimos juntas».

—¡Ah, sí! ¿Y qué? ¿Os habéis descubierto juntas? Porque separadas es difícil.

Sonia emite una risita tonta y pasa a relatar las excelencias de la chica en cuestión.

—… y es filóloga, da clases de inglés, porque es inglesa, bueno, escocesa, que me lo dejó muy claro.

—O sea, que además de coincidir en todo en el perfil, tiene un plus de extranjería. Magnífico ¿no?

—No sé, bueno, ya se verá, pero pinta bien —y, tras un suspiro, pregunta—. Entonces ¿qué? ¿Salimos esta noche? Yo sí, porque me da que igual me la encuentro en el Selene. Podría llamarla, pero prefiero aguantar un poco y siempre es mejor encontrarse por casualidad, ¿no crees?

Sonia sigue hablando, Pino atrapa el osito y Enia cierra los ojos, separa unos centímetros el auricular de la oreja y oye, como en sordina, la retahíla que su amiga expresa con más ansiedad que euforia. Y en la oscuridad momentánea de sus párpados caídos, imagina la noche que se avecina, el follón de gente, la tontería de esta buscando a la escocesa, la otra evitando a una ex, aquella coqueteando con una pretendienta, la de más allá tirando los tejos a toda bicha viviente… Se imagina volviendo a casa en un taxi, de madrugada, desencantada y algo borracha. Abre de nuevo los ojos y ve a Pino, osito en boca, reclamando atención. En la mesa del salón tiene el libro de Katy Miravet, una psicóloga catalana (ni alemana ni neozelandesa, del país) a la que ha de entrevistar la próxima semana. Un controvertido ensayo con un título más bien pomposo, *La reinvención de Safo,* y un subtítulo imposible: *El mito del amor romántico en las comunidades tribadistas o cómo nos han engañado.* En cualquier caso, muy acorde con lo que Enia vive y siente desde hace… ¿años? ¿Décadas ya? Puede que toda su vida. Para colmo, ahí está Pino sentado frente a ella, con su nuevo juguete, mirándola con esa expresión tan suya, que parece estar diciéndole «no seas gilipollas, dónde vas a estar mejor que aquí, conmigo», y decide:

—No, me quedo en casa, que mañana voy de excursión.

—¡Ah, sí! —exclama entusiasmada la amiga—. ¿Con quién?

Es un «con quién» que podría muy bien traducirse por «¿has encontrado a una chica? ¿Dónde, cuándo, cómo? Cuenta, cuenta».

—Con Pino —responde Enia.

La voz de Sonia al otro lado indica decepción.

—¡Ay, Enia, así no vas a encontrar novia nunca!

—Eso me temo —remata ella.

La noche es tranquila, no demasiado fría, hay estrellas y en algún lugar, a esa hora añadida, está naciendo un gato.

Capítulo 3
Vecinas

En su misma calle (la de Enia, se entiende), vive Noelia con su hijo de nueve años, y a un par de manzanas están Rosa y Lola con sus dos niñas, Clarita y Lunila. Tener amigas cerca aporta muchas ventajas. Suelen recurrir las unas a las otras para cuestiones domésticas, favores mutuos y, a menudo, para hacerse compañía, contarse sus penas y/o echarse unas risas.

La Noe es maestra de educación infantil y odia su nombre. Se lo pusieron por una canción de Nino Bravo que estaba de moda cuando nació.

—Ya se lo podía haber currado un poquito más, mi santa madre —protesta Noelia.

Prefiere que la llamen Noe, pero eso le crea con frecuencia un malentendido: «Noe ¿de Noemí?» «No, de Noelia.» Es una cantinela habitual.

La Noe tuvo a su hijo por métodos naturales —llamémoslo así—. En aquella época, pipiola ella, saliendo muy colocada de una discoteca, tuvo un desliz con un ejemplar del género masculino. Fue, según cuenta siempre, un polvo estratosférico y, por supuesto, ni volvió a ver al tipo ni sería capaz de reconocer su cara si se lo encontrara por una de esas casualidades. Luego añade que lo de la maternidad la llamaba desde que tenía uso de razón, que no se habría sentido realizada si no hubiera parido. Deseaba, con auténtico fervor, ser madre. En concreto, deseaba ser madre de una niña a la que iba a poner de nombre Mar, pero, mira tú por dónde, le salió chico. Al principio, la Noe estuvo tentada de llamarlo igualmente Mar aunque fuera niño, «al fin y al cabo —argumentó—, la palabra "mar" es de género gramatical ambiguo», pero, asesorada por sus amigas y recriminada por su madre, que bastante disgusto tenía ya por cómo había sido concebido el angelito, rectificó a tiempo y le puso Max a secas, ni Maximiliano ni Máximo, solo Max. Aún tuvo otra discusión con la abuela de la criatura, que insistía en que Max no era un nombre cristiano, pero ahí ya no cedió.

El crío se ganó a la abuela en cuanto tuvo capacidad de diálogo. Fue con una frase que ya se ha convertido en histórica y que le dijo cuando aún no había cumplido los dos añitos, agarrado a su cuello como un koala:

—Yaya ma wapa del mundo.

A partir de ahí la madre de la Noe se relajó, pero sería por un tiempo muy limitado ya que pronto su hija le iba a dar otro disgusto. Cuando la Noe le dijo a su madre que tenía una novia, la señora tuvo un conato de infarto maternal.

—Esto se te pasará con el tiempo, ¿verdad, hija mía? —fue lo único que consiguió articular.

Pero no se le pasó. A partir de aquel momento, no solo dejó de tener relaciones con especímenes del sexo masculino sino que, para más desgracia familiar, cambió de bando de forma definitiva y, además, se hizo militante bollera.

—¡Qué cruz! —suspira a menudo la abuela—. ¡Qué cruz me ha tocado, Dios mío!

La verdad es que la Noe no llegó a afligirse porque el niño le saliera varoncito. Era tan monín, tan enterito, había nacido con tanta facilidad, mamaba con tanta pasión y se portaba tan bien… además, enfatizaba, «de un orgasmo tan apoteósico solo podía salir una criatura excepcional». Y lo era. Dormía como un bendito, le encantaba el baño diario y era precoz en todo; empezó a sonreír, a caminar y a hablar mucho antes de lo previsto. Siempre ha sido un niño delicioso, por lo que Noelia encajó muy bien su anomalía de género.

—También tiene que haber hombres sensibles —proclama— y si no los fabricamos nosotras, quién lo va a hacer.

Con esa convicción y una buena dosis de didáctica coeducativa (ya sabéis, cambiar modelos culturales, eliminar pautas sexistas y estereotipos de género, desterrar androcentrismos, etc. etc. etc.) saca adelante a su hijo. (Aunque… —entre nosotras— para ser del todo sinceras, cabe matizar que está deseando que le salga gay; y, si se hiciera trans, mejor que mejor). Desde que nació, le ha comprado muñecas y le ha hecho jugar a cocinitas. Aun así, y para disgusto de su madre, el crío muestra una clara inclinación a ser fortote, machirulo y futbolero. Tiene, sin embargo —hay que reconocérselo—, una sensibilidad especial. Es un niño que lee, encaja y responde a las bromas, se interesa por el futuro del planeta —más allá del suyo propio— y quiere ser biólogo.

—Mira —se queja su madre—, está en la edad tonta; hoy biólogo, ayer periodista, vete tú a saber qué querrá ser mañana.

Hoy, día que cambian la hora, la Noe dormita en el sofá con la banda sonora de una película americana como música (o nana) de fondo. Max ha salido, ha ido a la fiesta de cumpleaños de un amigo del colegio. Se está haciendo mayor, piensa ella, un día la dejará sola. El optimismo nunca ha sido su fuerte.

La Noe tiene un vínculo particular con la desgracia. Se declara acérrima seguidora de Murphy, siempre le cae la tostada del lado de la mantequilla. Más allá de este particular, su naturaleza pesimista la lleva a ver, de forma recurrente, la parte negativa del conjunto global, sea cual sea el conjunto global. ¿Será por eso por lo que a menudo se queja de su mala suerte o porque, en verdad, tiene algo de gafe? Hay que admitir que, últimamente, le ha pasado de todo. Le bajaron el

sueldo de maestra y no sabe si llegará a final de mes, hace poco tuvo un escape de agua, su madre tiene osteoporosis, el niño le exige mucho y ella no puede con todo. Cualquier contratiempo la desborda. La semana pasada, sin ir más lejos, tuvo que recurrir a Enia por un percance en el que hubo sangre aunque no llegó, ni de lejos, al río. Max estaba solo en casa. Noelia sale a trabajar a las ocho y cuarto porque necesita tres cuartos de hora para llegar a su escuela mientras que el niño en diez minutos ya está en la suya. Max tiene instrucciones muy claras: levantarse, lavarse la cara, tomarse el vaso de leche con cacao que le ha dejado su madre en el microondas, vestirse y, bocata en mano, irse a la escuela. La cuestión es que aquella mañana, al bajar de la cama —una cama alta, de las llamadas *Mezzanine,* para aprovechar el espacio— se dio en el pie con un travesaño de la escalera y se hizo un pequeño corte que sangró, eso sí, como el cuello de una gallina degollada. El niño se asustó, llamó a su madre al móvil, ella se puso histérica porque estaba en un embotellamiento descomunal en la Ronda Litoral y hasta que no lograra salir, avisar al colegio de que no iría y regresar a casa, el crío ya se habría desangrado, así que llamó a Enia y, aunque sabe que a esas horas duerme, no dudó en despertarla para que fuera a su casa a detener la hemorragia. Enia se levantó de un salto, cogió gasas y desinfectante, por si acaso, agarró a Pino y en dos minutos, estaba atendiendo a Max.

—Me he mareado —le dijo el crío con los ojos desorbitados y más blanco que la pantalla de Word.

Enia lo tumbó en el sofá, le curó la herida, le puso un paño frío en la frente e hizo todo lo posible por tranquilizarlo, pero el chaval, bien por el susto, bien por lo desangelado que se sentía todas las mañanas al tener que montárselo él solito, no salía del estado de angustia y el vahído agudo. Así que Enia tuvo que inventarse una artimaña para desviar su atención. En un momento dado, sin que el niño se percatara, le dio a Pino la orden de hacer el muerto. Pino, disciplinado y siempre dispuesto a recibir la chuche de regalo que le dan por hacer monerías, se echó patas arriba y se quedó rígido.

—¡Ahí va! —exclamó Enia—. Pino también se ha mareado, tendremos que reanimarlo.

El crío se incorporó de golpe:

—¿Va en serio? —preguntó, y al ver a Pino tieso en la alfombra con aquellas pintas de perrito de feria y aquellas dotes de actor consumado, se le escapó una risotada, le volvió el color al rostro y se olvidó tanto de la herida como de sus penas mañaneras.

—Toma —dijo Enia alargándole una galleta canina—, dale tú el premio, que se lo ha ganado.

A continuación, llamó a la Noe para decirle que ya estaba todo solucionado, que no hacía falta que viniera, que el niño, más por

consolarlo que por precaución, no iría a la escuela y que ella se hacía cargo:

—Iremos a comer a un chiringuito de la Vila Olímpica y por la tarde haremos deberes. Tú no te preocupes por nada, cuando salgas de la escuela vienes a recogerlo a casa.

—Vale —respiró la madre aliviada—, pero no lo pongas a ver el serial de la sobremesa que luego se me engancha.

A Enia y a Max, y por supuesto a Pino, les encanta pasar un día laborable haciendo campana y aprendiendo el mundo.

Los días que Max, por cualquier razón que no requiera la presencia de su madre, deja de ir al colegio, sigue siempre el mismo ritual: Noelia le permite dormir hasta que se harte, le prepara un bocadillo y se lo deja en la mesa de la cocina junto con las llaves del piso de Enia. También para estos casos, le ha dado instrucciones muy claras: tiene que levantarse, lavarse la cara, vestirse y, bocata en mano, ir a casa de la vecina a desayunar. Lo han hecho así en varias ocasiones y funciona. Debe entrar procurando no hacer ruido ya que ella duerme, pero, en cuanto Pino oye la llave en la cerradura, organiza una zapatiesta tal que despierta a su dueña. Ella se revuelve entre las sábanas, gruñe un poco y, consciente de la situación, emite un grito de guerra:

—¡Mardito' roedore'!

Es el pistoletazo de salida para que Pino y Max se lancen a su cama a iniciar una guerra de cosquillas. Luego se levantan y desayunan, Enia y Max en la mesa de la cocina, Pino en su comedero. Enia siempre expresa la misma queja:

—Dile a tu madre que no hace falta que te ponga el bocadillo, que yo tengo pan, queso y latas de atún.

Y Max siempre le responde lo mismo (en general con la boca llena):

—Ya, pero es que a mí me gusta el chorizo.

Lola y Rosa son, cada una, madre legal de una de las niñas, pero están en trámites de adoptar ambas a ambas. Lunila, la de Lola, fue por inseminación y Clarita, la de Rosa, adoptada. Lola y Rosa se conocieron en la asociación de familias LGBT, concretamente en el grupo de madres solas. Clarita todavía no había llegado, pero Rosa ya se estaba preparando. Rosa y Lola tuvieron un flechazo nada más verse y en poco tiempo, recién llegada Clarita, ya habían decidido formar una familia. Lunila tenía entonces nueve años, y no le hizo ninguna gracia que decidieran formar aquel modelo familiar alternativo del que ella iba a ser parte integrante. De hecho, tampoco le hacía puñetera gracia aguantar a dos madres.

Clarita está ahora en P5, aprendiendo a leer, actividad que la enloquece de placer. Lee todo lo que esté en letra de palo: los rótulos de las tiendas, los carteles de la calle, los nombres de los buzones, los

lemas de las bolsas de papel, los titulares de las revistas de sus madres, los papeles de su hermana cuando consigue pillar alguno y, por supuesto, cuentos, tebeos, cómics y los libros propios de su edad. Letra que cae a su ojo, letra que lee. Y sin complejos, lo que no entiende se lo inventa. Pero no por eso, o no solo por eso, se la considera una niña repipi. Enia opina (para sí misma, claro, nunca se lo ha dicho a sus madres) que la cría es una petarda, consentida y malcriada cuyas exigencias rayan en el despotismo. Se entiende mucho mejor con Lunila; están… —¿cómo decirlo?—, en la misma onda.

En Bielorrusia, de donde es originaria, Clarita se llamaba Svetalina, pero le cambiaron el nombre por considerar que le sería muy difícil pronunciarlo tanto a ella como a sus compañeras de colegio. Y porque a Rosa le gustaba Clarita y punto. Todo el mundo la llama Clarita y ella, por ahora, no se inmuta. Cuando sea un poco mayor, es muy probable que reivindique ser Clara y lo suyo le costará conseguirlo. Es de complexión menuda, de aspecto frágil y de armas tomar. Una de sus madres suele calificarla de piquito de oro y la otra, la legal, se mosquea.

—No se lo digas a ella que se lo va a creer y nos va a salir más sabionda que su hermana.

Su hermana, aunque no tengan ningún lazo consanguíneo, es Lunila, que ha cumplido los 12 años largos y está en primero de ESO. Cuando vino al mundo, Lola estaba encantada de que hubiera nacido niña. Siempre ha declarado que habría encajado igual de bien que hubiera sido un varoncito, pero, ahora que la cría ha entrado en la pubertad y se ha hecho seguidora de los movimientos Queer y antisistema, no ve nada claro que manifieste deseos de convertirse en tecnochico.

A Lunila le da por escribir y como se ha percatado de que su vida, además de original, es desgarrada y fascinante, se ha lanzado a contar su autobiografía. Ya tiene el primer capítulo:

Diarios de Lunila: Mamis rompemoldes

No entiendo a mis madres y creo que no llegaré a entenderlas nunca. ¿Por qué se empeñan en dar una explicación para todo? Hay cosas que son así, son así y punto, no hay que buscarles siempre el cómo y el porqué. Pues, nada, no hay manera, por mucho que me empeñe, no consigo hacérselo entender.

Y la manía esa que tienen con la libertad… Ya cuando estaba en P3, mi madre Lola (no me dejan decir «mi madre de verdad», tengo que decir «mi madre biológica», pero que conste que es la de verdad) me obligaba a elegir libremente qué ropa ponerme. ¿Prefieres el vestido azul o el vestido rojo? ¿La camisa de flores o la de cuadros? ¿El pantalón tejano o el de pana? ¡Qué conflicto! Nada más elegir uno, yo ya quería el otro y si me dejaban ponerme el otro me daba rabia no haber elegido el uno. Además, a veces iba al cole hecha un adefesio y las otras niñas se reían de mí. La seño trataba de arreglarlo diciéndoles que yo tenía un estilo propio y que eso es algo importante en la vida. Pero, la verdad, es que habría preferido que mi madre me dijera: «Estarás más guapa con la camiseta azul» o «La camisa de flores no pega con la chaqueta de lunares» o «Con los tejanos tendrás frío, ponte el pantalón de pana». Pero no. Mi mami considera que

la libertad individual está por encima de todo. Y me machaca con sus batallitas de cuando tenía mi edad. Dice: «A mí me obligaban a ponerme uniforme y no sabes lo que yo habría dado por tener la cantidad de ropa que tienes tú y poder elegir cada día qué ponerme». Pero, alguien tendrá que enseñarme a elegir, digo yo.

Esta ha sido una de nuestras discusiones recurrentes a lo largo de toda la vida, desde que me acuerdo.

Mami decidió tenerme ella sola. Fue a un banco y pidió un préstamo a cambio de dinero. Era un banco muy raro, porque lo normal es que los bancos presten dinero a cambio de nada. Una vez que no teníamos ni un euro para ir de vacaciones, mami fue al banco a pedir un préstamo, yo iba con ella, así que pude verlo y comprobarlo con mis propios ojos. En la libreta de ahorros solo había un ocho seguido de un cero y otro cero y después de hablar con el señor del banco y pasarla por una máquina había un tres seguido de un ocho, un cero y otro cero. Nos fuimos de vacaciones a Menorca. ¡Una pasada! Cuando volvimos, en la libreta solo había un ocho seguido de un cero.

Pero el banco al que fue para tenerme a mí no presta dinero sino una cosa que se llama «semen», que se la pusieron en la barriga y se juntó con su óvulo y al cabo de nueve meses (bueno, ocho y medio) nací yo. Ocho y medio porque me adelanté. Debía de estar harta de dar vueltas en un espacio tan pequeño. Además, seguro que oía lo que estaba pasando fuera y tenía ganas de participar. Como dice mami, nací con solo 34 semanas. A mí me parecen muchas, pero, por lo visto, me faltaban dos.

Me puso de nombre Lunila y lo eligió ella sola. No hay otra Lunila en la familia ni en el colegio ni en el barrio ni sé si en el mundo entero, pero me gustaría saberlo. En mi clase hay tres niñas que se llaman Alba, cuatro Paulas, dos Claudias, dos Marinas y dos Carlas. Los nombres de las otras no se repiten en mi clase pero sí en el insti. Lo sé porque los oigo en el patio. El mío solo se oye cuando me llaman a mí. Algunas personas me llaman Luni y eso me raya un montón.

Mi madre se llama Dolores y no le gusta. Dice que le habría gustado tener un nombre original. A mí solo me parece un nombre raro, sería como ponerle a una niña Anginas o a un niño Resfriados, pero ella lo odia. Por eso la llaman Lola. En casa de la abuela la llaman Lolita y la tía Carmen la llama Loli. Debe de ser muy complicado tener tantos nombres en uno. En cambio a mí, siempre me llaman Lunila, menos cuando me llaman Luni.

Cuando tenía nueve años, mi madre se juntó con otra madre que tenía una niña bielorrusa. Tener una hermana bielorrusa no aporta nada especial excepto el peñazo de ejercer de hermana mayor. Se llama Clarita y siempre ha sido muy canija. A ella también la obligan a elegir libremente qué ropa ponerse a diario. Dicen que ellas no son quién para imponer su criterio. Pero muchos días me piden que la ayude a vestirse y yo la oriento: «Ponte el tejano con la sudadera verde que estarás muy *fashion*».

A Clarita, basta con que yo le diga blanco para que ella quiera negro. Es una mimada y tiene el gusto en el culo. Elige peto de rayas con camiseta de los Lunis —para joderme— y encima una chaqueta peruana de lana de llama con dibujos andinos. «Pues haz lo que te de la gana —me rindo— y si quieres ir como Lady Gaga, allá tú.»

Es lo que yo llamo un conflicto generacional, Clarita es una vulgar G.P., o sea, de una Generación Posterior a la mía. Cada generación posterior lo tiene peor que la anterior porque este mundo es una mierda y se lo están cargando. Dice mi vecina que mientras hay poesía hay esperanza, pero ella es una G.A. y, como todas las personas de la Generación Anterior, siempre intenta suavizar las cosas.

La vecina es amiga de mis madres y vive como una reina. Se llama Enia, que

casi, casi rima con reina, y trabaja de locutora en una radio. No se ha casado ni tiene hijas (ni adoptadas ni inseminadas ni nada de nada que rima con adoptadas y con inseminadas), solo tiene un perro muy chulo, un poco pequeño, que a veces tengo que cuidar. Se llama Pino, que rima con canino.

Yo tampoco me casaré, ni con un hombre ni con una mujer, y no pienso tener descendencia porque no estoy de acuerdo con traer criaturas a un mundo tan mierda. Y menos, fabricadas en laboratorio. Mis madres están locas. Traer a Clarita tiene una lógica porque en Bielorrusia estaba en un orfanato y lo pasaba fatal. Cuando llegó (yo todavía me acuerdo) era un pellejo y tenía ronchas en la piel. Ahora se está poniendo rolliza, la tía come como si no fuera a probar bocado en los próximos años. Por eso, que la hayan adoptado tiene un sentido, pero a mí… ¿qué necesidad tenían de fabricarme? Si el mundo se irá a la mierda. Con la crisis, la contaminación, las especies en vías de extinción y, para colmo, la nuclear del Japón… Todo acaba en «on» que rima con mundo cabrón. Las personas mayores se han cargado los ecosistemas y ahora quieren que nosotras lo arreglemos.

Y la familia también es una mierda porque te obligan a elegir y te lo imponen todo, hasta la libertad. «Elige, Lunila, ¿qué prefieres una pieza de fruta o un sándwich de atún bio con pan de centeno?» Lo que yo quiero es un frankfurt con mostaza y *ketchup*, de esos que cuando los muerdes te cae la salsa por las muñecas. Estoy harta de comer bio. Odio el tofu y el seitán. Cuando me independice, comeré bocatas de chóped o de mortadela, como las otras niñas, y bollería industrial (juro por Snoopy que la llaman así). ¡Ya está bien, toda la vida paseando por el patio de la escuela con una manzana y un batido de soja! O el sándwich integral con paté de finas hierbas que sabe a medicina. Mi vecina come lo que le da la gana y come sano. Tiene mucha suerte: nadie se mete con ella, hace lo que le apetece y no está obligada a reflexionar a cada momento. En casa, a la que pasa algo, hay que reflexionar. Y ya nos tienes a las cuatro en la alfombra sentadas en corro. Total, ¿para qué? Si siempre acabo cediendo yo. Una de nuestras discusiones más frecuentes es por qué no puedo usar nada de Clarita sin pedirle permiso. Lo que es suyo es suyo. En cambio, al revés no pasa lo mismo porque si coge algo que es mío y la hacen reflexionar, pilla un berrinche y acaban pidiéndome que sea comprensiva con ella que es más pequeña y ha sufrido mucho. Pero que sea bielorrusa no le da derecho a exigir la propiedad privada. En eso, mis madres se pasan un huevo.

Voy a hacerme activista y, cuando sea mayor, seré locutora de radio, como Enia. Tendré un programa para denunciar lo que están haciendo con esta mierda de mundo y para que no traigan más criaturas hasta que lo hayan arreglado. Y también tendré un perro, pero más grande que Pino, que parece una rata, el pobre. Será mi compañero y se llamará Mustafá que rima con le dejaré subir al sofá.

A Lunila le sientan fatal los cambios de hora y no se traga lo del ahorro de energía.

—A mí que no me vendan la moto, lo que se ahorra por la mañana se gasta por la noche. ¿Por qué no dejan el mundo tranquilo? Luego se quejan de que hay sunamis.

—Lunila —replica su madre biológica—, los sunamis no tienen nada que ver con el cambio horario.

—Lo que yo te diga, que lo he estudiado en *natus* y el cambio horario provoca desequilibrios a nivel global y alteraciones irreversibles en el organismo humano.

—Hay que ver qué exagerada es esta niña —dice la madre no biológica.

La madre biológica recrimina a Rosa con la mirada y, dirigiéndose a su hija, empieza su disertación pedagógica:

—Lunila, tienes que ver las cosas en positivo…

Pero Lunila ataja en el acto:

—¡Ah, no, mami! No ataques por ahí que estoy del discurso del positivismo hasta la gorra.

Se levanta.

—¿Adónde vas? —oye a coro.

—A hacer deberes.

Se retira a su habitación. En la sala se quedan Lola, Rosa, Clarita, que está coloreando un cuaderno de personajes interculturales, y la televisión encendida.

—Déjala —dice Lola—, está en una edad muy mala.

—Lola, cariño, tu hija está en una edad muy mala desde que la conozco.

Lola suspira:

—Cuando se haya calmado hablaré con ella.

Clarita, un ojo en el cuaderno, otro en la pantalla y orejas para todo, exclama de repente:

—Mamis, ¿por qué no somos una familia como la de la tele? A mí me gustaría hacer barbacoas.

Capítulo 4
Amor a la carta

Adela y Amanda se separan. Que nadie se sobresalte, que nadie se ruborice, hay que admitir que estas cosas pasan.

Es la noticia del mes y ya se ha extendido por toda la comunidad.

—¡Pero si se las veía tan bien!

Pues, mira tú por dónde, estaban aburridas, desmotivadas, apoltronadas y se habían puesto los cuernos mutuamente. Ahora Amanda ha encontrado un pisito de 40 m^2 y con los ahorros de una antigua herencia y el buen momento para la compra inmobiliaria lo ha adquirido a precio de saldo y se ha instalado en él. La gata ha quedado en custodia compartida.

Aunque no lo pretendían, el desenlace ha sido trágico. A pesar de los esfuerzos por llevar la separación «desde el respeto y el cariño que nos ha unido durante estos siete años» —Amanda *dixit*—, no han podido evitar pelearse por los CD y los libros con dedicatoria para ambas.

—Ya te lo dije que era mejor tener uno cada una —rugió Adela el día del reparto.

Al final, han acabado reprochándose todo, desde la falta de entusiasmo por la relación hasta los kilos que ha engordado cada una en el tiempo que llevan juntas. Y aunque abogaban por mantener lazos cordiales, de amistad y compañerismo, les ha resultado imposible; al menos, de momento.

Lo primero que hace Adela en cuanto se queda sola es entrar en Internet. Ahora está a la orden del día y es para todas las edades, ¿por qué reprimirse? Le han hablado de una red de contactos que funciona de maravilla. Escribe la dirección y aparece en pantalla el lema: ***Encuentra el amor de tu vida en Lescontac.com***. Le sigue un eslogan: *No esperes más, conoce lesbianas de forma rápida y sencilla*. Debajo, la cabecera publicitaria: *Un gran número de lesbianas que busca relación estable ha depositado su confianza en* ***Lescontac.com****. Somos líderes en contactos. El principio de* ***Lescontac*** *es poner en relación a mujeres afines gracias a una base científica que asegura un 90 % de posibilidades de éxito en las parejas formadas. Sin ningún tipo de obligación. Garantizamos el anonimato. Una agencia seria para chicas que buscan el verdadero amor.*

¡Pinta súper bien! Adela va a revisar las ofertas y para ello debe pasar unos filtros. Elegir la ciudad no le crea dudas, obviamente, porque lo que quiere es conocer chicas de su zona, pero cuando tiene que escoger una franja de edad sí que las tiene. ¿Qué pone? ¿Entre 45 y 55 o entre 55 y 65? Porque está justo en el límite. Se inclina por la juventud que siempre da más energía. Hace clic y aparece una lista de 47 candidatas. Alguna habrá, se anima Adela.

1. Marina: Busco una mujer atractiva, femenina y sensual. Para amistad y lo que surja.

2. Emancipada. Dicen que soy una misántropa, yo digo que soy independiente. Quiero encontrar sorpresas y pasión en una mujer independiente como yo. ¿Eres tú?

3. Carmen: Vendo bicicleta estática.

4. C. R.: No voy a andarme con rodeos, quiero una relación en la que haya química. Yo soy alta, delgada, ojos claros y estudios superiores. Busco una mujer *femme*, delgada, metro setenta mínimo y con poder adquisitivo. Aries abstenerse.

5. Poética: Me gusta conversar y me gusta el silencio, la literatura, el teatro, la danza, el aire puro de la montaña, la humedad salada del mar, contemplar la sonrisa de un bebé y una puesta de sol. Si tienes los mismos intereses, el destino hará el resto.

6. Sandra: Hola chicas. Acabo de salir de una relación y estoy abierta a nuevos horizontes. Busco gente alegre y cercana para compartir unas birras, paseos, salidas y, si se tercia, alguna cosa más.

7. Práctica: Por imperativo vital, busco novia en BCN, zona Poble Sec. Edad, alrededor de 50 años negociable. Se requiere físico agradable, no masculina, cabeza bien amueblada y mentalidad abierta. Imprescindible nivel cultural medio-alto, pero no demasiado. Abstenerse prepotentes, inseguras y celosas.

8. Mixeta: No tengo estudios superiores ni nivel económico alto, fumo, no practico deporte, estoy gorda y odio las mascotas. ¿Quién se atreve?

9. Rosa: Busco gente sana para practicar senderismo…,

… compañera de viaje para ir a Polonia, grupo para salir al cine y al campo, alguien muy especial con quien compartir ilusiones, mujeres con sentido del humor (muy valorado), para amistad sincera, para apuntarse a un equipo de voleibol… así hasta cuarenta y siete, de las cuales un gran número son amantes del cine y la literatura, muchas son o desean una *partenaire femme* y otras tantas tienen mascota, con predominancia de gatas esterilizadas.

Adela contesta a un par de anuncios y, a continuación, redacta el suyo. Tiene que pensar unos minutos, de alguna manera, ha de construirse a sí misma, está obligada a elegir (si no a crear) su mejor fachada y, en paralelo, dejar las cosas bien claras; que nadie se equivoque:

Ada: Intelectual, culta, responsable y muy romántica busca mujer madura con formación académica, amante del arte en todas sus manifestaciones; nivel económico desahogado y que no sea alérgica al pelo de gato. Para relación estable. Fumadoras abstenerse.

Lo lanza a la red y a esperar. En cuanto aparezca la princesa azul (o aquella que más se ajuste a ese perfil), Adela ya no tendrá que tirar de agenda los fines de semana a ver quién está libre para ir al cine; ni sufrir por dónde y con quién pasará las próximas vacaciones, ni montar comidas de amigas los domingos a fin de minimizar la científicamente comprobada neurosis dominical. Teniendo pareja todo es mucho más cómodo, más fácil, más relajado. Por eso no le importa —es más, lo cree necesario— hacer una fuerte inversión de energías, tiempo, dinero y lo que haga falta para la consecución de su objetivo. Se ha propuesto dedicar un par de horas diarias al tema de los

anuncios, pero el asunto está tan emocionante, hay tantas chicas que la hacen soñar, que no puede evitar pasarse una media de cuatro horas al día (y a la tarde y al mediodía y a la noche) chamuscándose las pestañas en la pantalla del ordenador leyendo y contestando mails, buscando nuevas pretendientas y/o pretendidas y concertando citas.

Puesta en la tesitura de conocer a alguien y, sobre todo, de darse a conocer, la inversión económica se centra en comprarse ropa nueva y complementos, ir a la peluquería y… ahora que lo piensa, no estaría de más hacer incluso algún tratamiento estético, eliminar, por ejemplo, esas manchas que la edad ha dejado en la piel. Hay métodos con láser que dan unos resultados excelentes. Y, para rematar, le conviene moldear, en lo posible, su figura: volverá a la piscina y hará una dieta, pero supervisada por una especialista en nutrición, que con la salud no se juega. Mira su cuenta corriente y… vaya, la cosa no está como para tirar cohetes. No importa, recurrirá a los fondos reservados. Todo es poco en esta cruzada. El amor tiene que triunfar. Porque el amor todo lo puede. Lo que no se hace por amor: matar, morir, contar la arena del mar y bagatelas por el estilo, ¿por qué otro motivo podría hacerse? No hay dificultad, enfermedad o muro que el amor no supere. No hay pecado, por grave que sea, que el amor no redima. Y para encontrar el amor, todo vale. Es una gesta en la que no tiene cabida la solidaridad y no hay amistad que valga si supone un obstáculo para la consecución del santísimo objetivo. El amor siempre es más importante. Es, de hecho, lo más importante.

Ya lo dice en su libro la psicóloga catalana (ni alemana ni neozelandesa). «Cualquier obsesión puede ser tildada de enfermiza excepto la que se centra en la búsqueda del amor.» Enia subraya la frase. Tiene que acabar de leerlo esta misma noche, mañana a lo sumo. En el preciso instante en que Adela hace el clic para enviar sus deseos al universo telemático, ella está tumbada en la cama con el libro entre las manos y Pino a sus pies hecho un ovillo. Al llegar de la emisora, lo ha sacado a hacer un pis rapidito, se ha puesto el pijama, se ha tomado un Gelocatil y se ha metido en la cama. Siente la cabeza pesada y un ligero dolor en las articulaciones. Hasta que la venza el sueño, seguirá leyendo y subrayando.

«En las sociedades individualistas, donde todos los vínculos son débiles, el amor se ha convertido en el sustituto de la religiosidad, de él se espera que dé sentido a nuestra existencia, su ausencia produce angustia, da la sensación de que algo no se ha hecho bien, lo cual provoca inseguridad, baja autoestima e incluso profundos sentimientos de culpa».[3]

Eso es lo que me pasa a mí, piensa Enia, que soy un desastre para las relaciones. Y le sobreviene un estornudo que dispara gotitas de saliva en las páginas del libro. Las limpia y sigue leyendo: «El 73 % de

mujeres sin pareja se ven presionadas por el entorno para abandonar la soltería». O sea, que ni ahí tomamos una decisión libre, refunfuña. «Eso influye en que cada vez sean más las solteras que buscan pareja a través de Internet. La red se ha convertido en La Nueva Celestina…» Tan sencillo como eso, barrunta nuestra locutora de aterciopelada voz. ¿Te quedas sin pareja? ¿Estás sola? ¿Buscas a tu media naranja? La tienes a tiro de anuncio.

Le duelen los brazos, la cabeza le estalla y ya apenas se entera de lo que está leyendo. Se le empiezan a mezclar conceptos. ¿Conseguirá el amor a la carta desterrar para siempre los finales trágicos a que tan acostumbradas nos tiene la literatura que relata el amor entre mujeres?, se pregunta. El libro le pesa entre las manos. Lo deja en la mesilla. Aún con la luz encendida, le llegan imágenes de sus relaciones mezcladas con la machacona insistencia de su amiga Sonia, esa cursi rematada, para que busque contactos por Internet. Alguna vez ha entrado en esas páginas y no acaba de entender por qué tantas chicas disimulan con el más que sobado «para amistad y lo que surja» si, en realidad, quieren lo que surja y, si no hay más remedio, se conformarán con una amistad. Le cuesta respirar, nota que le ha subido la fiebre, alarga la mano para apagar la luz. Antes de perder el mundo de vista le sobreviene una última pregunta: ¿y por qué lo llaman amor si lo que quieren es compañía?

Las filosóficas reflexiones de Enia quedan muy lejos de Amanda. Ella no está ahora para elucubraciones mentales. Acaba de iniciar una nueva etapa de su vida y es consciente de lo que ello representa. Toda su energía se concentra en abrir cajas, colocar objetos y hacer excursiones a IKEA. Cuando se encuentra con alguna conocida, tiene que explicar su situación y, a menudo, recibe un mix de condolencias y palabras de ánimo: «Encontrarás el amor, ya lo verás». Como quien ha de encontrar la fe. ¿Tendrá razón la psicóloga?

—Te metes en Internet y seguro que encuentras a alguien.

—Ya entro en Internet para comprar billetes de avión —replica Amanda—, entradas para espectáculos y libros descatalogados, no me digas que también tengo que hacerlo para encontrar pareja.

—Pues claro, mujer, ¿cómo lo harás si no? Y espabila, que no está el mercado como para dormirse y tú ya empiezas a tener unos añitos.

Tienen razón. Amanda no quiere ni puede desperdiciar su última juventud. Y para ello tendrá que moverse, salir, encontrar gente; necesita nuevas amistades, carne fresca, pero no está dispuesta a hacerlo por la vía virtual, prefiere el contacto directo y que no se note demasiado —aunque sí lo suficiente— que lleva puesto el piloto de «libre». Necesita un cambio. Sí, eso es lo que necesita, rebajar unos kilos, ponerse en forma, renovar el vestuario. La oscuridad del invierno no ofrece la mejor coyuntura ni para practicar deporte ni

para hacer régimen. Aun así, ha decidido iniciar una dieta hipocalórica y apuntarse al gimnasio, mejor dicho, aprovechar la cuota familiar que lleva años pagando y no usaban ni ella ni Adela. Ya tiene unos añitos, es verdad, ahora ligar ya no es tan fácil. ¿Cómo se lo montará para contactar con otras mujeres, para amistad y lo que surja si se niega a entrar en la red? Salir por el ambiente lo tiene del todo descartado; la última vez que lo hizo, se sintió la abuela de todos los locales. Tras una breve reflexión, resuelve que la estrategia más adecuada es apuntarse a alguna actividad. Conocerá gente y, si otra cosa no, al menos aprenderá algo. Allá va. Echa un vistazo a los programas de actos de las distintas entidades: el Centro Feminista, La Casa de Mujeres, la Federación LGBTIQR… etc. (cada vez le añaden más siglas, ¿por qué no lo llamarán colectivo abecedario y acabamos antes?). Valora las diferentes ofertas: ¿Un grupo de autoayuda? ¡Uf!, no es momento de ahondar en su pasado. ¿Una comisión de fiestas para lesbianas? Agotador. ¿Un seminario sobre transgénero? Tendrá que leer a la Butler y, en estos momentos, se le hace una montaña. ¿Un taller de defensa personal? No, ya no tiene edad. ¿Y un curso de cocina microondas para señoras mayores?, ¿por qué no?, ya tiene una edad y cocinar es una de sus aficiones. Aunque, pensándolo bien, ella prefiere la cocina tradicional, la de chup, chup y a fuego lento, siempre le ha dado yuyu ese calienta platos por ondas electromagnéticas.

Pronto se desanima. En realidad, conoce a todas las que participan en eventos, tertulias, conferencias, grupos de trabajo… son muchos años en esto y ya sabemos cómo son las relaciones interpersonales en este mundillo; nada que envidiar a la rotación en los equipos de voleibol. Encontrará las mismas caras en todas partes. Y, para colmo, es probable que se tope con Adela, ahora en calidad de ex. No le apetece en absoluto.

Esa noche duerme mal. Le dan las tres y aún está girando entre las sábanas. Ha llorado y no sabe por qué, o sí lo sabe pero poco importa; en realidad, es un llanto ancestral. Se levanta y se hace una tisana. Mientras la bebe, contempla la fría noche a través de la ventana. Las farolas relucen con las nuevas bombillas de bajo consumo. Nadie circula, apenas algún taxi de vez en cuando y el autobús N11 camino del centro. Las ramas de los plátanos están peladas y en el suelo se dibuja un manto ocre de hojas caídas. Este otoño es un reflejo del otoño de su vida, cuántas cosas se han perdido, cuántas más no podrán ya realizarse, cuán injusta es la existencia, y bli bli, bla bla… Vamos, que le da por ponerse melodramática. Pero la tisana le calienta el estómago y la reconforta. Aparta esos pensamientos nefastos y se gira para contemplar su nueva casa. Es bonita. Pequeña, pero con encanto y la está dejando muy acogedora. Se siente a gusto

en su nuevo espacio. De hecho, si lo piensa, tenía ganas de un espacio propio. Mañana comprará algunas plantas y pondrá flores en el jarrón. También le apetece cuidar de las plantas, Adela era una negada para la jardinería (y lo seguirá siendo, se dice), había ahogado más de una kentia y destrozado el potus de la entrada. Ya tiene guasa que se te pudra un potus, que es una de las plantas más duras y resistentes que se pueden meter en casa. Mira, no hay mal que por bien no venga, ahora tendrá un jardín botánico bien lustroso. Y, cuando todo esté en su sitio, todas las cajas abiertas y todos los libros en las estanterías, montará una fiesta de inauguración.

Deja la taza en el fregadero de la cocina y esboza una sonrisa maliciosa; si no la friega, no pasa nada y si mañana no hace la cama, nadie se lo echará en cara. Y aún más: se comprará un paquete de tabaco; le apetece un cigarrillo de vez en cuando. Suspira y se vuelve a la cama. Mirándolo bien, piensa unos minutos antes de ser vencida por el sueño, tal vez le conviene estar un tiempo sola, encontrar su espacio, encontrarse a sí misma.

Lo de Enia ya está claro, con la llegada del frío ha pillado un resfriado de narices (nunca mejor dicho). A la mañana siguiente, dan las once y aún está en la cama. Pino lleva rato con las patas cruzadas aguantándose el pipí.

—Tengo fiebre, Pino.

El chucho la mira desde la alfombra con cara de «qué me estás contando»; por mucho que entienda la situación, su necesidad es la que es. Pero Enia no se ve con fuerzas para salir y tampoco puede contar con Max a mediodía porque se queda a comer en la escuela. Le preguntará a Lunila, a ver cómo lo tiene.

Rebosante de mocos y toses, hace un esfuerzo sobrehumano para agarrar el móvil y enviarle un SMS y, a continuación, llamar a la emisora para decir que no puede ir a trabajar.

—¡No serás capaz de hacernos esto! —protesta su colega como ya es habitual.

Entre clase y clase, Lunila ve el mensaje y llama a Enia.

—Hoy acabo a la una, pero es que tengo a mis madres pesadísimas con el rollo de arreglar mi habitación. Me han dicho que me dejan sin Nintendo si cuando lleguen no está todo en su sitio y, la verdad, para una vez que tengo un juguete no didáctico, me lo tengo que currar si no quiero que me lo quiten.

—Tú ven, que yo ahora las llamo.

Durante un par de días, Max por la tarde y Lunila por la mañana, se encargan de sacar a Pino. Al salir de la escuela, la Noe va a visitarla con el niño y, mientras el perro y él están de paseo, aprovecha para cuidar a su amiga. Le calienta una verdura o un caldito que le ha llevado en un *tuperware*, la pone al día de sus angustias y le hace un

rato de compañía.

Lola y Rosa también están al tanto. La llaman con regularidad, pero no pueden pasar a visitarla si no es imprescindible porque Clarita les absorbe mucha energía.

—Son unas pesadas —dice Lunila con una lata de Coca-Cola en la mano y unas patatas fritas de aperitivo; se ha quedado a conversar un poco con Enia después de sacar a Pino—. No se puede estar todo el día reflexionando. Con ellas, todo hay que reflexionarlo. Se me recalientan las neuronas de tanto reflexionar. ¿A ti no te pasa que hay cosas que las haces porque sí? —da un trago a la cola hasta apurarla —. ¡Uy!, y si se enteran de que estoy bebiendo esto, me fulminan.

A continuación, se mete una patata en la boca y se oye un *croif, croif, croif* que pone a Pino en alerta. Se sienta muy tieso frente a la niña y no le quita ojo. Lunila coge otra:

—¿Puedo darle?

Durante unos minutos el *croif, croif, croif* se amplifica en un dúo de mandíbulas y la cabeza de Enia se resiente.

—Oye, ¿tú por qué no te has casado ni has adoptado ni te has inseminado? —ataca, de repente, Lunila.

Enia estornuda. Lo que le faltaba, la niña haciéndole preguntas impertinentes. Se limpia las narices y responde:

—Porque no quiero tener en propiedad a nadie con menos de cuatro patas.

A la chiquilla se le abren los ojos de forma desmesurada, levanta las cejas y sonríe. Se ha quedado con una patata a medio camino entre la bolsa y su boca y Pino aprovecha para robársela.

—¡Es una respuesta genial! —exclama y se queda, esta vez por iniciativa propia, reflexionando sobre el asunto.

Enia, como está blandita y llena de fluidos —y, para colmo, se está leyendo el libro de la psicóloga de marras—, no puede oponer resistencia a la memoria. Le llegan de nuevo encadenadas todas sus relaciones. Tuvo una pareja estable, o sea, que le duró los siete años señalados hasta la gran crisis. Junto a ella tenía que haber acabado sus días haciendo calceta en una casita pareada, con la gata en el sofá y la chimenea encendida. Eran pareja abierta, pero si hubieran sido una puerta de dos hojas solo una habría sido batiente. Es lo que tiene. Cuando su novia gozaba de sus, más que aventuras amorosas, relaciones paralelas, había que aguantárselo. Cuando fue ella la que se lió con otra, el lance acabó en drama porque coincidía que la chica en cuestión había sido también amante de su pareja. Pilló un rebote de mil demonios, acusó de traidora a la amante y a Enia de desleal.

—Si no me la hubieras metido en casa… —protestó la locutora—. Vale que podemos tener otras historias, pero un poco de discreción tampoco estaría de más.

Son cosas que pasan. Acabaron peleándose por un edredón de plumas que, según Enia, habían comprado con el dinero del fondo común y según la otra, pertenecía al ajuar que le había preparado su madre.

Tuvo también una amante casada (con un hombre) que le duró más gracias a la intermitencia de los encuentros. Como solo se veían para retozar cuando la señora se lo montaba, no podían entretenerse cuestionando la relación; y puesto que nunca iba a dar el paso de dejar al marido, no se terciaba hacer planes de futuro. Además, para la madama en cuestión Enia no era mucho más que un estupendo juguete sexual. ¡Ay, estas hetero en sociedad, bollera en la intimidad! ¡Cómo disfrutan las muy pendonas! Lo cierto es que en la cama funcionaban, y muy bien, por cierto, así que: «Qué me quiten lo *bailao*», pensó la locutora cuando se acabó la relación porque el susodicho marido descubrió el pastel y la susodicha amante tuvo que elegir. El resultado de la elección está ya expuesto.

Sus aventuras más recientes han sido un ir y venir de ilusiones frustradas. Desde que realiza el programa de radio y se ha hecho famosilla entre las chicas del ambiente, muchas se le acercan para conquistarla. Las rechaza a casi todas, pero si acepta a alguna de ellas, esa es justo la menos indicada. Está tan escarmentada que no se atreve a tirarle los tejos a nadie y, si alguien se los tira a ella, anda con pies de plomo o huye despavorida. Las últimas que la han rondado estaban más interesadas por su perfil que por su persona: locutora simpática, con cierto estilo, nómina fija, conversación interesante. Un buen partido, vamos. Pero, aun así, no aceptan que les maree la perdiz. Tienen muy claro lo que quieren: ¿vas a calentarme la cama o no? Y espabila, que no estamos para perder el tiempo. Lo malo es que a Enia le gusta el cortejo, una costumbre que ha quedado obsoleta. Qué lástima.

—Cuando sea mayor —insiste Lunila—, no pienso inseminarme. Tendré un perro, como Pino pero más grande. Y aunque esté con alguien no me casaré porque estoy en contra del matrimonio, ¿lo sabías?

—Pues no —le sigue Enia la corriente—, primera noticia. Pero te advierto que, si estás con alguien, lo mejor que puedes hacer es casarte. A fin de cuentas, solo es un contrato y aporta muchas ventajas; en cambio, si no lo tienes… mira lo que le ha pasado a la Nona.

—¡Ostras, es verdad!

Enia se incorpora:

—¿Pino ha hecho pis?

—Sí.

—¿Y cacas?

—También.

Lunila contesta de forma automática, tiene la cabeza en otra parte. Enia agarra un Kleenex y se vuelve a sonar las narices.

—En cuanto me encuentre bien, le monto un Pipican en la terraza.

La niña no ha captado este último comentario.

—¿Irás mañana a ver a la Nona? —pregunta.

—¡Uf, con este trancazo…! No sé.

—Va —canturrea—. Seguro que te encuentras mejor. Ella el jueves que no vas se pone muy triste. Si quieres, te acompaño.

Capítulo 5
La Nona

Lunila no calla. Es como si le hubieran dado cuerda, piensa Enia camino de la residencia en la que metieron a la Nona. Las desavenencias materno-filiales son el centro de su vida, lo cual no es de extrañar a su edad, pero es que, la pobre, tiene que sufrirlas por partida doble y eso es muy duro.

—… que madre sí hay más que una y ha tenido que tocarme precisamente a mí. Siempre son dos contra una. Y si contamos a Clarita, dos y media contra una, porque la cría se pone de su parte solo por joderme. Y se corre de gusto la muy cabrona. No sé qué hará cuando tenga la regla y se le disparen las hormonas. Se ponen las tres de acuerdo para llevarme la contraria en todo y nunca están contentas con lo que hago. Ahora les ha dado por meterse con mi aspecto. Ayer me dijeron que parezco una indigente, digo yo: traducción de indigente, y dice mami: una pordiosera. Pues si en vez de comprarme la ropa en el mercadillo me la compraran de marca, no parecería ni una indigente ni una pordiosera. La culpa es de ellas ¿o no? Además, no hay quien las entienda: si siempre me han obligado a elegir mi vestimenta, por qué ahora se meten con la ropa que me pongo.

Hoy va vestida con un tejano anchísimo con cinturón a la cadera (que, como tiene poca, le queda por debajo de las nalgas), el tiro a la altura de la entrepierna y los bajos al arrastre ostensiblemente deshilachados, una camiseta sobre otra camiseta y encima una sudadera (todas ellas tres tallas más grandes), una trenca estilo militar, playeras de botín con los cordones desatados, uno de cada color y metidos por los lados, y una gorra calada al revés. Pelo corto, a greñas que se disparan por debajo del casquete.

—¡Es que llevas unas pintas, Lunila!

Enia no ha podido reprimirse. Está agarrada a la barra del metro deseando que se libere algún asiento para dejarse caer en él. Todavía siente la cabeza pesada y solo le falta la verborrea de la chiquilla para hincharle las meninges. Tras el comentario, la niña le lanza una mirada de la que salen haces de luz tipo espada de Luke Skywalker.

—¿Qué quieres decir? —inquiere.

—Pues… —Enia intenta un tono conciliador, sabe que lo que va a exponer tendrá consecuencias impredecibles—, pues que pareces un chico y entiendo que a tus madres no les haga ninguna gracia.

—¡Anda! Esta sí que es buena.

Lunila se cruza de brazos. A pesar del vaivén del vagón, mantiene el equilibrio con auténtica maestría; deja caer el peso del cuerpo sobre una sola pierna adoptando una postura tan amenazante que Enia siente la necesidad de defenderse:

—Yo es lo que veo, chica.

—Pues yo lo que veo es que no tienes ni idea de géneros. Todas las personas tenemos una parte femenina y una masculina y podemos usarla como nos dé la gana.

A Enia se le desencaja la mandíbula.

—¿De dónde has sacado tú eso?

—Del *esplay*.[4] Han montado un taller Queer y nos enseñan a performarnos y a empoderarnos.

—Lo que nos faltaba —murmura Enia saliendo del vagón una vez llegadas a su destino.

A partir de ahí, la conversación queda interrumpida, tienen que comprar los bollos para la Nona, un par de revistas del corazón, mermelada de fresas silvestres y jamón dulce Ferrarini, como cada jueves. Luego le preguntarán si necesita algo más y, si dice que sí, Lunila bajará a comprarlo. En enero de este mismo año, la Nona se quedó viuda sin derechos de viudedad. Llevaba más de cuatro décadas con la misma mujer, pero no se habían casado porque no acababan de creerse la ley de matrimonio entre personas del mismo sexo.

—Esto, cualquier día, vienen los otros y te lo anulan, como los matrimonios republicanos —decía la difunta.

Más de cuarenta años de vida en común. O, mejor dicho, de discusión en común, porque no paraban de pelearse por las rutinas más simples: que las camisetas no se planchan con vapor, que las sartenes hay que cubrirlas con papel de celulosa porque si no se rayan, que esto no se pone aquí sino allá, que esto se hace así y no asá, que tápate la garganta que luego te resfrías y soy yo quien tiene que aguantarte… etc. etc. etc., a diario durante casi medio siglo.

—Ya se lo dije que nos teníamos que casar, pero ella, erre que erre, empeñada en que era un invento de los socialistas para ganar votos —lloriquea la Nona ante una Lunila muy atenta y una Enia muy congestionada—. Y ahora, ya ves, aquí me tienes, rodeada de gente con la que no tengo nada que ver ni les puedo hablar de mi vida. He tenido que volver al armario.

—¿Qué armario, Nona? —le pregunta Lunila algo inquieta; y dirigiéndose a Enia por lo bajinis—. ¿Está chocheando?

Enia le pasa uno de sus Kleenex a la Nona y responde a Lunila.

—Vaya. Y tú que eres tan listilla ¿no sabes lo qué es estar dentro del armario?

La niña chasquea la lengua.

—¡Ay, es verdad! —exclama dándose un manotazo en la frente—. Es que como mis madres están fuera del armario de toda la vida, no había caído.

La Nona, aún con el Kleenex en la nariz y con leves aspavientos, comenta:

—Mira que es redicha esta niña.

Enia: —Cada día más.

La niña se gira hacia Enia y ataca:

—Traducción de redicha.

Enia: —Luego te lo explico, Lunila, ahora vamos a estar por la Nona que lo suyo es más grave.

Las Nonas se conocieron en pleno franquismo, cuando no había locales de encuentro y todo era tan clandestino que hasta una mirada podía denunciarse por pecaminosa. Pero, como en todas las épocas, las mujeres del «asunto» tenían sus recursos. Entre ellas se llamaban «quiosqueras» o «libreras» y frecuentaban Los Baños Orientales para encontrarse con sus iguales.[5] La Nona mayor, la que murió, era profesora de gimnasia en la escuela Normal y la más joven (la que ahora está llorando frente a Enia y Lunila) estudiante de último curso de magisterio. Se habían visto por la facultad, pero no se habían reconocido y una mañana de junio se encontraron en bañador y cara a cara en la zona de playa, exclusiva para señoras, de aquellos encubridores baños en el corazón de la Barceloneta. Ese día no pasó nada, apenas se saludaron con una leve sacudida de cabeza, pero, a partir de aquel momento, cada vez que se cruzaban por los pasillos de la escuela, se les escapaba una risita por debajo de la nariz. Siguieron acudiendo a la misma playa, siguieron saludándose y, por fin, un día que las dos habían ido solas con intención de encontrar a la otra, después del baño se fueron juntas a comer una paella al rompeolas.

Resumir más de cuarenta años de discusión en común no es sencillo. Vivieron la clandestinidad con compromiso, la euforia de la transición con entusiasmo, el desencanto de la democracia con perseverancia y, cuando llegó la celebrada ley, estaban ya un poco de vuelta de todo en lo que a militancia se refiere. Además, eran las dos bastante ácratas. Aguantaron su convivencia hasta que la muerte las separó, es cierto, pero no les había resultado fácil y no precisamente por sus desavenencias conyugales. En los años cincuenta, moverse en el «asunto» tenía sus intríngulis. La nona Encarna, la que aún está viva, tenía entonces veintipocos. La Mercè le llevaba nueve, pertenecía a una familia acomodada que le pagó los estudios de magisterio y el carné de un par de clubes deportivos: el Natación Barcelona y el de tenis La Salut en el Guinardó, cerca de donde vivían. Era una atleta consumada, lástima que en aquellos años el deporte femenino era de segunda. Tampoco es que ahora sea de primera, pero habría tenido más oportunidades. La nona Encarna, en cambio, era de familia humilde. En casa le pagaban los estudios haciendo muchos esfuerzos, incluso ella colaboraba ayudando a su madre a coser. Le habría gustado estudiar Ciencias Políticas o lo que fuera que en la época se asemejara, pero no tuvo opción: o enfermera o maestra; eran tiempos

difíciles.

Siendo ya pareja sólida y estable, ambas se implicaron en trabajos sociales para su barrio, el Poblenou; primero con el tema de las barracas y más tarde, en los movimientos vecinales. Su periplo militante pasó de entrada por una fase de afiliación a grupos de izquierdas donde todos y todas eran camaradas, pero cuando había que hacer la cena siempre les tocaba a ellas, mientras que ellos seguían debatiendo. Lo dejaron para meterse de lleno en el activismo feminista. Ahí se sintieron más identificadas, más en su salsa, hasta que se toparon con la beligerancia de algunas compañeras capaces de lapidarte por una palabra desafortunada. En cierta ocasión, la nona Encarna tuvo la mala fortuna de exclamar algo así como:

—¡Hombre, no es para tanto!

Las miradas recriminatorias fueron tan punzantes como un enjambre de abejas enfurecidas.

—Vaya —reprobó una—, tú también eres de las que dicen «hombre».

La Encarna se quedó clavada.

—No me he dado cuenta —acertó a disculparse tapándose la boca en señal de arrepentimiento.

La nona Mercè no pudo ni reaccionar por temor a ser amonestada si intervenía en favor de su *partenaire*, que, a fin de cuentas, había pecado soltando el vocablo.

Cuando llevaban ya un tiempo en el colectivo, la acumulación de discusiones y asambleas interminables acabaron por aburrirlas y se pusieron a trabajar por su cuenta. La nona Mercè dijo que era mucho más productivo el trabajo en el barrio que los debates en las asambleas feministas. La Encarna estuvo de acuerdo.

—Al fin y al cabo —corroboró—, si estamos en esto es para cambiar el mundo, no para discutir sobre cómo hacerlo.

Por una vez coincidían, pero la nona Mercè, para no perder la costumbre, no pudo reprimir una réplica:

—Cambiar el mundo, cambiar el mundo. Mira que llegas a ser inocente. Si arreglamos un poco el barrio, ya podemos dar gracias.

A partir de aquel día, allí donde había un evento vecinal, estaban Las Nonas dando guerra. Organizaban cursos de alfabetización, tertulias, talleres, fiestas y lo que hiciera falta para sacar a las mujeres de sus casas y meterles con amoroso embudo la conciencia feminista. Su actuación estelar fue el día en que se celebró el primer 8 de marzo en este santo país. Corría el año 1977, uno antes de que la Constitución Española reconociera la igualdad de hombres y mujeres ante la ley como uno de los principios del ordenamiento jurídico.

—¡Si las sufragistas levantaran la cabeza! —comentó entonces la nona Encarna—. Ha tenido que pasar más de un siglo para que se les

haga caso.

Aquel primer 8 de marzo montaron tal sarao que hasta salieron en portada en el boletín municipal. Su fama rompió fronteras, no había mujer en el barrio que no las conociera y no acudiera a ellas para pedirles asesoramiento en cualquier tema: anticoncepción, separaciones, maltrato, cuestiones laborales, jurídicas; acerca de todo les pedían orientación. Incluso allende las fronteras del Poblenou les llegaban parroquianas buscando su consejo.

Fue en ese tiempo y esa coyuntura cuando conocieron a «la pandilla», como llamaba Mercè al grupo formado por Enia, Lola y la Noe y al que, más adelante, se sumó Rosa como consorte de Lola. En la misma tesitura conocieron también a Adela, muy implicada en las actividades sociales ya que era subconcejala del distrito. La última en aparecer fue Amanda al convertirse en cónyuge de Adela. Para situarnos: Lola y Rosa se hicieron amigas de Adela y Amanda; Adela conocía también a Enia y a la Noe, pero hay que puntualizar que Adela nunca les cayó bien a ninguna de las dos, por eso no llegaron a intimar ni a conocer en persona a Amanda; circunstancia que, en breves páginas, cambiará.

Ya de mayores, las Nonas se habían aferrado a sus costumbres y no había quien las sacara de ellas. Se levantaban, discutían por la temperatura de la calefacción; desayunaban, discutían por el grado de torrefacción de las tostadas; salían al mercado, discutían por el menú; veían la televisión después de comer —ahí no discutían, las dos querían ver el serial de la TV3—; a última hora de la tarde, bajaban al casino de L'Aliança, se tomaban una copita de coñac y se despedían del personal con un: «Au, anem a fer nones». De ahí les venía el apodo. En realidad, se lo puso un camarero argentino. Al oírlas, viéndolas tan dulces ancianitas, hizo una asociación con la forma cariñosa que tienen en su país de llamar a las abuelas. Y así se les quedó y así pasaron a ser conocidas y nombradas por todo el vecindario.

A pesar de sus litigios, se podría decir que vivían felizmente acomodadas en la dinámica matrimonial, o parejil, que para el caso es lo mismo pero sin papeles. Y ese es ahora el problema, que no hicieron papeles y a la Nona que se ha quedado no le ha quedado nada más que ella misma. Las sobrinas de la fallecida se apropiaron de todo lo que tenía, un *mobbing* encubierto le hizo salir de su piso de la calle Taulat, su pensión no le daba para un alquiler y a los Servicios Sociales les faltó tiempo para meterla en una residencia.

—Ya me dirás qué hago yo aquí con toda esta cofradía de ancianas —se lamenta.

—Y ancianos —puntualiza Lunila sin que ninguna de las dos le haga el menor caso.

Lunila tiene antenas para todo. Atiende a la Nona y no pierde ripio de las evoluciones seniles. De vez en cuando, le da codazos poco disimulados a Enia para que se fije en algo que a ella le ha llamado la atención:

—A esa mujer se le cae la baba —le susurra. Y al rato—. Mira, aquel hombre va lleno de tubos —y un poco más tarde—. ¿Has visto? Ese de ahí parece un cadáver.

No le resulta difícil encontrar detalles escabrosos en tan desolador panorama.

Moco va moco viene, la Nona sigue lamentándose:

—¿Con quién voy a hablar? ¿Y de qué? Si, al menos, tuviera alguna amiga, pero estas vejestorias no hacen más que preguntarme por mi marido… bueno, eso las que preguntan, porque la mayoría están gagá —se vuelve a sonar. Lunila la secunda con un ostentoso cabeceo aseverativo, la Nona tiene razón, piensa, están todas p'allá, pero esta vez no dice nada para no interrumpirla—. ¿Y cómo les digo yo que mi marido no era mi marido sino mi señora? Tiene narices, con todo lo que hemos pasado… —suspira—, y mira cómo tenemos que acabar —chasquea la lengua, niega con la cabeza—. Si hasta la copita de coñac me han quitado —y se lanza de nuevo a un profundo sollozo.

A Lunila la escena la llena de congoja, el escenario la abruma y el decorado acaba por hundirla. Pero como está muy habituada a reflexionar y sus madres —en eso sí que, a veces, hasta les da la razón — le han enseñado a pensar siempre en positivo, pronto encuentra una solución.

—¿Y si hacemos una campaña de visibilidad en la residencia? —propone con entusiasmo—. Mis madres participaron en una el año pasado y estuvo de puta madre.

Enia no puede más y la corta:

—Vale ya, Lunila. No digas palabrotas y relájate un poco que nos tienes locas.

Entre las amigas de la Nona se han repartido los días de visita. Enia va la tarde de los jueves antes de acudir a la emisora, Lola y Rosa, con Clarita, suelen pasar la tarde del domingo; Adela y Amanda, por fortuna, se habían asignado tardes distintas antes de la separación, una va el lunes y la otra el miércoles, la Noe se lo combina para ir con Max los sábados. Así que, la Nona tiene compañía y atención casi a diario. Como no todas las amigas se conocen entre ellas, la organización funcionó a base de mails y llamadas; ventajas de la sociedad tecnológica. Sin embargo, al salir de la residencia, Enia piensa que deberían reunirse y buscar, unidas, una solución para la anciana. A ella no se le ocurre ninguna, pero tiene claro que si se queda en aquel *parking* para la vejez se consumirá en pocos días. Apenas come. Hoy no ha probado la cena.

—Quién va a querer cenar a estas horas, que ni las gallinas cenan tan temprano y menos un rancho tan insípido.

—Los bollos y el jamón —la anima Lunila— que para eso te los hemos traído.

De vuelta a casa, Lunila no habla, lo cual siempre es mal síntoma. Enia tampoco. Experimentan ambas una desazón difícil de ser explicada y, mucho más, consolada.

—Cuando sea mayor, no quiero estar en una residencia —rompe por fin el silencio la niña—, es muy triste.

Enia le responde con un asentimiento de cabeza que no disimula su amargura. Hay que hacer algo, se obstina, pero no sabe qué. Por muchas vueltas que le da, no encuentra alternativa y eso le crea una angustia casi asfixiante. Habría que informar a los Servicios Sociales, piensa, pero, aunque le hicieran caso, ¿qué medidas tomarían? Tal vez hablar con el personal de la residencia y decirles que consideren la condición de la Nona puede dar resultado, aunque tampoco ve factible que le monten una cafetería de ambiente para ella sola. Como si no fuera ya bastante pena que te aparquen de mayor en los márgenes de la existencia, en un almacén de senectud que no es otra cosa que la antesala de la muerte; si encima no puedes ser tú misma, ¿qué sentido tiene continuar? A Enia se le desintegra el corazón solo de pensarlo. Hay que hacer algo, hay que hacer algo… Esta misma noche, en una de las pausas para la publicidad, hablará con la Noe que para estas cosas suele tener la cabeza muy clara. La solución no es fácil, ya lo sabe, pero hay que intentarlo, no se perdonaría el quedarse de brazos cruzados. A Lunila, sin embargo, enseguida se le ocurre una salida:

—Podríamos adoptar a la Nona. Bueno, en mi casa no, porque con Clarita ya somos mucha gente, pero contigo estaría de puta madre.

Enia, después de resoplar, solo le dice:

—Deja de decir palabrotas, Lunila, que ya es la segunda vez en una misma tarde.

—Bienvenida a *Voces en la noche*, esta es tu emisora, Canal Municipal fm, este es tu programa y esta que te habla, tu voz amiga, Enia Grimau, encantada de acompañarte.

Esta noche hace el programa con una torpeza inusual. Justo hoy que ha de estar más lúcida que nunca para entrevistar a la psicóloga catalana. Pero es que esta señora la intimida y, aunque ha saludado a Enia alabando su trabajo, aunque la ha felicitado en más de una ocasión por su programa y aunque la considera una auténtica figura, la locutora se ve tan pequeña a su lado, tan poca cosa que hasta la lengua se le pone en contra. Se atranca con una palabra determinada y se equivoca con tanta frecuencia que llega a poner de los nervios a la técnica de sonido. Para colmo, no atiende a sus indicaciones.

—¿Dónde tienes la cabeza, chica?, no aciertas ni una —la regaña en

cuanto sale del estudio para la pausa publicitaria, pero la locutora ni siquiera le contesta, se retira al baño, con el móvil en la mano para hacer, al mismo tiempo, el pipí de rigor y una llamada; solo tiene tres minutos, lo justo para hablar con la Noe y quedar al día siguiente.

—Vente a comer —la invita—, mañana por la tarde no voy al cole, que llevo a Max al ambulatorio, tengo hora con su médica.

Dicho y hecho, al día siguiente están comiendo juntas y Max, más contento que unas castañuelas porque ha venido Pino.

—¿Puedo darle galletas? ¿Lo saco a hacer pis? ¿Por qué no tiene huevos? ¿Has visto que tiene una mancha justo en la titola?

—Mira, Max —le increpa su madre—, tú, primero come y luego ya lo sacas, le das galletas y le tocas la titola tanto como te apetezca.

Enia protesta:

—No te pases, con que se la toque un poco ya es suficiente, que luego se acostumbra.

Hablan de la Nona, y la Noe tampoco le ve solución. Está de acuerdo en reunirse todas para analizar la situación; cuantas más sean, más fácil será encontrar una salida. Combinar las agendas no va a resultar sencillo, así que harán una primera ronda de llamadas para concertar el día. Enia contactará con Lola y Rosa, y ellas hablarán con Amanda y con Adela y a ver.

Resuelto el tema, suspiran, se relajan y se dan el parte, es decir, se ponen al día de sus respectivas vidas.

—¿Y a este qué le pasa? —pregunta Enia cuando Max desaparece camino del cuarto de baño.

—Pues que está en la edad tonta. ¿Qué quieres que le pase?

—No, digo que ¿por qué lo llevas a la doctora?

—¡Ah!, porque se cayó en el patio y tiene la muñeca hinchada. Te juro que no gano para disgustos. Entre lo machito que se está poniendo y lo mucho que se me rompe… Además, ahora le ha dado por las titas y los huevos y me saca de quicio. Ya has visto con Pino, ¿no? Pues todo el día igual. Y, no te lo pierdas, hay ropas que no quiere ponerse. Tiene una camiseta rosa fucsia divina que le regaló su tía y no hay forma, dice que es de niña. ¿Tú te crees que una feminista radical como yo tiene que aguantar esto en su propia casa?

—¡Uy! Pues si vieras a Lunila, ella sí que está que sus madres no la aguantan. No paran de discutir. Dice la cría que es que no la entienden, pero, de verdad, que es durillo hacerla entrar en razones. Ya sabes que siempre ha sido muy resabidilla, pues ahora, para colmo, está haciendo un taller Queer y parece, tal cual, una Beatriz Preciado en miniatura. Te habla de transgénero y de teoría masturbatoria como nosotras de Caperucita Roja. No me extraña que Lola y Rosa estén de los nervios, pero es lo que yo digo ¿a quién se le ocurre montar un taller Queer para púberes como Lunila con lo bonito que es hacer

plastilina? Dice Lola: «Es que es un *esplai* alternativo gestionado por jóvenes okupas». Digo yo: pues ya les vale. La cría acabará con una empanada mental… y lo peor no es eso sino que… bla… bla, bla… bla, bla…

Pero la Noe ya no atiende al discurso de Enia. Se ha quedado con una idea entre ceja y ceja y todo lo demás se esfuma de golpe. Sin la menor cortesía y con las pupilas encendidas de emoción, corta el monólogo de su amiga para exclamar.

—¡¿Un taller Queer para adolescentes?! ¿Y cómo no me lo has dicho antes para apuntar a Max?

—¡Oh, no mami, porfa! —protesta el crío desde el cuarto de baño.

Capítulo 6
La vida regalada de las mascotas

Enia ha comprado una bandeja higiénica cubierta, especial para gatos grandes. Como Pino abulta menos que la gata de Adela y Amanda (mejor dicho la ex gata de ambas, ahora en custodia compartida y con problemas de ubicación y pérdida de pelo por culpa del estrés), el tamaño le viene que ni pintado. Incluye un asa, una puerta basculante y un filtro de carbón activo para evitar los malos olores. Es ideal. El único problema es que le han dicho que la arena de gatos no es buena para un perro, que si se la come (y ya sabemos la glotonería que gastan) podría producirle una obstrucción intestinal, además de que daña el pelaje y provoca infecciones en la piel. Así que busca por Internet y encuentra una arena ecológica especial para perros pequeños y cachorros, de una suavidad excepcional que, para más ventajas, forma grumos con el pipí y solo hay que retirarlos sin necesidad de cambiar la arena al completo y que, como era previsible, cuesta un pastón. Pero con la salud del reyecito de la casa no se juega. Usará esa.

Ahora solo hay que esperar a que Pino entienda y aprenda que aquello es su Pipican particular. Lo ha colocado en un rincón de la terraza y, en uno de sus paseos habituales, ha guardado las caquitas del perro y ha embadurnado una servilleta de celulosa con su pis. La gente la miraba raro. Luego ha introducido ambas, celulosa pringada y caquitas rescatadas, en la bandeja higiénica y ha invertido, en sucesivas ocasiones, unos cuantos minutos y un buen puñado de chuches en enseñar al chucho.

A Pinito le ha costado un poco, pero, al fin, ha asumido que aquello es su *toilette* y ahora está encantado. Y Enia más todavía ya que no tiene que sacarlo por obligación. Cuando el mini can expresa una necesidad, sale a la terraza por una gatera instalada a tal efecto, va a hacer sus cositas, se sacude las pezuñas y vuelve a entrar. Ahora los paseos con Pino son por puro y exclusivo placer. ¡Ay —piensa la locutora—, si todo en la vida se resolviera con tanta facilidad! Apenas recuperada del resfriado, teme que el estrés la condene de nuevo al lecho, pero esta vez con alguna afección coronaria.

La entrevista a la psicóloga catalana ha resultado muy polémica, las redes sociales están que echan humo. Todas esas teorías sobre el amor romántico han sentado muy mal en un amplio sector de la comunidad Les. Las críticas hacia el sexo compulsivo han soliviantado a las partidarias del pornoterrorismo, que no han tardado en lanzar a la red un manifiesto demoledor. Las autoras pertenecen al colectivo Escoria Power, un grupo radikal anti-todo-lo-que-huela-a-opresión-y-poder. En su proclama, que aparece bajo el título de *Alegato anti-mojigato*,

reivindican «el derecho a la libre disposición del propio cuerpo y a su performatividad, reasignando los valores de género a voluntad de cada individuo o individua con independencia del sexo biológico y/o el rol de género asignado por la sociedad heteropatriarcal en el momento de nacer». Otras ideas, repetidas hasta la saciedad, son: «reafirmar la potencia creadora de la propia sexualidad y el empoderamiento frente al sistema patriarcal dominante, guerra al bollerismo represivo, resistencia activa con el *fist* y el dildo como armas de destrucción simbólica, transmutación transaccional transfeminista voluntaria y libremente escogida, exaltación masiva del puterío perreril y abolición definitiva del binarismo de géneros».

Algunas parroquianas consideran que la longitud del texto, su carácter reiterativo y la mediocridad del redactado le restan fuerza al contenido global. Otras lamentan que el manifiesto no vaya acompañado de traducción o manual de instrucciones para entenderlo. Aun así, ha causado sensación y ha provocado innumerables reacciones. De eso se trataba.

Lola mira a Lunila pensando: «¡Ay, qué poco le falta para afiliarse a uno de esos grupos!».

Otro sector, algo más moderado, está de acuerdo con la psicóloga, pero ninguna se atreve a manifestarlo por temor a ser tachada de reprimida y dejar de interesar. Solo una minoría defiende a la Miravet y se ha quedado con un lema: «O nos reinventamos o desaparecemos». En el momento culminante de la emisión, la psicóloga soltó esta sentencia:

—No hemos existido y, si no somos capaces de reinventarnos, en el futuro tampoco existiremos —y añadió—. Cuando las lesbianas empezaron a hacerse visibles fueron tratadas como monstruos, enfermas, un error de la naturaleza; se nos ha condenado a la tragedia, se nos ha hecho creer que una relación entre dos mujeres estaba sentenciada al drama y al fracaso por su condición misma. Todavía hoy, cuesta muchísimo romper con esa invisibilidad y esa desgraciada suerte. Si no hacemos nada por evitarlo, acabaremos en el museo de las comunidades extinguidas.

La entrevistada es una señora que está de muy buen ver. ¡Caray cómo ha subido el nivel académico!, pensó Enia al verla. Espalda recta y cuerpo modelado en gimnasio (se nota). No es alta, tampoco se la definiría como bajita. Su estatura discreta certifica dos dichos populares, es matona y de buena confitura. Vestimenta muy rumiada, ni demasiado *femme* ni demasiado *butch*. Una pluma elegante y discretísima, con mucho estilo. Complementos, los justos; suele lucir algún que otro anillo de los que atraen miradas, y ya se sabe que quien luce anillos, no esconde manicura; a veces, una gargantilla que le da aspecto de Mata Hari intelectual. Lleva una media melena muy

cuidada. Para la entrevista, se la soltó, pero a menudo se la recoge en una cola que, aunque parece que haya anudado de forma inopinada, ha situado con precisión, habilidad y estrategia; o incluso en un moño, algo tan decimonónico que solo una mujer como ella es capaz de lucir con dignidad. Anda con poderío, pisa con seguridad, mira con altivez y habla de forma tan segura y contundente que las más débiles no se atreven a replicarla y las más engreídas no pueden evitar hacerlo.

—¡Es una exagerada y una pedante! —opina Rosa—. Además no tiene razón en todo lo que dijo sobre buscar pareja por Internet. Es una opción como otra cualquiera, yo conozco a muchas chicas que se han enamorado y ahora son felices.

La psicóloga hizo afirmaciones del tipo: «Internet convierte el amor en un mercado en el que el producto estrella es el sexo, un aparador de corazones solitarios que piden socorro, de bellas durmientes a la espera de una princesa azul que, al besarlas, deshaga para siempre el hechizo y las convierta de rana solitaria en Letizia de pacotilla».

Sus juicios sentaron fatal, pero algunas asiduas del programa no sabían qué les había molestado más, si sus palabras o el tono que usaba, la contundencia con la que hablaba; como si todo lo que estaba diciendo fuera incuestionable.

«Las chicas —aseguró, y cada radioyente tuvo que deducir si se refería a las chicas en general, a las jóvenes en particular o a las lesbianas en especial— se enamoran del amor, del hecho de estar enamoradas, de esa bella promesa que es el amor eterno. En realidad, están fascinadas por una fórmula, un modelo, y buscan a alguien con quien poder cumplirla. Internet es para eso una plataforma ideal. Ya sabemos que no se puede tener a quien se quiere sino a quien se puede, así que basta con dibujarse a una misma, limando asperezas y mostrando el mejor perfil, lanzar la caña y esperar a que alguien pique.»

—Como si ir a un bar de ambiente fuera muy distinto —replica Lola, que más que estar en desacuerdo con la entrevistada se siente cuestionada por su discurso aunque jamás será capaz de reconocerlo; ella, antes de encontrar a Rosa, se pasó sus buenas horas gestionando contactos telemáticos.

Otra que ha criticado con dureza las opiniones de la psicóloga, su libro, todas sus obras y todas sus pompas es Adela. Son compañeras de Universidad, que no de facultad, y mucho menos de departamento (por fortuna), pero han coincidido en algún seminario interdisciplinar y, curiosamente, no han coincidido nunca en nada excepto en el espacio físico ocupado. A Adela la reconcomen los éxitos de la Miravet, sus paseos por el campus rodeada de jóvenes alumnas, su seguridad, su atrevimiento, sus anillos, todo.

—Yo la conozco y es una excéntrica insoportable —asegura.

—Pues dicen que las alumnas la adoran.

—Y no me extraña. La mejor forma de aprobar es hacerle favores, digamos, amorosos.

—¡¿Va en serio?!

—¡Claro! Le gustan jovencitas. Un día la van a denunciar. Y espera que no sea yo quien lo haga. No la soporto. ¿A qué viene ahora hacerse la esnob menospreciando el amor romántico y cuestionando la pareja y dando lecciones de sexo? Pero ¿quién se ha creído que es?

Esos fueron, precisamente, los tres ejes centrales de la entrevista que tenía que haber durado media hora y se alargó hasta casi los cuarenta minutos. La técnica y la productora del programa no sabían cómo hacer para cortar a la locutora que hacía caso omiso de sus señales e incluso giró la cara para no verlas. Al contrario que a la mayoría de oyentes, a Enia las afirmaciones de la psicóloga le estaban dando un subidón, en especial cuando atacó el segundo tema: «Tendríamos que considerar la pareja como un contrato de compañía y no como la compra en exclusiva de una persona». Y al llegar al tercero, no digamos, porque a ella el apetito sexual le ha bajado mucho y siempre ha sido de las que, con un roce de clítoris, ya tienen bastante: «Las jóvenes lesbianas predican un sexo duro y activo en contraposición al papel sumiso y pasivo que se le ha otorgado a la mujer, pero ¿qué pasa con las que tienen suficiente y se sienten satisfechas con el tribadismo más *light*? Se las tacha de mojigatas y reprimidas. Se llega casi al extremo de considerar la sexualidad hipoactiva como un trastorno. Es la crueldad que ejerce la ley del péndulo. No se nos permitió ser activas, ahora lo seremos más que nadie. ¿La violencia no es un rasgo femenino? Pues ahora seremos más violentas que Terminator; en lugar de abogar por un pacifismo radical feminista. En cuanto a las relaciones, ha llegado el momento de presentar otros modelos, dar otros ejemplos, tanto en el sexo como en el amor como en cualquier tipo de vínculo: proponer alternativas a la pareja. Pero para ello, es necesario que nos preguntemos sobre nosotras mismas y que reconsideremos lo que parece más obvio: ¿elegimos, realmente, a nuestras parejas o estamos programadas hacia determinados modelos? ¿Nos enamoraríamos de la misma manera si no hubiéramos oído hablar del amor? ¿Tendríamos las mismas necesidades amorosas si no tuviéramos la idea del amor romántico hasta en la sopa? Como dice un escritor francés famoso por sus máximas, “el verdadero amor es como los espíritus: todo el mundo habla de ellos, pero nadie los ha visto”».

El final de la entrevista no llegaba nunca y la productora a punto estuvo de entrar en el estudio para cortar a una Enia que solo tenía ojos, oídos y atención para la psicóloga. Le fascinaba aquel gesto suyo, tan lascivo, de humedecerse el labio inferior con sicalíptica

intermitencia. Un tic, es evidente, pero de una picardía erótica que incluso llegó a poner en un apuro a la locutora. Lengua pequeña y traviesa que asoma y se lame el belfo carnoso como diciendo «aquí estoy, qué guapa soy». Vive Dios si lo es, piensa Enia, y mucho; tiene una sonrisa que encandila, una mirada que quema, un *savoir-faire* que abruma.

Por desgracia, Enia no tenía su mejor noche. Qué lástima, no se lució como en otras ocasiones con preguntas ágiles y picantes que hicieran aflorar lo mejor de la entrevistada. Solo al final, cuando ya habían sobrepasado con creces el tiempo de emisión, y tanto la productora como la técnica de sonido iban locas por pasar a publicidad, la voz de oboe rasgó las ondas con su tono más sensual.

—¿Usted, cree en el amor?

La psicóloga sonrió.

—¿Quiere saber si predico con el ejemplo? —Enia sonrió. Las sonrisas no salieron por antena—. Ya conoce el dicho: «en casa de la herrera, cuchara de palo».

Y, de nuevo, se lamió el labio inferior.

Entre el alboroto provocado por la entrevista, las broncas de la técnica y la productora del programa y, para colmo, la situación de la Nona, Enia cree que le va a dar un infarto; por las noches tiene taquicardias.

Ya se ha puesto en marcha el engranaje para tener un encuentro todas las amigas de la Nona y decidir qué hacer con ella. Pero, surge un problema. Adela y Amanda no quieren sentarse bajo el mismo techo. Y eso que, a cada una por su cuenta, les va la mar de bien. Adela ha encontrado una chica por Internet y se le ha pasado el duelo de golpe. Amanda no ha encontrado pareja, pero sí su espacio y siente que algo está madurando dentro de ella.

Con el precedente anunciado, se entenderá que Adela esté tan enfadada con los comentarios de la psicóloga. Más que enfadada: ofendida, indignada, dice ella, porque no hay derecho a que se digan tantas barbaridades y se pongan en entredicho los sentimientos de tantas mujeres. Ella está colada por su nueva novia. No entiende cómo ha podido vivir toda su vida sin aquel cuerpo instalado a su vera. Nunca antes ha sentido nada parecido.

—¡Y una «me»! —exclama Amanda al saberlo—. Cuando se enrolló conmigo dijo, exactamente, lo mismo.

De todas las candidatas evaluadas por Adela (sesiones maratonianas de tres citas semanales mínimo, más eventos de fin de semana, más el trasiego de mails, chats, llamadas, mensajes de móvil y comentarios en la red social), la que más la sedujo fue una chica diez años más joven que ella, gestora en una ONG, con un rostro muy dulce y una conversación muy amena sobre economía sostenible, la especialidad

de Adela. Un auténtico bombón. «Ya está, ya la he encontrado», se dijo al verla y organizó toda la estrategia destinada a consumar la conquista: invitaciones a cenar, mensajitos al móvil para hacerse presente a diario… en fin, esas cosas. La chica respondía, incluso llegaron a enrollarse. Adela volvía a sentir el maravilloso hormigueo del enamoramiento. Todo iba viento en popa y bien encaminado hasta que se enteró de que la chica en cuestión tenía un rollete con una actriz secundaria de los culebrones catalanes; guapísima, con cuerpo de bailarina y quince años más joven que Adela. Se sintió tan traicionada.

—No me gusta que jueguen con mis sentimientos —le reprochó el día que le dijo que se había acabado.

No estaba dispuesta a continuar así, la fidelidad para ella era una de las bases de la pareja. Y se lo dijo con gran rotundidad y con la esperanza, casi la convicción, de que la otra mostraría cierto arrepentimiento. Estaba dispuesta a perdonarla, a no tenérselo en cuenta y a seguir adelante a pesar del agravio. Sin embargo, lo que escuchó fue bien diferente.

—Oye, guapa, que yo no te he prometido nada y mucho menos que íbamos a ser pareja. Si tú te montas películas, no es culpa mía.

Por fortuna, Adela había comentado el *affaire* con muy poca gente. Tuvo que explicarles que la dejó porque no le convenía. ¡Ojo al dato!, fue ella quien dejó a la chica y no al revés:

—Demasiado joven, no sabe lo que quiere y yo ya no estoy para chiquilladas y ambigüedades.

La tachó de la lista y, de las pretendientas que quedaban, se centró en Mireia, una parvulista vocacional, de estatura media y algo rechoncha, con inclinaciones esotéricas y las ideas muy claras en cuanto a las relaciones.

—Yo lo que quiero es una pareja normal —le dijo el primer día—. Mi familia siempre ha aceptado muy bien que mis compañeras sean chicas. Lo que no quieren es que vaya mariposeando por ahí. Es lógico, desean lo mejor para mí.

—Claro, claro —aseveraba Adela convencida de que Mireia era la mejor candidata, aunque seguía soñando con la niñita anterior y no había forma de que se le cerrara la herida abierta en el ventrículo izquierdo.

Pero el roce hace el cariño. Conforme fueron conociéndose, se dieron cuenta de la cantidad de cosas que tenían en común y en menos de un mes ya estaban viviendo juntas.

—¡Qué rápido! —se asombra una de sus compañeras de facultad (y también las otras y sus amigas, y el mundo en general).

—Es que estamos hechas la una para la otra. Además, con Amanda hacía tiempo que no funcionaba —justifica Adela—, la relación se

había deteriorado mucho, ya no… Ya no.

—Pues enhorabuena —la felicita su colega—, me alegra ver que te has recuperado con tanta facilidad.

—No creas ¡eh!, que lo mío me ha costado. Amanda me ha hecho mucho daño. ¿Sabes que se estaba tirando a su doctoranda? No, de verdad que lo he pasado fatal, pero, bueno, oye, el destino es el destino. Conocí a Mieria… y, ya ves.

—Tienes razón, contra el destino nada puede hacerse. ¡Qué bien! ¡Cuánto me alegro!

—Sí —hace un encogimiento de hombros—. Yo es que no sé vivir sin pareja.

—¡Normal! —asegura la otra.

Todo va viento en popa pero, de pronto, surge un problema inesperado. Justo cuando les toca tener a la gata en casa, Mireia empieza a estornudar, los ojos se le ponen como bolas de fuego, hinchados y llorosos, y le da un conato de asma porque resulta que es alérgica al pelo felino. Y mira que Adela lo dejó claro en el anuncio.

—No lo sabía —se defiende Mireia—. No me había pasado nunca.

—Ya.

Pero, claro, ahora cómo va a echarla si ya tienen repartido el armario. Y con lo bien que se lo montan en la dinámica hogareña: una cocina, la otra pone la mesa y ambas, por turnos, conectan el lavavajillas. No le queda más remedio que quitarse de encima a la gata. Tendrá que llamar a Amanda y decírselo. No sabe cómo le sentará, pero le importa un pito. No puede tener a la gata y punto, le tocará entenderlo. Mientras, Mireia se instala unos días en casa de su madre.

A Amanda, por supuesto, le sienta como una patada en el hígado. Y no por tener que hacerse cargo de La Garbo, que, en el fondo, lo prefiere ya que la pobre minina se iba a volver loca cambiando de hábitat cada dos por tres.

—Lo que me molesta —le dice a Adela— es que no tengas el más mínimo respeto por nuestra convivencia. Has tardado bien poco en meter a otra en casa. ¿No estabas tan dolida? ¿No te iba a costar tanto recuperarte?

—Eso es un ataque de celos, Amanda. Te recuerdo que tengo derecho a rehacer mi vida y que, si tú no eres capaz de hacerlo, no es culpa mía.

—Desde luego, pero, por lo menos, haber elegido una que no fuera alérgica al pelo de gata, tal como ponías en el anuncio.

Eso ha sido un golpe bajo. O sea, que lo sabe.

—¿Que cómo lo sé? Todo el mundo ha visto tu foto, guapa. Que, por cierto, dicen que podías haber puesto una más actual.

—Me he enamorado —se defiende Adela— y eso es lícito venga de

donde venga.

—Perfecto. No tengo nada más que hablar contigo. Ya pasaré a buscar a La Garbo cuando tú no estés.

Y acaban colgándose el teléfono sin saber cuál de las dos ha colgado a la otra.

Finalizada la conversación, Amanda enciende un cigarrillo y, al poco rato, otro. Está furiosa. «Será putón —piensa—. Lo único que quiere es que alguien le caliente la cama. Poco le importa quién sea y cómo sea —aspira una bocanada de humo—. Qué razón tiene la Miravet.»

Y es que Amanda también se ha leído el libro de la psicóloga catalana. Y también se ha aficionado al programa de Enia Grimau. Antes, lo escuchaba de forma esporádica, pero desde la celebérrima entrevista, se ha enganchado y lo escucha todas las noches. Ella está en un momento muy distinto al de Adela. Está encontrando su espacio, ha recuperado antiguas dinámicas que la llenaban y la llenan de satisfacción. Incluso está descubriendo otra dimensión de sí misma.

Sin embargo, Lola y Rosa no la ven tan centrada como pretende hacer creer.

—Se ha adelgazado muchísimo —comenta Rosa.

—¿Ah, sí? —replica Lola—. Pues yo la veo más gorda.

—No creo, porque ha vuelto a fumar.

—¿Va en serio? —Lola hace cuatro chasquidos de reprobación con la lengua—. Mal síntoma.

—Ya. Por eso. Podríamos invitarla a cenar y la animamos un poco.

Dicho y hecho. Rosa agarra el teléfono y la llama:

—¿Y qué, cómo estás? —le pregunta.

—Muy bien —afirma Amanda—. Estoy entusiasmada. He montado un seminario sobre la repercusión de las palmípedas en pequeños ecosistemas y está funcionando de maravilla. Y, no te lo pierdas, estoy acabando mi libro. ¿Te acuerdas? Aquel que empecé y llevaba meses… qué digo meses, años estancado.

—Sí, sí me acuerdo, sí.

—Pues, ya me he decidido a terminarlo. Estoy contenta de cómo me está quedando; muy didáctico y a la vez muy sólido. Me siento satisfecha con el resultado, de verdad. Y, lo que es mejor, lo estoy disfrutando como una enana.

—¡Qué bien! —se alegra Rosa sin mucho entusiasmo—. Muy bien, chica, pero, y lo importante ¿qué?

—¿Lo importante? —pregunta Amanda desconcertada—. ¿Qué es lo importante?

—Va, no te hagas la longuis. De amores ¿qué? ¿Cómo vamos?

—Ah, pues… —vacila—, es que en estos momentos no es mi prioridad, la verdad.

Amanda tiene la sensación de que este diálogo es un *déjà vu*. Le ha sucedido ya en varias ocasiones. Le preguntan cómo está, ella responde que muy bien y la siguiente demanda, sin excepciones, es si está con alguien. La situación empieza a ser engorrosa. Al final, acepta la invitación de Rosa aunque un poco a regañadientes. No sabe exactamente por qué, pero tiene la sensación de que no se va a sentir a gusto en ese encuentro.

La Noe no pudo escuchar la entrevista. Max está muy triste. La hinchazón en la muñeca es producto de una fractura del escafoides; leve, pero le han tenido que enyesar el antebrazo.

—Un mes sin piscina y sin básquet —lloraba en la cama pasadas las once de la noche—, y en mi cumple no podré jugar con mis amigos.

—Claro que podrás —lo consolaba su madre—. Y un mes pasa muy rápido.

Se quedó leyéndole cuentos de marcianos hasta que cayó rendido más por el agotamiento del llanto que por sueño y, cuando la Noe puso la radio, solo alcanzó a oír el final:

—Muchas gracias, Katy Miravet por habernos acompañado y por haber sido una más de nuestras *Voces en la noche*.

—Gracias a vosotras.

Enia se despidió de la audiencia y, a continuación, sonaron los seis pitos que indican la hora en punto; en ese caso, la una.

—¿Cómo que lo han enyesado? —pregunta Enia al día siguiente—. ¿Es grave?

—No, pero como es tan *ñiicris* no acaba de soldar la fractura. Está depre porque no puede hacer deporte y piensa que se va a quedar minusválido de por vida.

—Muy optimista. No sé a quién ha salido —ironiza Enia.

—Yo tampoco —suspira la Noe—. Oye, acuérdate de que el viernes por la tarde celebramos su cumpleaños. Te pasas un rato antes de ir a la emisora, ¿no?

—Sí, claro. Pensaba llevarle un cómic de superhéroes, ¿te parece bien? —Enia nunca sabe si la madre aceptará un regalo por considerarlo sexista.

—Le encantará.

—Y, por cierto, ¿qué te ha pedido este año?

El pasado pidió un juguete tan machirulo que a la Noe casi le da un pasmo. Se negó a comprarlo y, por muchas explicaciones que le dio al crío, no pudo evitar un encontronazo generacional que duró semanas.

—No me ha pedido nada, pero ya sé lo que quiere. Lo que pasa es que no me atrevo.

A Max le encantaría tener una mascota. Muchas veces ha comentado, como quien no quiere la cosa:

—Podríamos adoptar un perro, pero más grande que Pino, que

parece un clic de Famobil.

La Noe no lo ve factible de ninguna de las maneras. Solo le faltaba un perro. Pero Max se vuelve loco con todo lo que tenga pelo y cuatro patas. Ahora dice que de mayor será veterinario, se le pasó lo de ser biólogo. Y resulta que en la escuela de la Noe, justo la noche que cambiaron la hora, nacieron cuatro gatitos. La conserje pasó por las clases buscándoles hogar. Dos ya están colocados, un tercero se quedará con la madre y sobra uno, el más enclenque. Valora la posibilidad de quedárselo. Al fin y al cabo, un gato no necesita tantas atenciones; son limpios, silenciosos, no hay que sacarlos a pasear… o sea que, al final, sí se atreve.

La conserje es una mujer menuda y nerviosa, delgada, hiperactiva, pizpireta. Lleva una media melena rizada, de un negro intenso, sin una cana (la Noe no se acaba de creer que no sea teñida) y se parece a Cher, pero en auténtico. Una conserje atípica. Ocupa la vivienda anexa al patio de la escuela. Una casita estilo Hansel y Gretel, con chimenea y todo, rodeada de plantas que le hacen de muro de contención. Cuando no están las criaturas, el patio entero es suyo; cuando están, también, pero de otra manera.

—El único que queda para dar es este.

—¿Ese tan ridículo? —exclama la Noe al verlo.

—Sí, chica, qué quieres, era el que menos mamaba. Y no me quedan más. Pensaba dejarle uno a la madre, pero me los han quitado de las manos. O te llevas este o esperas a la próxima camada.

De regreso a casa, el michino va gritando como un energúmeno en el trasportín improvisado que le han montado con una caja de cartón, lecho de papel de periódico y agujeros de ventilación. Y la Noe no sabe si arrepentirse, dar la vuelta, devolverlo a la conserje, a la escuela y a su madre que lo estará echando de menos como él a ella y no provocar un conflicto por separación, pero es que a Max le hará tanta ilusión… La Noe, ya lo hemos insinuado, es especialista en ver la parte negativa de cualquier decisión y machacarse por ello.

Al llegar a casa se le desvanecen todas las angustias. Cuando Max ve al gatito, entra en éxtasis.

—¡Oh, mami! —grita emocionado—. ¡Oh! ¡Qué mono! ¡Es muy mono! —y, enseguida, lo toma entre las manos, con la torpeza de la muñeca enyesada, pero con la misma delicadeza que si atrapara una pompa de jabón, con tanto mimo y tanta ternura que el gatito se relaja y, sin oponer resistencia, se acurruca en su pecho mientras el niño lo acaricia y le da besos y casi se le saltan las lágrimas cuando siente su motorcito en el esternón: ¡run, run, rrrruuun! Lo tiene acunado como a un bebé, con un gesto tan maternal que a la Noe hasta le crea expectativas. Prueba suerte:

—Max, ¿estás seguro de que no quieres apuntarte al taller Queer?

Pero Max no la oye, sigue acariciando al minino, haciéndole arrumacos.

—*Mixeta, mixeta petita* —le canturrea al oído. Suave, muy suave.

El gato ronronea en su pecho y se deja ir, como si supiera (y a su manera debe de intuirlo) que le ha tocado la lotería. A partir de hoy, le espera una vida regalada.

Capítulo 7
Las nuevas generaciones

Tal como intuía, Amanda saldrá asqueada de la cena en casa de Lola y Rosa. Lola y Rosa, por su parte, verán a Amanda muy desubicada, «como muy perdida» dirán cuando se haya ido, y decidirán hacer algo por ella, por ejemplo, buscarle novia.

Amanda ha llegado temprano para ver a las niñas. Le encanta la pequeña. Con la mayor, como es tan rara y está en una edad tan difícil, le cuesta más entenderse, pero Clarita la hace morir de risa. Le habla del cole (conversación habitual en una párvula), le enseña sus trabajos, le canta las últimas canciones que ha aprendido y le muestra todas sus muñecas y todo su vestuario. A Lunila, en estas ocasiones, le sale urticaria.

—¡Cómo le gusta ser prota! —refunfuña.

Sus madres la regañan.

Han preparado un menú muy especial, hace notar Lola: Cuscús de espelta con sésamo negro tostado. Tempe macerado con Tamari. Vegenugets con Tofunesa y ensalada ecológica con germinados de alfalfa y salsa Teriyaki. Un lujazo, pero como Amanda no está muy puesta en este tipo de alimentación, lo ve todo un poco silvestre, insípido y tirando a monosabor.

—Los vegenugets los ponemos para las niñas —explica Rosa (ni que decir tiene que las niñas preferirían unas buenas croquetas de jamón, sobre todo Lunila que ya las ha probado)—, el Tempe por las proteínas y porque es muy digestivo, y los germinados es increíble la cantidad de minerales que aportan. A nosotras nos encantan, estos son de alfalfa, te gustan ¿no?

—¿Los germinados de alfalfa? —confirma Amanda intentando ganar tiempo—. Pues… no sé, la verdad, no los he probado nunca, pensaba que la alfalfa solo la comían los caballos.

—¡Ay, qué graciosa! —comenta Lola y por dentro piensa «está fatal».

A Amanda se le ha ocurrido aportar unas trufas para el postre —ni caseras ni ecológicas, de congelados La Sirena— y eso crea un pequeño conflicto familiar. Pero, un día es un día, les dejan comer una a cada niña. Luego le dicen:

—Llévatelas porque aquí son un peligro.

Acabada la cena, Lunila se retira a su habitación con su móvil multifunciones a escuchar música electro dance; otra batalla que se trae con sus madres quienes preferirían que se aficionara al rock catalán o que escuchara a Shakira, como las niñas de su edad. No, ella prefiere a Laura Vane And The Vipertones y —peor todavía, según sus madres— Darude, GoonRock o Swedish House Mafia.

—Todas suenan a «chun ta, chun ta, chun ta» —suele quejarse Lola —, no sé cómo lo aguantas. Y bájate el volumen que te romperás los tímpanos.

Clarita se queda hasta que la obligan a irse a la cama y entonces agarra una pataleta morrocotuda. Rosa intenta tranquilizarla tomándola en brazos, la cría se la quita de encima a mamporros; Lola intenta hacerla reflexionar y solo consigue que berree aún más fuerte.

—¡Ota tufa —reclama—, ota tufa, mami, ota tufaaaaaaaaa! —como si le fuera la vida en ello.

Rosa accede a ver si por fin se calma y también porque tiene la teoría de que contradecir o negarle a la niña sus deseos puede provocarle más traumas de los que ya lleva encima por el hecho de ser bielorrusa.

—Bueno, Rosa —protesta Lola—, si siempre que llora le das lo que pide, no aprenderá a conformarse.

—No, siempre no —replica Rosa—, solo esta vez y porque ahora se va a portar muy bien y vamos a ir a la camita ¿verdad, mi amor? —le dice al tiempo que le enchufa la trufa en la boca y Clarita, rebosante de chocolate por ambas comisuras, detiene el llanto y accede a ir a la habitación, no sin poner algunas condiciones más a las que Rosa, como buena madre obediente que es, accederá sin rechistar: que se quede con ella hasta que se duerma y que le cuente por enésima vez el cuento de *Paula tiene dos mamás* que le encanta y le da argumentos en el cole para replicar a las niñas que se meten en sus asuntos familiares.

Al oírla berrear, Lunila no puede evitar un resoplido: «Ya está otra vez dando espectáculo», piensa mientras se coloca los cascos. Sube el volumen a tope, coge su diario autobiográfico y redacta una de sus disertaciones.

Diarios de Lunila: Mundo infame

El mundo está lleno de injusticias por eso es infame. Infame significa que es un desastre y que nadie hace nada para arreglarlo. Hay países donde la gente se muere de hambre, sobre todo si son de raza negra, y en otros tiran la comida. Por eso mis madres me obligan a comérmelo todo sin rechistar.

Las personas de los países que se mueren de hambre se van en patera a los países donde se tira la comida. Se llaman emigrantes. Y durante el viaje algunas pateras se hunden y la gente se muere ahogada. No sé si es peor morir de hambre o morir ahogada. También hay personas de los países que tiran la comida que rescatan a las de los países que se mueren de hambre. Mi familia rescató a una niña bielorrusa y ahora me toca a mí aguantarla.

También muchos animales se mueren o están en vías de extinción por culpa del ser humano. Hay agujeros en la capa de ozono, el agua está contaminada y el aire está lleno de productos químicos. Y para colmo, las antenas de telefonía móvil provocan tumores cerebrales, pero ya no se puede vivir sin tener móvil, está comprobado. Por eso el mundo es un desastre infame. ¿Y quién va a tener que arreglarlo? Dice la profe de sociales que eso nos toca a las nuevas generaciones. O sea, a mí, a mi hermana bielorrusa, a Max y a toda la peña. Pero faltará gente,

porque el curro que nos han dejado es una pasada. Supongo que por eso todo el mundo quiere adoptar o inseminarse o plantar una semilla, para que haya gente suficiente para arreglar el mundo.

Lo de la semilla es lo mismo que el banco de semen, pero sin intermediarios. Max nació así, sin otro intermediario que un señor que puso la semilla en la barriga de la Noe y luego se marchó y no volvió nunca más. A mí me fabricaron y a Clarita la adoptaron porque estaba en un país de los que se mueren de hambre aunque no sean de raza negra. Dice mi madre auténtica que Rosa la adoptó porque estaba en una situación muy precaria, que significa muy chunga. La Nona también está en una situación muy precaria y nadie quiere adoptarla. Dice Enia que no es porque no quieran sino porque no se puede. No entiendo por qué se puede adoptar a una niña bielorrusa o a un perro como Pino y no se puede adoptar a la Nona. Es muy triste vivir rodeada de ancianas que están gagá y sin salir del armario y, encima, pensando que nadie te adoptará.

En cuanto pueda emanciparme, alquilaré una casa y adoptaré a la Nona. Fijo.

¡Ah, y seré trans a tope!

Rosa consigue, por fin, acostar a Clarita, por fin la cría cae rendida y por fin pueden sentarse las tres en el salón a beber una infusión digestiva.

Primero hablan de la Nona. La situación es complicada, no aguantará allí metida, habrá que hacer una reunión, etc. etc. A Amanda le parece una idea estupenda, pero no se resigna a compartir techo con su ex. Reconoce que es una pataleta algo adolescente, pero no puede evitarlo, está demasiado dolida. Se siente como una marioneta, dice. Pensaba que Adela y ella tenían un proyecto común, algo propio. Ahora ve que Adela tiene un proyecto y que lo único que necesita es a alguien con quien llevarlo a cabo, da igual quién sea, un títere.

Lola intenta consolarla:

—No te lo tomes así. Piensa que es mejor haberte dado cuenta a tiempo.

«¿Siete años es “a tiempo”?», cavila Amanda, pero no dice nada.

Rosa sirve la infusión y la anima:

—Tienes motivos para estar dolida, Amanda; además, lo de la gata ha sido muy fuerte, pero no puedes quedarte solo con eso. Has de demostrarle que estás por encima, que tú eres más íntegra.

—Sí, todo lo que queráis, pero, hoy por hoy, no voy a compartir mesa con ella.

Mejor dejar el tema, ven a Amanda muy resentida, no es momento de hurgar en sus sentimientos. Cuando pase un tiempo valorará la situación desde otra perspectiva. Y si no asiste a la reunión de la Nona, ya la informarán. Ahora lo que toca es abordar el otro tema, el que más las preocupa.

—Y entonces ¿qué? —ataca Rosa—. ¿No hay nadie en tu vida?

—Mmm, sí —responde Amanda posando la taza en el platillo; la pregunta la ha pillado sorbiendo la infusión—. Sí, sí, un montón de gente. Es curioso, desde que me separé de Adela, no he hecho más que

conocer a mujeres interesantes. Las del grupo del seminario son ideales. Hay algo más que una relación intelectual, hay buen rollito, no sé cómo decir… mucho cariñito, mucho… ¿cómo explicarlo? Sentido de tribu, eso, somos como una pequeña tribu —sonríe satisfecha y da otro sorbo a la infusión que, a pesar de tener (para ella) el mismo sabor que los germinados de alfalfa, le entra bien.

Rosa y Lola se miran.

—Eso está muy bien —ahora es Lola la que ataca—, pero Rosa se refería a alguien con quien llegar a comprometerte. Te estás encerrando demasiado en tu trabajo. Así no encontrarás nunca una pareja. Tienes que estar más abierta.

Amanda bebe otro sorbo de la infusión, esta vez para darse tiempo. Se temía un ataque por ese flanco y no quiere ser grosera, pero tampoco quedarse impasible ante ese tipo de comentarios.

—Ya, pero es que… no sé, yo creo que el amor, si llega, pues genial, pero no hay que forzarlo; no saldré a buscarlo con una pancarta. Además ahora estoy muy bien como estoy.

—Bueno, Amanda —vuelve a atacar Rosa—, si no sales a buscarlo, no te vendrá a casa como por arte de magia. Y lo de que estás bien, perdona que te diga, y no te molestes, porque te lo digo desde el corazón y como amiga: yo no te veo tan bien, tienes unas ojeras que te las pisas y has vuelto a fumar. Por algo será.

—Duermo poco —se justifica Amanda—, el libro me absorbe y hay noches que se me hacen las tres o las cuatro sin darme cuenta, pero, por lo demás…

—¡Ay, ese *workoholismo*! —la amonesta Lola.

Amanda se queda pensando unos instantes, con la taza y el platito entre las manos y la sensación de que lo que va a decir no será bien recibido.

—Y, por otra parte —declara al fin—, me he dado cuenta de que no sirvo para estar en pareja.

Lola y Rosa, al unísono, chasquean la lengua y niegan con la cabeza.

Lola: —Pues eso no es normal.

Rosa: —Tú tienes un problema.

—¿En serio? —pregunta Amanda antes de dar el último sorbo a la infusión que, por muy digestiva que sea, está empezando a sentarle como una patada en el estómago.

En casa de la Noe, esa misma noche, después de la cena, Max y su madre están buscando nombres para el gato. Al crío solo se le ocurre reproducir los de sus héroes favoritos: Anakin, Thor, Yoda, Batman…

La Noe le explica, a su nivel, que los gatos tienen preferencia por los sonidos fricativos, estaría bien encontrarle un nombre que tuviera una sssss, o una sh o una ch.

—¡Ah, ya sé! —exclama Max con entusiasmo—: Messi.

Entonces la Noe, como es habitual en madres del ramo de la enseñanza, aplica su mejor pedagogía en explicarle que todos esos nombres ya pertenecen a algún personaje real o de ficción y que el gato merece tener uno personal, es decir, gatuno, pero propio.

—Vamos a ver qué características destacan en él, qué tiene de especial y, a lo mejor, por ahí, lo encontramos.

Max lo mira de arriba abajo (que es muy poca distancia), por delante y por detrás.

—Podríamos llamarle Peque porque es pequeño o Nino (pronunciado en catalán «Ninu») porque parece un muñeco o Pelu. Pelu me gusta.

La Noe sonríe.

—En realidad —recapacita Max observando lo canijo que es el minino—, se parece a Quasimodo, si no lo hubiéramos adoptado tú y yo, no sé quién lo habría querido. Es bastante feúcho —dice acariciándolo y, en ese instante, se le enciende la lucecita—. ¡Ah, ya lo tengo! Podríamos llamarlo Quasigato. Tiene una ese.

—Genial —aplaude la Noe—, es un poco largo, pero le va que ni pintado.

—Bueno, en casa podemos llamarlo Quasi, pero en la cartilla pondremos su nombre completo.

—¿Con apellidos? —bromea la madre.

—Es verdad, necesita un apellido. ¿Le ponemos el nuestro?

La Noe suspira. Su primer apellido —y, por herencia automática, también el de su hijo— hace honor a su periplo vital.

—De acuerdo, lo llamaremos Quasigato Dapena.

A pesar de la desafortunada combinación, el gatito parece estar de acuerdo con la elección y satisfecho con su pomposo nombre. Mientras Max se lo repite completo al oído, él amasa la barriga de su dueño con auténtica fruición.

La escena enternece a la Noe. Es en momentos como este cuando siente que no cambiaría a su hijo por nada del mundo. «Bueno, se dice a sí misma, si se hiciera trans me daría una alegría, la verdad» y, a continuación, se repite aquella frase ya histórica: «Pero también tiene que haber hombres sensibles y si no los fabricamos nosotras quién va a hacerlo».

Dos días más tarde, en la fiesta de cumpleaños de Max, Quasigato es el centro, la estrella. Los amigos de Max quieren tocarlo, Clarita está a punto de estrujarlo y Lunila lo mira con reticencias.

—El nombre le pega —afirma—, porque mira que es friki el pobre.

—Dejad ya al gato que lo estáis agobiando —pone orden la Noe.

Los sándwiches son con pan integral bio por expreso requerimiento de Lola y Rosa, la mitad vegetales y la otra mitad de chorizo porque a Max le encanta. Tanto a Lunila como a Clarita se les van los ojos hacia

esos precisamente. Sus madres van camino del veganismo puro y duro y hasta la pequeña —aun habiendo pasado hambre en sus orígenes bielorrusos— empieza a estar harta de tanto tofu, tanto seitán y tanta alga marina. Clarita agarra una pataleta porque no le dejan coger al gato y otra porque solo le permiten comer un sándwich de chorizo. Rosa y Lola intentan, sin éxito, hacerla reflexionar.

Max solo ha invitado a tres chicos de su clase. Así que la única fémina que ellos consideran en edad decente es Lunila. Y Lunila de fémina solo tiene lo que la naturaleza le dio y la fármaco-tecno-pornografía puede modificar. Está a punto de desatarse un nuevo conflicto: los chicos han decidido jugar a un juego de la Play en el que, según su opinión, Lunila no encaja. A Clarita, por supuesto, la tienen más que descartada. Está en el salón llorando como una energúmena porque no le han dejado entrar en la habitación de Max y porque quiere otro sándwich de chorizo. Rosa se lo da a ver si se calla de una puñetera vez. En ese momento, se oyen gritos procedentes de la habitación de Max. Las madres acuden en tropel.

—¿Qué pasa aquí?

Lunila: —No me dejan jugar a la Play.

Max: —No es un juego para chicas.

La Noe: —Max, no te consiento ese comentario.

Lola: —Bueno, Lunila, pasa de ellos.

Tiras y aflojas, argumentos, enfados y alguna que otra palabrota. Y, en medio de todo el sarao, Lunila salta con una afirmación que las estremece a todas:

—Ya estoy harta. He decidido vivir en masculino. Y que nadie intente reprimirme porque me voy de casa.

Lola sufre un ahogo repentino.

Es una fiesta entrañable, no cabe duda, pero a Enia tanto ambiente familiar le empalaga. Se queda unos instantes abstraída, contemplando el panorama y pensando en cómo todas ellas han criticado la familia, pero han hecho lo indecible por crear una propia, por tener y perpetuar eso que, dicen, les ha arruinado la vida, y lo han hecho, además, con los mismos esquemas. A continuación, se recuerda a sí misma lo mona que está calladita e inicia las maniobras de despedida. Por suerte, tiene la excusa perfecta (además de cierta) para irse temprano: ella trabaja y tiene que estar en la emisora con tiempo suficiente para preparar el programa.

Tras la marcha de la locutora, los ánimos se serenan. Hoy, como todos los viernes, dejarán a Lunila y a Max escuchar la primera hora de emisión. Clarita se apuntará, tanto si la dejan como si no. Es una costumbre establecida desde que a Enia le dieron el espacio y empezó a hacerse famosilla. Los viernes, se quedan las dos familias despiertas hasta las doce de la noche para oír a su amiga y la chiquillería espera

con ansiedad que les haga un guiño radiofónico. Como la producción del programa no consiente que la locutora salude o haga dedicatorias personales, tienen establecido un código particular que solo el pequeño colectivo reconoce. Eso les encanta. El ritual y el acuerdo se cumplen todos los viernes con auténtico rigor. Aun así, antes de que se vaya, la chiquillería reclama confirmación.

—Acuérdate de hacernos un guiño ¿eh? —le indica Max cuando le da un abrazo y un par de besos de despedida.

—¿Harás aquello que dijimos? —pregunta Lunila.

Enia responde con un sí por partida doble y añade:

—… pero estad con las antenas muy atentas porque será visto y no visto. Bueno —rectifica—, mejor dicho, oído y no oído.

La fiesta se acaba, cada cual se retira a la paz del hogar —o lo que toque en el hogar— porque por la noche, antes del programa, se vive una intensa asamblea de reflexión en ambas casas. En la de Max, la conclusión es que los chicos han sido injustos con Lunila y a eso hay que ponerle remedio. En casa de Lunila, la conclusión es que la chavala está pasando por un periodo de rebeldía y que ya se le pasará, pero, al día siguiente, Lola vuelve a tomar ansiolíticos.

Apenas acabada la reflexión suena la sintonía del programa y empiezan las prisas. Todos los viernes se repite (también en ambas casas) una escena muy similar a la de hoy. Son las once de la noche, el lavavajillas ruge en la cocina de la Noe mientras ella, Max y Quasigato se apoltronan en el sofá con la radio a todo trapo. En casa de Lola y Rosa, Clarita corre por el pasillo con el culo al aire, Lunila aún está lavándose los dientes y se oye un grito:

—¡Qué empieza, chicas! Va, todas al salón. Clarita, ponte las bragas. Y tú, Lunila, acaba ya de cepillarte los dientes que te vas a destrozar el esmalte.

Hoy Enia está optimista, arranca el programa con una sevillana de Martirio:

Mira que mira este huevo con papas
Está hecho un fenómeno
Que brilla más que el sol
Ante mis ojos
Anda corre ve y planta un puchero
Que le cabe tó
Y si se apunta mucha gente
No digas que no
Son cosas del amor o de la vida
Maravillosas
Que te ponen el cuerpo
Como una rosa

Eso es poesía y lo demás patrañas, piensa la locutora y desgrana su mejor voz para dar la bienvenida.

—Muy buenas *Voces en la noche*, aquí estamos de nuevo, hoy con la

energía positiva que nos da Martirio…

Una barrita de pan (se oye de fondo)
Con algo dentro
Y es como una comida
De momento
Si lo mojas en medio, si lo mojas
Con aceitito
No se queda tan seco
Da más gustito
Son cosas del amor o de la vida
Maravillosas…

—… las cosas más sencillas son, sin duda, las que dan sentido a nuestra vida. Y si podemos compartirlas, mucho mejor. Por eso, os damos las gracias por acompañarnos en esta noche tan clarita…

—¡Ha dicho Clarita, ha dicho Clarita! —berrean en el salón las dos madres. Clarita ufana:

—Yo pimera.

Lunila seria.

—Es una enchufada.

—No —le dice Lola al oído—, Enia la nombra antes para que podamos llevarla a la cama.

—Sí, pero no lo hacéis —le responde Lunila también al oído.

Enia sigue:

—Y a continuación, este Max Mix (recalca mucho el Max) de músicas del mundo…

Euforia en ambas casas:

—¡Ha dicho Max, ha dicho Max!

Clarita aplaude, las madres sonríen, Max se ha puesto rojo.

—A ver cómo se lo monta para decir Lunila —exclama aún con el rubor en las mejillas.

Lunila sabe que no dirá su nombre, pero no le preocupa. Con Enia, ha establecido una fórmula secreta que solo ellas dos conocen y eso la hace sentirse importante. Esperando ese guiño en exclusiva, la dejan quedarse hasta las 12 h. A Clarita no, y eso provoca una nueva rabieta, en esta ocasión, con patadas y mordiscos a la madre encargada de llevarla a dormir, que suele ser Rosa.

—Oye, a mamá no se la pega. ¿Me oyes? Escúchame…

Pero la cría no solo no escucha, tampoco se calla y enfatiza aún más su enojo con alaridos y mamporros hacia todo lo que pilla a su paso. La emisión, por unos momentos, deja de oírse con claridad.

—Toma berrinche —exclama Lunila—. ¡Joder qué histérica es esta cría!

Este último comentario, lo sabe, va a costarle dos horas de sermón y cuarenta y ocho de reflexión, como mínimo. La palabrota, una severa reprimenda.

A falta de diez minutos para la media noche, Enia cuenta un cuento.

Es un clásico, *El picapedrero*, pero la locutora tiene muy asumido lo del cambio de modelos y lo adapta a su manera. Clarita berrea todavía desde la cama cuando entra el «Había una vez…». Y para Lunila no hay más mundo en el mundo que la voz de su amiga.

… una mujer que vivía sola y se lamentaba por tener que ir cada tarde a la montaña a picar piedra para construir su casa.

—Si fuera un hombre rico no tendría que estar aquí sudando y rompiéndome las manos, dormiría bajo una tienda de seda azul.

Las diosas de la montaña escucharon sus quejas y atendieron sus deseos.

—Lo serás —dijo una voz atronadora y, de inmediato, la mujer se vio convertida en hombre, rodeada de riquezas y su vieja choza pasó a ser una lujosa cabaña de seda azul.

Se refugió en ella y pasó la noche feliz y a cubierto, pero cuando despertó el día, se dio cuenta de que el sol quemaba demasiado y hacía su habitáculo irrespirable.

—¡Ojalá fuera el sol para no padecer estos calores y hacer florecer los almendros, reverdecer los campos, dorar los trigales y madurar los frutos!

—Lo serás —dijo la voz de las diosas.

Y la convirtieron en el astro rey.

Mientras fue sol, se sentía admirada, venerada y más poderosa que nada ni nadie en el mundo. Pero un día apareció en el cielo una espesa nube que la tapó por completo. Por mucho que se esforzaba, sus rayos no conseguían atravesarla y, entonces, exclamó desesperada:

—¡Ojalá fuera nube para mojar la tierra que luego el sol hará florecer!

Las diosas de la montaña le concedieron su deseo.

Convertida en nube, la mujer se hinchó de forma desmesurada y parecía que nada podría dominarla hasta que sopló el viento y la llevó allí donde quiso. Y entonces clamó:

—¡Ojalá fuera el viento para ir a donde me plazca!

Y las diosas de la montaña atendieron su deseo.

Siendo viento se sentía fuerte y poderosa, podía desplazar el humo para que no molestara en el pueblo, limpiar el aire y mover objetos a su gusto, hasta que se topó con la montaña y comprobó que era más fuerte que ella. Por mucho que empujaba no conseguía moverla ni un centímetro.

—¡Ojalá fuera montaña para resistir los envites del viento y hacer florecer mi ladera con la lluvia y el sol! —exclamó, de nuevo, la mujer y, de nuevo, las diosas accedieron a sus deseos.

Convertida en montaña, se sintió por fin realizada, fuerte, potente, feliz y segura de sí misma hasta que una tarde oyó un ruidito agudo y persistente: clic, clic, clic, clic… y observó que una mujer deshacía a trocitos su ladera para construirse una casa. Entonces, pidió a las diosas de la montaña:

—Ahora sé que lo que quiero de verdad es ser esa mujer y ninguna otra cosa.

Y las diosas de la montaña accedieron a sus deseos.

Ya en la cama, a Lunila le da por reflexionar, de motu proprio.

Capítulo 8
A Terra 2

Sábado. Doce del mediodía. Pino ha visitado ya un par de veces el Pipican, ha regresado a la cama de su dueña y se ha hecho un rosco a sus pies. La habitación, semi en penumbra, recoge pequeños rectángulos de luz que se cuelan a través de las rendijas de la persiana; chispas de sol invernal amortiguadas por una cortina color salmón. Hasta allí arriba no llega el barullo urbano de la mañana sabática, que en estos días se ha visto acrecentado por el acecho de las próximas fiestas: autobuses, bocinas, gente que va y viene del mercado se entremezclan con villancicos, abetos y papanoeles de fibra sintética agitando una campanilla. Pasa una ambulancia y su alarido estridente atraviesa el oído de una Enia en duermevela, a punto de abrir un ojo. Pino lloriquea, lo hace siempre que oye una sirena, y la realidad se hace presente con esa dulzura de fin de semana, mientras el sonido de la sirena se aleja y da paso a una calma mullida y blanda como el colchón de látex en el que yace, cuando, de pronto, el móvil empieza a vibrar como un poseso en la mesilla de noche. Enia alarga una mano torpe al tiempo que gruñe y abre ese ojo obediente y más espabilado que el resto del cuerpo.

—Hola, Enia. ¿Puedo ir a ver a Pino? ¿Ha salido ya a pasear? ¿Estabas durmiendo? ¿Quieres que lo saque yo? Mis madres están con Clarita en el mercado, si quieres voy.

La metralla de preguntas y propuestas le estalla en el tímpano y le resuena en la sien como un repique de timbales. Su primera intención es devolverle el saludo con un comentario irónico, algo así como: «Muy bien, gracias, ¿y tú?» o el clásico «Yo también te quiero», pero incluso medio despierta sabe que ciertas ironías pueden provocar en Lunila el efecto de una bomba de hidrógeno. Y, además, sospecha que su llamada no es casual ni gratuita, así que, aunque se teme lo peor, accede:

—Hola Lunila, pensaba salir en cuanto me haya tomado un café y pueda poner los pies en el mundo. Ven a casa y nos acompañas. ¿Te «apete» ir a la Mar Bella?

Lunila no tarda ni cinco minutos en presionar el timbre del interfono. Pilla a Enia en la taza del váter, lo cual la irrita muchísimo porque le gusta tomarse su tiempo para orinar, en especial, cuando se trata del primer pipí de la mañana.

Nada más entrar y tras la acción, imposible de eludir, de saludar a Pino, le suelta a bocajarro:

—Ya sé por qué contaste ese cuento. Tú tampoco quieres que me convierta en tecnochico.

Enia todavía no se ha refrescado la cara ni ha disuelto las legañas.

Vuelve al cuarto de baño seguida por la niña y por el perro, llena de agua las cuencas de las manos un par de veces y se frota con ellas el rostro como si eso la ayudara a despejarse mejor.

—Bueno, en parte sí —dice agarrando la toalla—. Lo que el cuento quiere transmitir es…

Lunila la corta:

—La moraleja. Me regalas un cuento con moraleja.

—Pues sí. Pensé que te vendría bien saber que todo es mucho más fácil cuando aceptamos lo que somos y tenemos.

—¡Ah! Entonces no se puede mejorar, ¿no? Tienes que conformarte con lo que te ha tocado. Y sin rechistar, como dicen mis madres.

Enia resopla.

—No sé, Lunila —deja de nuevo la toalla en su sitio—. Haz lo que quieras, pero a tus madres les darás un buen disgusto.

—Pues no entiendo por qué. Siempre me han obligado a elegir.

—Ya, pero entenderás que no es lo mismo elegir la ropa que elegir el género.

—Eso es lo que me fastidia —replica exaltada—, en el taller Queer nos han dicho que el género es una construcción social, ¿sabes lo que significa?

—Tengo una ligera idea —responde Enia pensando que, si sale con la niña, tal vez debería tomarse un Gelocatil (por pura precaución).

A pesar de la respuesta, Lunila le da la explicación pertinente:

—Significa que no existen solo dos géneros y que las formas de actuar de los hombres y de las mujeres son diferentes porque nos lo han impuesto. Tienes que ser femenina porque eres una chica —hace una parodia burlesca— y si eres un chico tienes que ser muy macho. Pero eso no es genético, ¿sabes? Y, además, mira qué casualidad que las mujeres, para ser femeninas, tenemos que ser tontas. No es justo. Si el género es una construcción social, cada cual debería poder construírselo como le de la gana. ¿O no?

—Visto así —se queda unos minutos en silencio pensando cómo enfocar la explicación—. La cuestión es que a tus madres… —se interrumpe y suspira—. Ya sabes que las dos querían tener una niña. Rosa pudo elegir a Clarita, pero a Lola que llegaras tú la volvió loca de alegría, lo vivió como un triunfo y si tú ahora cambias de bando… es lógico que les cueste aceptarlo.

—¿Lo ves? —toca escena dramática; Lunila junta las manos, baja la cabeza, arrastra los pies y los hombros—. No encajo en ningún sitio, ni siquiera en mi propia familia.

Enia le pone la correa a Pino.

—En tu familia todo lo que encaja es porque lo han hecho encajar —comenta—. Mira, Lunila, yo creo que todavía eres —está a punto de decir «pequeña», pero algún mecanismo de seguridad la hace cambiar

en el último instante— demasiado joven para tomar una decisión así. Te ha dado por ser un chico como te podría haber dado por ser una Barbie…

—¡Venga ya! —vuelve a exaltarse—. ¿Tú me ves a mí con pinta de Barbie?

Y Enia vuelve a resoplar:

—¡Buff! Lunila, eres imposible. Solo era un ejemplo.

La niña insiste en el dramatismo.

—Tú tampoco me entiendes.

Y, por fin, Enia la abraza:

—Claro que te entiendo, pero también entiendo a tus madres y me entiendo a mí misma y, la verdad, qué quieres que te diga, te prefiero chica.

Las madres de Lunila achacan los desajustes de su hija, su irritación frecuente y sus cambios de humor al momento vital por el que atraviesa.

—Lo que le pasa es que tiene la hormona descontrolada —afirma Rosa.

Hace ya un tiempo que la criatura ha visto aparecer unos pelillos rizados y tirando a ásperos en su hasta ahora lampiño pubis. También le salen pelos en el sobaco y nota que sus pezones han crecido, son más redonditos, más abultados y más duros. Los pantalones, que hasta hoy se le caían con facilidad, quedan sujetos por las caderas. Esto último hasta le gusta, la hace sentirse mayor, se ve más cercana a las niñas de cuarto de la ESO; por supuesto, a aquellas que llevan pantalones caídos y rastas, ya que el resto, que son mayoría, le parecen cada día más cursis y repelentes. Ya sabe qué le está pasando, sus madres le han comprado una colección de libros sobre, por y para la pubertad y han tenido, desde siempre, largas y aburridísimas conversaciones con ella que, últimamente, han derivado en feroces discusiones. Lunila ya no se traga «lo bonito que es tener pechos y la hermosa función que cumplirán cuando sea madre», y mucho menos le vale aquello de: «Tu cuerpo de mujer se está preparando para…»; se niega a tener un cuerpo de mujer y punto. Y como se pasa el día hurgando en Internet, conoce muy bien las estrategias para evitarlo. Lola y Rosa, muy atentas a las púberes evoluciones de su hija, ya le han insinuado que habrá que ir pensando en comprar sujetadores. Ella, por el contrario, ha pedido un top deportivo y vendas elásticas de algodón cien por cien; los imperdibles ya sabe cómo encontrarlos. Lola sigue con los ansiolíticos.

Justo antes de salir de casa de Enia, Lunila ha visto un libro en la mesita de centro que hay frente al sofá. La imagen de la portada le ha llamado la atención. Son cinco personajes de una ambigüedad intrigante bajo un título no menos curioso: *A Terra 2*. Es la última

novela de la escritora de moda, una auténtica *lesbostar* además de una pedante, pretenciosa, engreída y divina de la muerte. Pero casi nadie niega que escribe como los ángeles. Nuestra locutora tiene que entrevistarla la próxima semana, así que no le queda más remedio que leerse el libro aunque, de entrada, no le apetecían lo más mínimo ni la lectura ni la entrevista; son más de seiscientas páginas (no le ahorran a la lectora ni una perífrasis) y estas divas resultan siempre muy difíciles de tratar. Sin embargo, la historia la ha cautivado desde las primeras líneas, la ha enganchado; es más, la tiene fascinada.

—¿De qué va? —pregunta la niña.

—De un planeta diferente.

Enia no quiere explicarle el argumento para que no la machaque a preguntas. En realidad, tampoco puede contarle mucho. No ha pasado del segundo capítulo, pero ya se apuntan temas interesantes: dos astronautas abandonadas en una estación espacial que solo sirve para recoger basura galáctica. Así arranca. Una noche —puede que una mañana o una tarde de la eterna noche estelar— una de ellas empieza a sentir los primeros síntomas de una enfermedad sin retroceso y la agencia espacial envía a la doctora Barth. No queda más remedio que evacuar a la enferma, por lo que Barth tendrá que permanecer durante un tiempo indefinido en la estación espacial hasta que envíen una astronauta de sustitución. Siguen días de aburrimiento en la quietud sideral. Barth intenta ayudar, se adapta al ritmo disciplinado de la estación y hace balance de su vida; inevitable cuando la distancia, en todos los sentidos, es estratosférica. En un determinado momento, la comandante Esther G le propone hacer una excursión hacia Andrómeda. Pasarán a unos dos millones de años luz, algo así como estar en la segunda fila del IMAX. Preparan el pic-nic liofilizado, termoestabilizado y semihidratado y allá que se van en una pequeña sonda a la que llaman Calixta —las astronautas suelen poner nombres grotescos a sus vehículos—; es vieja y está un poco maltrecha, pero funciona. Las descripciones del universo astral y, en especial, del contorno de Andrómeda son intensas, muy conseguidas. La autora habla de magnificencia cromática, de espiral de espirales en tonos multicolor, de un auténtico baile de luciérnagas en celo. Y lo acompaña con una escogida banda sonora. Desde las primeras páginas Enia ha podido apreciar que la música va a tener un gran peso en la historia. La doctora Barth es hija de una violinista. Ha compartido biberón, papillas y deberes de la escuela con Mozart, Brahms, Beethoven o Vivaldi. «En la cocina de su casa —dice el texto—, el olor a estofado de carne y a *plum cake* iba acompañado de acordes, la lavadora giraba a ritmo de minueto y la ropa se tendía en *allegro vivace.*» La nave recorre también el espacio al compás de la música: suena el *Dúo de las Flores* de *Lakmé*, que invita a relajarse, a gozar del

viaje; a Enia le parece demasiado manido, pero reconoce que le pega a la escena. De repente, el ritmo narrativo cambia. Una sucesión de frases cortas, contundentes e incisivas anuncia que, sin previo aviso, la nave sufre un tirón, una sacudida larga y seca. La pequeña sonda es engullida por un agujero negro y las protagonistas aparecen en un planeta nuevo.

Ese es el planteamiento inicial de la novela. Y ahí la dejó Enia la noche anterior, cuando los párpados se negaron a seguir abiertos a pesar de lo sorprendente del tema, de una vertiginosa narrativa y de un tono distinto a todo lo escrito con anterioridad por la misma autora; esto es más emocional, más intenso. Está deseando que llegue la sobremesa para seguir leyendo. Seguro que, de no haber venido Lunila, Pino se habría quedado sin paseo porque, además —y al margen de su pasión por la lectura—, a Enia el ambiente navideño le produce alergia. Hace semanas ya que disfrazaron las calles de felicidad consumista y ella, como tanta gente, se queja de que cada año las adelanten más.

A Lunila también le afecta la peligrosa proximidad de un *jingle bells* que, en las últimas convocatorias, ha perdido el encanto que tenía. Cuando era pequeñita disfrutaba las navidades por la efusión de panderetas y regalos y por la emoción que representaba creer en seres fantásticos que se deslizan por una chimenea, camellos que consumen las galletas que se dejaron en el balcón la noche anterior y barbudos tricolores a quienes se puede pedir lo que se desee. Le encantaba escribir la carta a los Reyes. Ya en ellas se apuntaba su vena literaria además de reivindicativa y solidaria; Lola llegó a guardar fotocopia de las más representativas. Pero saber que no existían, que eran un invento de la sociedad capitalista y que sus progenitoras la habían engañado a ella y habían hecho el juego al sistema representó su primer trauma. Un día, escribió en su diario: «Desde que me enteré de que los Reyes son mis madres ya no me fío de nadie».

La Noe tampoco lo lleva bien. Hace semanas que está más histérica que de costumbre por causas varias, una de ellas, la cantidad de regalos que aún le quedan por comprar: el de su madre, el de su hermana, el de su sobrina de teta que no acudió a la fiesta de cumpleaños de Max por culpa de una gastroenteritis, el del propio Max y, para rematar, las innumerables amigas invisibles en las que tiene que participar tanto si le apetece como si no. Podría ir de tiendas esta misma tarde, pero, al ser sábado, se lo impiden dos circunstancias: la cantidad de gente que hay en las grandes superficies (y en las pequeñas y por todas partes) y la visita semanal a la Nona. Es sagrada.

Max y ella han tenido una pequeña trifulca porque el crío se ha empeñado en llevar el gato a la residencia para que la Nona lo

conozca.

—No está permitido —se ha cuadrado la madre.

—Lo esconderé —ha replicado el hijo.

Y no se ha discutido más porque la Noe, en ese momento, andaba de los nervios buscando las llaves del coche que no aparecían por ninguna parte. Así que Max ha refugiado al minino en la faltriquera interior de la parca y, como Quasigato es todavía un animal de bolsillo y donde se siente mejor es al calor de su amo, no ha dicho ni miau en todo el camino.

Cuando llegan, encuentran a la Nona sentada en una butaca con la mirada perdida hacia el exterior. No parece reaccionar al verlos; mejor dicho, deliberadamente, no reacciona, responde a sus besos con un saludo mecánico y vuelve la vista hacia la misma ventana.

—¿Qué le pasa? —pregunta Max en un susurro.

La Noe ni lo sabe ni lo entiende, pero le preocupa, y mucho. Deja a Max con ella y va a hablar con las cuidadoras. Al regresar, se encuentra con la sorpresa: la Nona tiene en el regazo a un Quasigato entre espantado y curioso que trata de zafarse de sus manos a base de zarpazos en el aire. Una escena turbadora porque la Nona parece contenta pero, al mismo tiempo, le resbalan las lágrimas y Max está orgulloso de su hazaña a la vez que temeroso de la posible reprimenda de su madre. No llega (la reprimenda) hasta que no salen de la residencia.

—Pues menos mal que lo he llevado porque si no, la Nona ni nos mira —se defiende el crío y tiene razón.

Por la noche, después de discutir otra vez con él porque quiere dormir con el gato y ella no le deja (imposible, son dos contra una), llama a Enia, que se ha quedado en casa leyendo: «¿Otro sábado sin salir?», le han dicho al teléfono hace apenas un rato sus amigas más fiesteras.

Siguiendo su costumbre, la Noe imprime a su versión una buena dosis de dramatismo.

—No es ella, Enia, no es ella. Se está marchitando —finaliza una retahíla de detalles, comentarios, sensaciones y temores que ponen la situación a punto de santos óleos.

—Bueno, es lógico que esté triste —Enia trata de quitarle hierro, pero la Noe no cede.

—Será lógico, pero no es normal que nosotras lo aceptemos sin oponer resistencia. He hablado con las cuidadoras y me han dicho que casi no come, que no se relaciona con nadie, que el otro día hizo la maleta para irse a su casa y suerte que la pillaron en la puerta porque, aunque está cerrada, tú imagínate que entra alguien en ese momento y ella se escapa. Podría haberle pasado de todo, que se perdiera, que se cayera por un barranco, que le robaran el bolso, que la encontraran

tirada en un descampado o que la atropellara un autobús, sin ir más lejos.

«Solo le ha faltado decir que la violaran.» A Enia le cruza la mente este pensamiento rápido y socarrón que no expresa porque nota a su amiga demasiado angustiada; la situación no está como para andarse con bromitas. De todos modos, en su visita del jueves, ella no notó nada alarmante y ahora se siente culpable por no haber apreciado una realidad tan cruda. También es verdad que la Noe es agorera por naturaleza, pero ¿y si tuviera razón?

—Además —sigue—, ahora viene la Navidad y ¿qué vamos a hacer con ella? Yo tengo que ir a casa de mi madre, Rosa y Lola ya sabes lo liadas que están con la familia, tú trabajas y las otras, no sé, porque no las conozco lo suficiente, pero seguro que tienen compromisos, como todo el mundo.

Malditas Navidades. ¿Por qué no las harán optativas? Sí, Enia esos días trabaja por voluntad propia, nadie quiere estar en la emisora y a ella le viene bien un dinerillo extra. ¿Ya lo hemos dicho? Odia estas fiestas.

—No te preocupes por eso, seguro que en la residencia organizan algo, al menos no estará sola.

—En cualquier caso, la reunión es urgente —insiste la Noe—, tenemos que vernos ya.

Como si fuera poca zozobra la de las santas pascuas, se dice Enia, añádele el drama de la Nona. Resopla para sus adentros. Mañana por la mañana hará las llamadas pertinentes. Tendrán la dichosa reunión antes de los preparativos para la misa del gallo.

Pero ahora no está para nada, lo único que le apetece es seguir leyendo y olvidarse del mundo. Se acomoda sobre una montaña de cojines, se pone el libro entre las manos y entra, de nuevo, en el mundo fantástico de *A Terra 2*. Pino está a los pies de la cama hecho una rosquilla.

Tras el tirón, la nave se posa en algún lugar del cosmos. Un planeta, de vete a saber qué galaxia, que tiene enormes similitudes con la Tierra, pero con un sol y dos lunas (cosas de la autora que es una romántica). Las particularidades y costumbres de sus habitantes, como es de imaginar, difieren de las nuestras. Las principales son tres:

1. Tienen una concepción completamente distinta del tiempo, de la vida y de la muerte.

2. Entre sus habitantes se distinguen tres sexos y cinco géneros.

Y 3. No conocen la música sinfónica.

Se refieren también otras características interesantes como son, por ejemplo, su organización en comunidades pequeñas o que hablan un idioma sin marcas de género y similar al latín (un recurso de la autora para evitar problemas de comprensión) o cómo cuidan y fomentan las

relaciones sociales hasta el punto de que una de las tres comidas diarias es comunitaria. Y, en fin, toda una serie de peculiaridades por el estilo que presentan una sociedad del todo idílica.

Pero el peso de la historia recae en las tres diferencias principales ya expuestas. A través de esa concepción diferente de la vida y de la muerte, la autora da rienda suelta a una de sus obsesiones: el mantenimiento de la vida humana a cualquier precio. Ni que decir tiene que sus disertaciones no dejan indiferente a nadie. Con ellas reaviva el obsceno debate sobre lo que en nuestro planeta se entiende como el derecho a vivir y a morir dignamente (como si ese derecho hubiera que darlo o crearlo). La población terrana es dueña, por supuesto, de su propia vida y de las condiciones en que quiere ejercerla. Las reflexiones sobre el tema que se hacen en la novela resultan de lo más controvertidas y sugerentes, pero Enia no querrá ahondar en ellos durante la entrevista, solo los mencionará, de pasada, por la polémica que han desencadenado. Y no lo hará porque, siendo como es la susodicha autora una hipocondríaca obsesiva y recalcitrante, teme que se explaye y no le deje tiempo para otros asuntos más en consonancia con su programa. Le interesa que hable, sobre todo, de la multiplicidad de sexos y géneros que presenta su historia. En el planeta Terra 2 existen tres sexos base: *homus*, *femus* y *femhomus* y cinco géneros tipo con sus correspondientes variables. El tema no podía estar de más rabiosa actualidad. Como es de imaginar, sus relaciones afectivo-sexuales muestran todas las intersecciones posibles incluida la variante *celibus,* tan desprestigiada en nuestra sociedad, y que la autora incluye por… (en fin, no vamos a desvelar intimidades de la autora y menos cuando pueden deducirse con tanta facilidad). Para acabar de adornarlo, en un arrebato de delirio utópico, la autora hace también una comparativa con la organización social de los bonobos, una especie de primates que resuelve sus conflictos amándose a lo loco y sin preocuparse por el sexo de su *partenaire*.

Por último, la tercera particularidad de estos seres llamados *terranus* parece una excusa, algo delirante, para introducir escenas eróticas en *andante con moto*; otra de las características de la autora es su melomanía y se ha filtrado, por alguna de sus ex amantes, que le encanta hacer el amor a golpe de orquesta sinfónica. Ni que decir tiene que esta parte de la novela es la que más éxito le está reportando.

Aunque pretende ser serio, todo el libro tiene un tono de astracanada que lo pone en los límites del surrealismo y es, precisamente, en las escenas musicales donde más se detecta. Presenta una sociedad muy avanzada en cuestiones tecnológicas que, sin embargo, solo disfruta de una música primitiva y arcaica. La escritora

se explaya a placer dando rienda suelta a sus instintos diletantes; tanto que la crítica lo ha interpretado como «una forma de compensar su frustración por no haber podido ser violonchelista». La cuestión es que a Enia —melómana también ella— le encanta esa parte del libro que es la que, justo ahora, está devorando.

La situación es la siguiente: en Terra 2 han acogido a las tripulantes de la nave, a Barth y a Esther G., las han alojado en una especie de aparthotel, las introducen en sus costumbres, les enseñan su sistema de vida…, en fin, todas esas cosas que tienen lugar cuando una llega por casualidad a un planeta ajeno. La habitación de Barth da a la plaza central. Una mañana, abre las ventanas, selecciona la séptima sinfonía de Beethoven en su reproductor de música, la pone a todo trapo y entra en la ducha. Abajo, en la plaza, la gente se arremolina hechizada por unos sonidos que nunca antes había escuchado. A partir de ahí, le solicitan que haga audiciones para la ciudadanía. Así, empieza a organizar conciertos populares a los que acuden terranos, terranas y terranes de todas las edades (perdón por la rima). En el escenario del gran teatro público, Barth sitúa su pequeño reproductor, lo conecta a la extraordinaria megafonía del local y suelta a los grandes maestros del clasicismo. Y ocurre algo insólito: al contrario de lo que es habitual en nuestro planeta en el encorsetado mundo de la música culta —como si todas las demás fueran incultas—, la audiencia aplaude cuando no toca, corea los compases, jalea y sigue el ritmo con palmas, se levanta y baila. En un estado de total embriaguez, se buscan, se abrazan y se besan entre ellas, ellos y elles presas de la euforia filarmónica y acaban —con perdón— follando en el patio de butacas sin el menor recato.

Dan las dos y Enia sigue con el libro entre las manos. Pino suspira. En algún momento, ha soltado un pedito y ha impregnado el aire cerrado de la habitación de un olor nauseabundo. Enia ha aprovechado para ir al baño y aliviar una vejiga que resistía alentada por tan apasionante narración. Van pasando las horas y no puede dejar de leer. Las tres, las cuatro de la mañana. Pero en algún momento, el sueño la vence, el libro cae desparramado en su pecho, la luz de la mesilla queda encendida, Pino roncando y ella dormida como un ángel sueña imágenes siderales, arrullada por ese dúo que se le quedó en la cabeza y le vuelve cada vez que abre el libro.

Más o menos a esa misma hora, Lunila se despierta con una sensación extraña. Le duele el vientre, siente las bragas mojadas y, cuando se levanta y mira, descubre una mancha oscura, el inicio de la sumisión reproductiva, el encadenamiento a la feminidad, la constatación del sadismo en la naturaleza. A Lunila le ha venido la regla. ¡Temblemos!

Capítulo 9
La llave del armario

—¡Lunila, ya eres mujer! —exclaman ambas madres al unísono, arrobadas de emoción y con los párpados (en especial los de Lola) irritados por la presión lacrimógena.

—¡¡Y una mierda!! —responde la niña que, según sus madres, ha dejado de ser niña, y rompe con su alarido el arrebato materno.

Lola se toma un Lexatín.

Lunila escribe en su diario.

> ¿Por qué me está pasando esto a mí? Yo no quiero tener hijos. Ni hijos ni hijas, nunca en mi vida. ¿Por qué tengo que funcionar como una máquina de fabricar bebés? Como si fuera una vulgar mamífera. ¿Por qué? ¿Por qué tengo que pasar por esto? No es justo. Y además todos los meses hasta que sea una anciana. ¿No podían haberlo hecho en un solo pago en vez de a plazos? Es como la hipoteca que pagan mis madres. Pero mis madres querían tener un piso y además ser madres. Y yo no. ¿Por qué ha tenido que tocarme a mí esto si yo no quiero tener hijos ni hijas ni nada que se le parezca? Ni adoptar ni inseminarme ni con semilla. Nada. Nada de nada. Por eso es una injusticia. Y tampoco quiero tener tetas. Quiero ser un chico. Soy un chico y punto. Me haré trans, me operaré y se acabó. Se pongan como se pongan. Porque no hay derecho. Yo no soy una mamífera…

Y así sigue durante varias páginas. Lola, que de vez en cuando y con extrema prudencia le echa un ojo a los diarios de Lunila, está pensando en llevarla a una psicóloga. Rosa trata de disuadirla con el clásico: «Piensa que es normal, es una edad muy mala, ya se le pasará». Enia le dice que ni se le ocurra: pobre psicóloga.

La escena tiene lugar en casa de Lola y Rosa una tarde a la hora del café. Las niñas están en el colegio y Enia ha pasado un momento a entregar el *tupperware* que se llevó el día de la fiesta de Max y que resulta que era de ellas y no de la Noe. Los «tupervares», o «tapers» para las amigas, son algo muy personal, opina Enia, por eso los devuelve siempre, como los libros. Tras la discusión sobre si Lunila tendría que ir a la psicóloga o no, le han preguntado por su estado anímico. No se lo han dicho, claro, pero han decidido buscarle novia a ella también y ni siquiera «el problema» de la niña logra disuadirlas:

—¿Y tú, qué? ¿Cómo estás? —ataca Lola.

Ella responde que un poco asqueada de todo: problemas en la emisora, lo poco que le apetece salir por culpa del frío y las ganas que tiene de que pasen de una vez estas jodidas fiestas.

—Es que estás muy sola, tendrías que encontrar una pareja.

Enia se pone sarcástica:

—Es verdad, no me acordaba de que tener novia te alivia de todos los males del mundo.

—Cómo eres —sonríe Rosa compasiva.

—Yo lo que necesito es compañía… —sigue Enia como si no hubiera oído nada.

Lola la corta:

—Pues a eso vamos.

—No, Lola, no me refiero a ese tipo de compañía. A mí este montaje no me va.

—¿Qué montaje? —se extrañan a coro.

—El de tener una pava que me pertenezca, me ayude a clavar un clavo, decida conmigo lo que vamos a comer, qué película queremos ver o dónde iremos de vacaciones. ¡Ah!, y sobre todo, saber con quién follaré durante una temporada hasta que la llama se acabe, pero se presuponga que seguimos haciéndolo de vez en cuando o, al menos, tenemos la posibilidad de hacerlo. En paralelo, poder echar unas canitas al aire sin que ella se entere. Algo que ella, con toda probabilidad, hará también sin que yo me entere. Y así estar bien servidas en todos los terrenos, el sexual, el familiar, el social, el hipócrita, en fin, todos. Lo siento, no me va ese montaje, insisto. Creo que deberíamos buscar otras fórmulas, además de la pareja, no sé, algo más tribal, formas de vida alternativas… —piensa un instante—, como lo que se plantea en *A Terra 2*, por ejemplo. ¿Lo habéis leído?

—¡Uy! Pero eso es ciencia ficción, ¿no?

—También lo es *2001* y todo el mundo le vio la metáfora. Lo que quiero decir es que la pareja no es la única forma de relación o, por lo menos, no debería serlo. Estamos reproduciendo los mismos modelos de los que renegamos en su día, y desde la ley de matrimonio, más todavía. Familias unidas que esconden silencios, secretos y mentiras, ya lo decía Adrianne Rich.

—¡Va, va! —exclama Rosa—. No nos vengas con citas intelectuales. Nosotras estamos casadas, tenemos una familia y somos muy felices.

—Y yo que me alegro, de verdad, pero no es mi opción. A mí no me apetece aguantarle los pedos a nadie aparte de a Pino, y no estoy dispuesta a conseguir compañía a cualquier precio. La gente se ha vuelto loca, compra parejas por Internet.

—Oye —interviene Lola—, que nosotras conocemos a muchas parejas que se han formado por Internet y les va la mar de bien. Mira Adela.

—No me la nombres, por favor, no me la nombres que, desde que tiene nueva novia, está desaparecida. ¿Qué te juegas a que no viene a la reunión de la Nona? Pero si se quedara sola, otro gallo cantaría, volvería a aparecer, fijo. Entonces sí, volveríais a ser sus amigas, su gente, su tribu…

—Bueno, es normal que al principio quiera estar más con ella.

—Pues a mí me parece una falta de respeto, ¿qué quieres que te diga? —sentencia con rabia.

Lola y Rosa se miran sin que Enia se percate y levantan las cejas en un gesto de conmiseración. Hay un corto silencio que rompe Rosa.

—Enia, querida, ante la prioridad de gozar de una buena pareja fiel, solidaria, con quien compartir el compromiso, ¿quién se va a meter en berenjenales comunitarios? No seas ingenua.

Lola redondea:

—A todas nos gusta estar enamoradas y querer a alguien.

—Añade a las cualidades de la pareja el ser atenta y sumisa —contraataca Enia—. Es que estar enamorada no tiene nada que ver con querer a alguien, son cosas diferentes. Yo quiero a mucha gente y me siento muy querida sin necesidad de un certificado de lazos parentales. Me gustaría formar una pequeña comunidad y montármelo con ellas. A veces, tengo la sensación de que, de algún modo, ya lo estamos haciendo entre las amigas, pero la diferencia es que cuando a esa unión se la llama «familia» es sagrada y está por encima de todo. Mira, no me convence ese modelo de posesión absoluta que es la pareja. Y punto. Además —añade sin pensar—, ¿cómo queréis que ligue si no tengo puñeteras ganas de follar?

La réplica de Lola habría aludido a lo desastrosas que resultaron las comunas en su momento, pero esta última confesión de Enia le ha parecido muy alarmante.

—¡Uy! —exclama—. Pues eso no es normal.

Enia, no hay que dudarlo, encontraría argumentos suficientes para replicar, pero no va a hacerlo. Como quien dice, desiste. Esta discusión la está llevando al desánimo.

Al tiempo, Rosa se rasca la cabeza en un espontáneo, irreprimible gesto de disimulo y hace una aclaración sospechosa:

—Bueno, la premenopausia ya lo tiene eso. Te baja mucho la libido.

Lola, mirando a su comadre por el rabillo del ojo, piensa: «¡Ah! Entonces ¿es por eso que tú y yo no…?». La afirmación siguiente por parte de Enia le cae como una maza.

—La rutina también.

Por unos días todo se detiene. Solo existen villancicos, campanillas y comidas pantagruélicas. La autora de *A terra 2* se ha ido al Caribe, ella tampoco soporta el ambiente navideño, dice que le provoca una reacción alérgica, que todo su cuerpo entra en erupción y que, con la edad que tiene, ha de cuidarse. Así que la entrevista se aplaza hasta después de las fiestas creando un serio problema a la locutora que no sabe cómo llenar el programa de esa noche; la diva, como es habitual en ella, ha avisado en el último momento. «No hay mal que por bien no venga», se dice Enia y respira hondo; tendrá más tiempo para releer la novela y preparar mejor las preguntas. Con seiscientas páginas por delante y tanta acción, le apetecía más descubrir cómo avanzaba la historia que entretenerse en el trasfondo reflexivo del texto. Es lo que sucede con los libros de aventuras, vas pasando páginas con esa ansiedad de saber qué ocurrirá y luego tienes que

releerlos porque se te escaparon demasiados detalles. A la escritora le sucede a menudo: sus fans le dicen que han devorado sus libros y a ella, que es de naturaleza irritable, no le hace ni pizca de gracia. Se cuenta que, en cierta ocasión, una admiradora, después de su buena media hora de cola para conseguir una dedicatoria, cuando estuvo frente a ella le dijo con gran emoción:

—Me ha encantado tu libro, me lo leí en una sola noche.

El piropo, en lugar de agradar a la diva y agradecerlo, la enfureció.

—Pues yo dediqué dos años a escribirlo, así que te lo vuelves a leer y luego vienes a que te lo firme.

Cerró el ejemplar y se lo entregó virgen de autógrafo. La fan primero se quedó boquiabierta, luego se retiró confundida y horas después reaccionó y armó un pitote en Internet que duró semanas. Como la polémica vende, la escritora sacó grandes beneficios de aquella pelotera. En las redes sociales, pocas eran las que no opinaban sobre el asunto. Una parte del colectivo estaba con la, ahora ya, ex fan de la escritora y decía pestes de ella y de su divismo. La parte restante se montó una chirigota de lo más ingeniosa en torno a la pobre fan desairada. ¡A quién se le ocurre decirle una cosa así a la divina!

Tiempo más tarde, en un Sant Jordi antológico en el que la *lesbostar* firmaba a las puertas de la FNAC de Plaça Catalunya, se le acercó otra admiradora con uno de sus libros, a la caza de una firma. Cuando por fin le tocó el turno, se lo entregó diciéndole:

—Me lo regalaron ayer y ya lo he terminado, pero le aseguro que he tardado dos años en leerlo.

A la literata le cayó en gracia el chiste y acabaron siendo amantes.

Ahora está desaparecida por los mares del sur y en la ciudad manda el catolicismo más festivo (hipocresías aparte).

Amanda se ha ido a su pueblo, a pasar con la familia estas primeras fiestas sin compañía desde hace siete años. Adela ha aprovechado para presentar a su nueva novia en rigurosa comunión familiar. Lola y Rosa se dividen entre suegras de una y de la otra la totalidad de los festejos, de forma que, durante tres jornadas seguidas, Nochebuena, Navidad y San Esteban, no paran de comer «porquerías» como dicen ellas; es decir: pavo, langostinos, escudella, canalones, embutidos, aperitivos y turrones no biológicos. En enero, como es su costumbre, iniciarán una dieta depurativa que durará hasta carnaval. La Noe solo invierte en el compromiso familiar la cena de Nochebuena en casa de su hermana y la comida navideña en la de su madre. Para San Esteban, desde hace unos años, se reúne con Enia y con las amigas que quieran y puedan desintoxicarse de tanta exigencia consanguínea. Este año, han sacado a la Nona de la residencia y lo han montado con ella.

En algún momento de todo el estrés festivo, aunque antes de la misa del gallo ha sido imposible, encuentran un hueco para reunirse. La

cita es en casa de Lola y Rosa, así pueden controlar a las niñas y a Max. Pino siempre se ha apuntado a estos festines y ahora Quasigato no va a ser menos. Llega en una cestita trasportín de tela acolchada en color azul y grana con dibujos de futbolistas.

—No hubo manera de hacerle elegir otro estampado —se lamenta la Noe— y como era su regalo de cumpleaños no pude imponerme.

Puesto que el recipiente es amplio y el gato estrecho, cabe dentro un balón del Barça.

—¡Pan y circo! —clama la Noe—. ¡El enemigo en casa!

La primera trifulca de la tarde entre las criaturas viene porque Max ha propuesto jugar un partido de fútbol en el pasillo. Lunila acepta. Pino hará de portero y el otro equipo lo formarán Clarita y Quasigato. No hay que tener poderes para intuir que, en cuanto lo oye, Clarita berrea (sin una lágrima, por cierto) porque no quiere hacer pareja con el gato.

—¡Buaaaaaaaaa! É pequeño ¡Buaaaaaaaaaa!

Max se cabrea:

—Pues hará equipo conmigo. Es demasiado bueno para ti, mocosa de mierda, que no te lo mereces.

Clarita le saca la lengua y se va junto a su hermana para formar el equipo contrario. A Lunila le sube un efluvio desde sus activos ovarios hasta el monte de los pómulos. Ni encadenada a ella formaría equipo con su hermana bielorrusa. Para salir de la situación, esgrime un argumento contundente: el fútbol es un deporte humano, las mascotas no juegan.

—Max contra mí y tú de portera —le dice a la pequeña.

—¡Tú de qué vas! —protesta Max—. Pino siempre ha hecho de portero, no lo podemos echar así por el morro.

Pino lo secunda con ladridos. Clarita vuelve a berrear porque nadie cuenta con ella, Max y Lunila se gritan y aparecen las tres madres:

Lola: —¿Qué está pasando aquí?

La Noe: —¿Pero qué es este escándalo?

Rosa: —¿Qué tienes, Clarita?

Max, Lunila y Clarita, al mismo tiempo: —Que Lunila, que Max, que Clarita, que Pino, que quiere, que no quiere, que Buaaaaaaaaaaa ta no tere to mi buaaaaaaa (en fin, que no se la entiende).

El conflicto se resuelve requisando la pelota, enchufando a Max y a Lunila frente al ordenador y colocando a Clarita en las faldas de Rosa con una galleta integral en la boca. Así que la pequeña, que tiene la antena siempre a punto y ni un pelo de tonta, se entera de toda la conversación.

Amanda ha bajado del pueblo y se ha unido a la reunión. No le apetece quedarse sola en la ciudad durante estos días, pero lo prefiere a tener que aguantar las chocheces de su madre, de su padre y de una

tía soltera que vive con el matrimonio. La casa familiar está en Canovelles. Amanda pasó allí parte de su infancia y ahora, cuando va, siempre «se le remueven historias», como dice ella. Con la que mejor se lo pasa es con la *tieta* Pili; todo un personaje. Octogenaria, con una energía y una pluma que no le caben en un cuerpo menudo y fibroso; virgen, que se sepa, con fama de recatada y casta (en realidad, solo es virgen de hombres), y cargada de ironía y mala leche a partes iguales. Ahora que la memoria inmediata empieza a fallarle, la *tieta* Pili le ha hecho interesantes confesiones a Amanda; con mucho requiebro narrativo, hay que admitirlo, pero fácilmente deducibles. Durante estos días, le confesó que tuvo relación con una camarada, que las dos eran republicanas y que se encontraban con otras como ellas en Los Baños Orientales.

—Yo tengo una amiga que también iba a Los Baños Orientales —le dijo Amanda.

La anciana se agarró a la complicidad de su sobrina-nieta y le soltó en voz muy baja:

—Sí, ya he notado que tú también eres del asunto —y miró hacia los lados como controlando un posible acecho. Amanda recordó que había estado siete años seguidos visitándola con su pareja oficial, pero pasó de comentárselo; en lugar de eso, la tranquilizó—. No te preocupes que, por mí, no lo sabrá nadie.

A Amanda, la escena le resultó entrañable. Tomó de las manos a la anciana y siguió serenándola.

—No pasa nada, *tieta* Pili, ahora ya no es clandestino, si hasta podemos casarnos con otra mujer.

—¡A mi edad…! —exclamó la *tieta*.

Adela, como predijo Enia, no ha podido unirse al grupo. En estas fechas tiene demasiada actividad y un sinfín de compromisos con su nueva novia. Nadie lo ha expresado pero todas, en el fondo, han celebrado que Adela y Amanda no se encontraran cara a cara. Así que hoy en la reunión están las tres madres más Enia y Amanda; Clarita en las faldas de Rosa con sus galletas integrales a tiro de boca. Max, Pino, Lunila y Quasigato se han quedado en la habitación con los ojos enchufados a una pantalla.

Y se ponen a hablar de la Nona sin encontrar una solución porque no la hay y la ingenua iniciativa de Lunila de que alguien la adopte ni se les pasa por la cabeza. Y eso de volver al armario a esas edades ya tiene narices, comentan, pero qué se puede hacer aparte de darle vueltas al asunto creando un círculo que parece la rueda de un hámster. En ese momento, tal vez para quitar hierro o solo porque le ha venido a la cabeza, Amanda relata la historia de la *tieta* Pili, que, fíjate, resulta que no era la solterona, pobrecilla, que no encontró hombre, sino una bollera consumada.

—Por lo visto, tuvo un montón de amantes —cuenta Amanda—. Ahora está un poco gagá, la pobre, pero se acuerda de todas. Hace unos años le dio un arrechucho y mi madre se la llevó a casa; todo un gesto por parte de la única hermana que le queda, pero también ella ha tenido que volver al armario o, mejor dicho, no ha podido salir de él, porque en casa no lo sabe nadie, claro.

Enia se inclina para coger una galleta y, como quien no quiere la cosa, suelta.

—Seguro que lo han sabido siempre, pero mientras nadie diga nada, todo va bien. El caso es no verbalizarlo, que no se sepa. Ya sabéis: lo que no se nombra no existe.

El pensamiento se le ha escapado de la boca como quien escupe pepitas de sandía. No ha calibrado si era procedente o no y, al percatarse del silencio que ha provocado su comentario, interrumpe la deglución de la galleta y hay un cruce de miradas generalizado. Acaban de darse cuenta de que están frente a un secreto de familia, uno de esos mantos de silencio en torno a una situación tan inconfesable como conocida que, pese a los esfuerzos, queda siempre en el aire y se transmite o se destapa, sin remedio, en algún momento.

—Pues, tienes razón —confiesa Amanda—, ahora que lo pienso… — no sigue porque se le escapa una risa nerviosa y acaba exclamando: —¡Qué fuerte!

—¡Qué *fuete*! —repite Clarita con la panza llena de galletas y la antena ahí, bien dirigida.

Eso las hace estallar en una carcajada general, como de liberación. Porque la impotencia les puede, porque con la Nona no saben qué hacer, porque son muchos años de silencio amoroso para que ahora no puedan vivirlo con un mínimo de dignidad.

—¡Qué triste es la vejez! —gime la Noe.

—Y en estas circunstancias más —ratifica Rosa acariciando a su niña después de haberle reído la gracia, como ninguna.

—¿Entonces qué? —se angustia Lola—. ¿La sacamos más a menudo?

—Al menos eso la distraerá —accede Enia, pero sabe, igual que todas, que no deja de ser un apaño, un pobre sucedáneo que no le va a evitar la desazón de sentirse encerrada y sola, durmiendo en una cama que no es la suya, compartiendo habitación con ronquidos ajenos y el espacio vital con el ancestral silencio de una vergüenza inicua. —Hay que joderse —rubrica.

Por la noche, se entrega de nuevo a la lectura o, mejor dicho, a la relectura de *A Terra 2*. Revisa primero el tema de los cinco géneros y luego —por puro morbo—, las escenas eróticas, muy subiditas de tono, en las que se describen unos polvos galácticos (con perdón), en un mejunje LGBTIQetc., que hacen las delicias de cualquier tendencia.

Repite también (esta vez por curiosidad) el encuentro de las protagonistas con una tigresa dientes de sable, una especie de enormes colmillos, extinguida en nuestro planeta, que allí convive con la población y se deja acariciar; «Solo cuando le apetece», aclara una *femus* terrana. Luego se detiene en las peripecias amorosas de Barth y de Esther G. con personajes de género difuso y más escenas de sexo; la editorial siempre le ha recomendado a la autora que se explaye en ese aspecto y ella, quejándose (como es su costumbre), les ha hecho caso. Por último, revisa el desenlace. Tras meses de convivencia en el mundo paradisíaco y poco creíble que muestra la novela, se les presenta la posibilidad de volver a la Tierra. Barth opina que tienen que hacerlo, explicar al mundo que existe vida humana en otro planeta, con una organización social más armónica, y enseñar a la humanidad cómo desarrollarla. Esther G., en cambio, piensa que no las creerán, que convertirán su regreso en un circo mediático y que correrán el riesgo de que las grandes potencias se peleen por la conquista de Terra 2. Y lo que sería aún peor, aunque muy factible, que se hagan con el nuevo planeta imponiendo las nefastas costumbres terrícolas en lugar de aprender de tan idílica sociedad. Con esta discusión se tira la autora decenas de páginas —y aun así resulta amena—, para concluir en un final abierto que deja la incógnita de si Barth regresará o no. Tiene toda la pinta de dar paso a una segunda parte, o incluso a una segunda entrega de una larga saga.

Más o menos a la misma hora, a unas cuantas manzanas de allí —porque todas viven en el mismo barrio—, Amanda está en la cama fumando un cigarrillo; nefasta costumbre que abandonó durante sus siete años de matrimonio y que ahora ha retomado por pura rebeldía. Le ha hecho gracia conocer a Enia Grimau. Ha escuchado tantas veces su radiofónica voz de oboe. La acompaña casi todas las noches y, hasta hoy, era algo así como la amiga desconocida. Alguna vez ha estado tentada de llamar al programa, pero le da apuro. Y esta tarde, mira tú por dónde, la ha tenido frente a frente y ha compartido con ella conversación, bebida y amigas. ¡Qué gracia!, piensa.

No es como la imaginaba. La ha visto más canija y menos *femme* de lo que su voz hacía presagiar. Pero tiene un estilo propio y eso le gusta, aunque el estilo en sí no esté entre sus favoritos. Melenita corta y alocada. Manos huesudas sin anillos y gestos ágiles. Lleva ropa informal, de esa que parece haber sido escogida de forma inopinada, pero que demuestra tener un armario ordenado y muy selecto. Todo muy bien conjuntado. Una vestimenta sobria a la vez que desenfadada y moderna. Tejanos de marca y chaquetitas compradas en tiendas de ropa de segunda mano con mucho acierto. Amanda no sabe que Rosa la llama «Mary chaquetitas». Nunca lleva jerséis sin cremalleras o botones, dice que así se los puede abrir y airearse el pectoral. Amanda

se ha llevado una sorpresa. ¿Cómo no se le ocurrió buscar su imagen por Internet?, se recrimina. «Estoy demasiado encerrada en mí misma.» En algún momento de la velada, ha pensado dirigirse a ella para decirle que le gusta mucho su programa, que lo escucha todas las noches; pedirle su contacto, manifestarle que el comentario sobre la *tieta* Pili ha sido muy agudo… pero no lo ha hecho. No está por la labor: se interpretaría como que está tirándole los tejos y no le apetece tener que deshacer el entuerto. A ella lo que le gustaría es tenerla como amiga: una persona interesante, con la que se puede conversar, ir al cine, saborear una cena o compartir risas y miserias varias, sin necesidad de que el encuentro acabe en el lecho. Por eso, acabada la reunión, se despedirá de Enia con un par de besos en la mejilla y un «encantada», «ha sido un placer», «ya nos veremos», «hala, pues, adiós muy buenas» (esto último no tan literal). Pero resulta que Enia también se ha fijado en Amanda. Le han llamado la atención los comentarios que han hecho todas al verla.

Lola ha dicho:

—Hoy tienes el guapo subido.

Rosa ha reafirmado:

—Bueno, se nota que, por fin, empiezas a cuidarte un poco, aunque esas ojeras… —y ha lanzado una pequeña metralla de chasquidos con la lengua.

La Noe, que de resolución de conflictos sabe un rato, ha conciliado:

—No le hagas ni caso, que se te ve muy bien, tienes una luminosidad en la cara y un buen color… envidiables.

La respuesta que ha dado Amanda ha hecho sonreír a la locutora.

—Es que me estoy encontrando a mí misma, pero he tenido que contratar a una detective privada para que me ayude; no sabía dónde buscar.

En muchos momentos, Enia y Amanda han coincidido en opiniones. Tienen puntos de vista muy similares. Ambas se aferran a la utopía de sacar a la Nona de la residencia.

—Habría que intentarlo, por lo menos —ha manifestado Amanda.

Y todas, menos Enia, se le han echado encima. Sí. No es justo que gente como ella tenga ese final, han dicho, pero qué se puede hacer aparte de airearla de vez en cuando, ir a visitarla y distraerla un rato.

—¿Alguna de nosotras puede hacerse cargo? ¿Alguna puede llevársela a su casa? ¿Adoptarla, como dice Lunila? —ha preguntado la Noe y, sin esperar respuesta, ha confirmado que no, que la una por el trabajo, la otra por las medidas del piso, las otras por el lío familiar que tienen armado o por el tipo de vida que llevan o por lo que sea, la respuesta es no, ninguna se hará cargo de ella, seguirá aparcada en ese almacén de senectud hasta que se apague, y sin que nadie se entere de lo bollera y activista que ha sido toda su vida.

«Qué mierda de mundo hemos hecho», piensa la locutora emulando el pesimismo adolescente de su querida Lunila. Un conato de nostalgia le ha atravesado las meninges acordándose de sus filantrópicos objetivos cuando estudiaba la carrera de periodismo. «Y mira en lo que se ha quedado: un programa marginal y minoritario en una hora y una emisora que solo escuchan cuatro gatas…» Cuando Enia se pone negativa puede ver un eclipse en un grácil cirro que atraviese un sol radiante, pero, por fortuna, sabe frenarse a tiempo. En algún momento, se le ha disparado el espíritu reivindicativo de sus mejores años y se le ha ocurrido que por muy minoritario y marginal que sea su programa no deja de ser una vía de denuncia. «Sí señora», se ha animado ella solita. Podría hacerlo público, podría dedicar una emisión de *Voces en la noche* a las mujeres mayores, las que vivieron la clandestinidad, las que, ahora, han tenido que volver al silencio, las olvidadas.

Al despedirse de Amanda, le ha pedido su mail y un número de contacto.

—¿Podría conocer a la *tieta* Pili? —le ha dicho—. Me gustaría entrevistarla.

Capítulo 10
Resistiendo a Murphy

La Nona mira por la ventana. Se ven edificios grises con cristaleras adornadas por visillos de corte clásico, estores de diseño, persianas a medio abrir (o a medio cerrar), geranios en los balcones y alguna planta verde. No hay ropa tendida, piensa la anciana recordando las balaustradas del Poblenou llenas de camisas blancas, camisetas Imperio, calcetines Ejecutivo, bragas de blonda y medias panty, todo de un limpio reluciente expuesto a sol y serena. Ve a la gente ir de un lado a otro con cierta prisa. Una madre con un bebé en el cochecito y, de la mano, una niña histérica, hace malabarismos para cruzar por un paso de cebra. Las bicicletas recorren el circuito marcado por la progresista gestión municipal. Y en paralelo, por el carril de al lado, circulan autobuses articulados llenos de gente, taxis, el Bus turístico y algún que otro autocar. La Nona piensa que lo que arrojan sus tubos de escape no debe de ser muy sano para el flujo de ciclistas. Piensa también que aquella flota de piernas pedaleantes puede que contamine, a su vez y a su manera, a la jauría de motores rodantes y alguna automovilista se decida, incluso, a probar el bicing. ¡Cómo han cambiado los tiempos!, se dice evocando los cascos de los caballos que pasaban delante de su casa cuando había adoquines en la calzada y por la calle Taulat circulaba el tranvía número 36. La chiquillería jugaba en un descampado, en las esquinas se acumulaban cubos llenos de basura —no se habían inventado los contenedores ni las bolsas con cierre fácil— y las porteras limpiaban con ahínco el trozo de acera que les correspondía. Ya en aquel entonces, se quedaba extasiada mirando a la hija de la portera de su finca echando baldes de agua que la madre, a refregones de escoba, enviaba hasta la calzada arrastrando la porquería. Vivían en una casa sin mucha luz y bastante fría en invierno. En el comedor, bajo las faldas de la mesa camilla había un brasero y a su alrededor se concentraban las mujeres para limpiar judías verdes, pelar patatas o coser. Los domingos jugaban a las cartas. Era agradable sentir el calor bajo los faldones, pero tenía la pega de estar mal repartido, al tiempo que se asaban las espinillas, se les helaban la espalda y las lumbares. Su madre las cubría a ella y a su hermana con una mañanita de ganchillo que había confeccionado con sus propias manos. Cada tarde, después de dejar la cocina arreglada y antes de volver a ella para preparar la cena, se sentaba en la mecedora frente a la mesa camilla y tejía y tejía piezas de ganchillo que luego regalaba o, en el mejor de los casos, vendía.

En ese momento, llega la cuidadora y le dice:

—Va, Encarna, que vamos a cenar.

—Tú no vas a cenar —remuga la Nona—, no te incluyas.

Muy paciente, la cuidadora le murmura al oído que era una forma de hablar, que así se solidariza con ella.

Tiene acento sudamericano, pero la Nona no acierta de dónde. Descarta que sea mexicana, cubana o argentina porque son dejes que más o menos reconoce. Pero es incapaz de distinguir la diferencia entre el de Bolivia, Perú, Venezuela o Colombia (por poner ejemplos). La joven, de piel bruna, rasgos indios y una melena larga y lacia de un negro intenso recogida en una cola, la acompaña hasta la mesa y le sirve una sopa de fideos, poco espesa, que apenas humea y que, al probarla, la Nona comprueba que tiene el mismo sabor que las croquetas de la noche anterior y el puré del mediodía. Con lo fácil que es apañarla: una pizca de comino, unas hierbitas, unos picatostes o un buen chorro de aceite de oliva y es otra cosa, piensa mientras traga cucharada a cucharada aquel caldo insípido en el que nada una pasta pasada de cocción. Después de cenar, mira la tele, pero no la ve, prefiere pasarse mentalmente la película que ella imagina; bien porque recuerda momentos memorables, bien porque inventa realidades diferentes. Y así resiste las horas. Se ha acostumbrado tanto que, cuando vienen las visitas, no deja de hacerlo.

La cuidadora se llama Gabriela y le ha tomado cariño a la Nona. Se ha fijado que solo la visitan mujeres (Max y Lunila aparte). El otro día, hizo la vista gorda a la presencia del gato. Cuando tiene unos minutos, se sienta al lado de la Nona y platica con ella:

—¿No estás contenta, Encarna? Con la de chicas que vienen a verte. Y ese niño tan guapo que te trajo el gatito ¿es tu nieto?

—Yo no tengo nietos ni nietas. No me queda nadie. Y cómo voy a estar contenta aquí encerrada…

—Va, va, no me lloriquees, que yo tengo ojos en la cara y veo que te quiere mucha gente.

—… y sin poder hablar con nadie —erre que erre, la Nona—, que no puedo contarles nada de mi vida a este atajo de vejestorias, que son todas unas rancias. Toda la vida luchando por nuestros derechos para acabar así. ¡Tiene delito!

Gabriela la deja desahogarse. Es una mujer receptiva, con buena intuición, mucha humanidad y una novia peruana como ella, de nombre Liliana con la que emigró, hace ahora tres años, en parte por la situación económica y en parte porque las familias no aceptaban su relación. «En España nos casamos», le dijo Liliana. Así que, le cuesta poco entender por dónde va la abuela.

—Conmigo puedes hablar, Encarna, que ya me he dado cuenta. Yo también soy de la escuela.

—¿De qué escuela? —pone la Nona cara de interrogante.

—¡Ay, Encarna! ¿Que no lo dicen así ustedes, acá?

La Nona, que de tonta no tiene un pelo y ha tenido que adivinar

mucho en su vida, se da cuenta de por dónde va Gabriela y baja la voz:

—¿Que tú también eres del asunto? ¿Es eso?

—Pues será «el asunto», sí. Lo que te quiero decir es que conmigo no has de disimular ni tener secretos, que yo te comprendo.

A la Nona se le ilumina el rostro:

—¡Ahí va, qué bueno!

Sí, sí que es buena la situación, solo que la chica está allí trabajando y mucho tiempo no puede dedicarle. ¿Bastará con los gestos de complicidad que Gabriela le brindará cada vez que pase por su lado? Por el momento, seguro que sí. Ahora la Nona ya no mira tanto por la ventana. Cuando Gabriela está, se entretiene mucho más y mejor, mirándole el culito, que lo tiene apretado y turgente, y esperando ese guiño que le hace de forma exclusiva y que solo ellas entienden (en la residencia, solo ellas dos, valga la redundancia, entienden). Lo que no sabe es que Gabriela está sustituyendo una baja por maternidad y, en pocas semanas, tendrá que dejar el puesto. La que regresa, dicho sea de paso, suele tener malos humos y ni la llegada de una criatura va a conseguir aplacarlos, más bien al contrario, porque es ya la tercera y no están los tiempos como para ir criando prole. Qué mala pata, ahora que habíamos conseguido vislumbrar una pequeña luz al final del túnel de la Nona, resulta que se va a apagar muy pronto. Ya lo dice la Noe:

—No se puede determinar de antemano de qué parte hay que untar el pan, y ya se sabe que las probabilidades de que caiga del lado de la mantequilla son directamente proporcionales al precio de la alfombra.

Enia la anima:

—¿Y si pruebas un día a concederte un poco de optimismo a ver qué se siente?

Siguiendo su espíritu derrotista, la Noe piensa que un año que empieza torcido no se endereza. Y este se ha iniciado con peligrosas contorsiones. Por un lado, su madre. Justo el primer día del año, mientras estaba preparando las lentejas —una costumbre que importó de Italia y que le debe funcionar considerando lo rellenitas que tiene las arcas—, resbaló en la cocina y se fracturó la tibia.

—Cuando no se me rompe el hijo, se me rompe la madre. Le quitan el yeso a uno y se lo ponen a la otra. Yo no puedo más, de verdad, Enia que no me quedan energías para aguantarlo todo. Y lo peor está por venir, ya verás, porque ahora la tienen en el hospital y la aguantan las enfermeras, pero cuando salga, a ver cómo me lo monto. Ya sabes que mi hermana en estas situaciones siempre se escaquea. Y ahora, para colmo, tiene la excusa de su bebé, que cuando no tiene un resfriado, tiene la caquita ligera y cuando no una alergia. ¡Dios, qué harta estoy!

—Si puedo echarte una mano…

Enia lo ha dicho por decir, pues sabe de sobra que, en esa situación, poca mano puede echarle.

Por otro lado está Lunila armando una tragedia porque a final de mes cumple trece años:

—Mal número —remuga con esa mala sangre que en los últimos tiempos le ha infectado todo el organismo.

¿Y qué pide como regalo? Pues un *binder* en toda regla ya que la operación de cambio de sexo sabe que todavía no puede hacérsela.

—Me va a dar algo —gime Lola—. ¿Cómo ha podido pasarme esto a mí? Precisamente a mí.

Rosa también está preocupada, pero lo relativiza más.

—Es que la juventud de hoy en día parece que se haya trastocado. Fíjate que la hija de Teresa, que va a cumplir quince años en marzo, le ha pedido a su madre un aumento de pecho. Y lo peor no es eso sino que ella le ha dicho que en cuanto tenga la edad le pone unas tetas a su gusto. Yo no sé dónde vamos a ir a parar.

—¡Y a mí qué me importan las tetas de la hija de Teresa! —se exalta Lola—. ¿Es que no tengo ya bastante con las de la mía?

—Pues a eso voy, que esta juventud se ha trastocado. Y un poco, te digo, la culpa ha sido nuestra porque se lo hemos dado todo masticado y ahora no tienen valores. Claro que la publicidad también ha influido y ha hecho mucho daño; lo de los cuerpos Danone y la mujer 10 y todo eso… ¡Ah, y luego el tema de las marcas! Oye, que el mismo pantalón, en el mercadillo, te cuesta tres veces más barato. Pues no, ellas quieren el que lleva el logo y si no, sus propias compañeras las hacen sentir diferentes y….

Lola no puede más y la corta con un berrido.

—¡Joder, Rosa, que mi hija quiere ponerse una polla! ¿Es que no te das cuenta?

—No te alteres, Lola, a ver si te va a dar un pasmo.

A Lola no se le ocurre otra cosa que hablar con Enia a ver si ella hace entrar en razón a su hija.

Pero Enia bastante tiene con perseguir a la autora de *A Terra 2*, quien pretende volver a escaquearse con la excusa de un bolo en Donosti. Sin embargo, hoy Murphy debe de estar del lado de la locutora porque en el norte de la península ha caído una nevada de campeonato que ha impedido a la diva trasladarse, así que accede a hacer la entrevista, solo con la condición de que sea esta misma noche. Y ya ves a la presentadora cambiando toda la programación para incluir a la madama.

—Me trae loca, Lola. Esta tía está de la olla, de verdad, se le ha subido el divismo a la cabeza y te hace ir de culo. Pero, en cuanto me la quite de encima, hablo con Lunila. Y no te agobies tanto, que a esta

edad siempre son conflictivas.

—Gracias, cielo —suspira Lola con un hilo de esperanza.

También el destino ha querido contradecir a Murphy haciendo que la entrevista coincida con un viernes, el día de mayor audiencia. En el circuito, las chicas quedan para cenar y seguir el programa y, cuando se acaba, salen de copas. Hoy han bajado muchísimo las temperaturas y en la televisión anunciaron lluvias, lo que, sin duda, favorece a la emisión. Si a eso le sumamos que la entrevistada es la *lesbostar* por excelencia, el resultado se refleja en unos índices de audiencia pulverizados. Un récord que por su condición misma quedará en el anonimato. Enia suele remugar por ello.

—Ya podemos batir todos los *shares* del planeta que si las protagonistas somos nosotras no se hará eco ni el boletín del barrio.

La escritora llega vestida a lo Radclyffe Hall y, para más excentricidad, incluso ha traído un bastón con empuñadura redonda de nácar que recuerda una bola de billar. Enia piensa que tiene estilo, aunque no es, para nada, de su gusto.

Max y Lunila han estado despiertos escuchando la emisión hasta las once en punto (Clarita se ha quedado roque en las faldas de Rosa), han recibido, como de costumbre, los guiños de la locutora y se han ido a la cama sin rechistar. A esa hora, las 12 en punto (mejor dicho, las 0 del día siguiente), la productora hace entrar a la diva en el estudio, le sirven un *bourbon* doble con hielo y, tras unos minutos de publicidad, se inicia la conversación.

Entrevista a la autora de *A Terra 2* en el programa *Voces en la noche*

(Más o menos resumida porque no queremos agotar a las lectoras que hayan llegado hasta esta página; la *lesbostar* tiende a enrollarse.)

Primeros compases de la Sinfonía n.º 2 en do menor, conocida como la *Resurrección*, de Gustav Mahler. Inquietantes acordes que ponen fondo a la voz de la locutora quien hoy, más que nunca, afina su timbre oboístico para leer las primeras frases y hacer una sinopsis de la novela.

> Enia G.: —En los tiempos en que la doctora Barth viajó a la Estación Espacial Europea, esta era poco menos que un estercolero galáctico. Hacía ya décadas que la Agencia Espacial no invertía en mantenimiento ni en la dotación de material nuevo ni en la actualización de los equipos. Solo quedaban en ella dos astronautas, dos románticas de la navegación espacial, que insistían en pedir mejoras mientras seguían flotando entre estrellas y enviando datos con el rigor y la puntualidad de siempre.

La música va subiendo y bajando de volumen —creando un punto y aparte con cada oscilación sonora— a medida que la locutora va desgranando la información con suma cautela, tanto para no desvelar lo que no conviene como para hacerlo con precisión. No lo consigue. El párrafo final de su introducción incluye un desliz.

EG: —… pero la doctora Barth no regresará a la Tierra. En una salida rutinaria al espacio, su pequeña nave es absorbida por un agujero negro y las dos tripulantes aparecen en un planeta nuevo, muy similar al nuestro, aunque con notables diferencias sociales —pequeña pausa de un par de segundos—. Estamos ante la última novela de una de nuestras escritoras favoritas: Buenas noches, Adelaida Duarte, bienvenida a este, su programa, *Voces en la noche*.

Adelaida Duarte: —Muy buenas noches. Gracias a ustedes por invitarme. Si me permite una pequeña matización…

EG: —Claro, claro.

AD: —… no se trata de una salida rutinaria sino de un paseo espacial, que es muy diferente. Cuando realizamos una tarea de riesgo, nuestros sentidos se ponen en alerta, pero las protagonistas de mi novela, en ese momento concreto, están disfrutando de una salida lúdica. Esto es importante porque…

Nos ahorramos toda la disertación metafísica, que tampoco es tan determinante, y presentamos el cuadro de la situación: Enia observa a la productora que ha bajado la mirada y se cubre los ojos con la mano a modo de visera, la técnica de sonido niega con la cabeza como diciendo «adónde iremos a parar» y la locutora pone cara de póquer. Cuando, por fin, la entrevistada concluye, lanza la siguiente…, mejor dicho, la primera pregunta.

EG: —Varios aspectos de esta nueva novela suya nos han sorprendido: hay un cambio de registro, toca un género nuevo, la ciencia ficción, y se pone, yo diría, más reflexiva. ¿A qué se debe?

AD: —Sí, como dice un famoso proverbio oriental, el árbol crece desde su base, que no se renueva, pues sigue expandiéndose, pero cada año su sombra es diferente. Es decir, que renovarse es vital, pero siempre partiendo de unos principios inamovibles ya que…

Van pasando los minutos y la escritora no acaba. Está tan ensimismada en sus propias declaraciones que ni siquiera percibe la cara de la locutora que ya no sabe adónde mirar ni cómo ponerse; da golpecitos nerviosos con el bolígrafo encima del guión y la técnica de sonido le hace señas para que pare. La escritora sigue con su soliloquio, haciendo un recorrido por la literatura de ficción desde Mary Shelley hasta J. K. Rowling, pasando por Pardo Bazán, Leonora Carrington y Ursula K. Legin «entre otras muchas», declara, y Enia confía en que no las referirá una por una. Cuando ya por fin acaba, la locutora aborda el segundo tema.

EG: —Otra curiosidad que salta a la vista es el título. *A Terra 2*, un juego de palabras que sorprende, dada su trayectoria…

AD: —Sí, *A Terra 2* conforma un calambur, una figura literaria que, como todo el mundo sabe, consiste en modificar el significado de una palabra o frase agrupando de distinta forma sus sílabas. El más famoso de la literatura castellana es aquel que hizo Quevedo a raíz de una celebrada apuesta con…

Enia piensa que va a desmayarse, la *star* se enrolla tanto que hasta de dirección han pedido a la locutora que la corte.

EG: —Ya, pero, si me permite que la interrumpa —a la entrevistada se le nota en todas las arrugas de alrededor de la boca que no solo no se lo permite sino que, además, la ha incordiado y mucho, pero se aguanta—, lo que choca es que usted, que no usa el masculino ni bajo tortura, no haya encontrado ninguna

solución o estrategia lingüística para mantener esa feminización a la que, por otra parte, nos tiene acostumbradas.

AD: —Pues, mire usted por donde —en un visible tono de ofensa—, resulta que es premeditado. Tengo recursos más que suficientes para usar el lenguaje de forma no androcéntrica y no sexista, y lo he demostrado con creces. El título de esta novela es un aviso, ni más ni menos. Aterrados tienen que estar los hombres de este planeta porque una nueva era está a punto de comenzar y no serán ellos quienes dominarán la situación como hasta ahora. La frase textual del libro, la que pronuncia la protagonista, es: «Aterrados estarían los gobernantes si nos pusiéramos de acuerdo para abogar por el sentido común», eso dice, literalmente. Y puesto que yo abogo por el genérico en femenino, cuando digo los gobernantes no me estoy refiriendo a ellos y a ellas. El mundo lo conducen, como borrachos noctámbulos, los hombres y las mujeres que llegan al poder porque funcionan como ellos, con sus mismos intereses, sus mismas estrategias, su misma escala de valores. A esos se refiere mi título.

¡Bien!, parece que la entrevista puede empezar a cobrar ritmo.

EG: — La tesis del libro, y usted acaba de confirmarlo, es que son posibles otros mundos solo y cuando se aplique el sentido común. Apoyándose en la ciencia ficción, lo que hace usted es plantear posibles alternativas a temas que en nuestra sociedad son muy controvertidos. Por ejemplo, la diversidad de géneros.

AD: —Sí. La literatura es un medio para encontrar referentes, para sentirse acompañada. Está claro que el binarismo de géneros ya no se sostiene, autoras como Butler o Haraway han demostrado que se trata de una construcción social, que no existen papeles sexuales esenciales o biológicamente inscritos en la naturaleza humana… —¡¡Cielos, vuelve al ataque!! Locutora, técnica y productora se miran tan aterradas como el título de la novela. ¿Cómo hará Enia para frenarla?—. En la sociedad que presenta mi libro, conviven tres sexos y cinco géneros diferentes y se relacionan entre ellos, ellas, elles en todas las variables posibles…

Se aventura a cortar por lo sano.

EG: —Por esa razón, las protagonistas de su novela no necesitan desarrollar roles de género o, mejor dicho, roles de dominancia de género. Lo que llama la atención es cómo eso influye tanto en las relaciones amorosas como en su sentido de la estética o del pudor. Por ejemplo, pueden desnudarse y hacer el amor en público sin ningún recato. No vamos a desvelar en qué situación ocurre eso, pero…

AD: —No, no vamos a desvelarlo —ataja radical la autora.

EG: —… ehmmm, no claro —en tono conciliador—, pero sí podemos insinuar que tiene relación con la música. Que, por cierto, la exquisita banda sonora de su novela demuestra sus profundos conocimientos musicales.

Enia sabe que a la diva le gusta que le den coba.

AD declamando y con los ojos entornados: —«La música: la más noble certeza de un mundo finalmente humano», dijo Pau Casals —soltó la cita, piensa Enia—. En mi novela la música es un símbolo. Representa la utopía, el sueño eterno de la concordia universal, porque la música es la única disciplina capaz de unir a la humanidad —por desgracia, la Duarte remata tan alentadora prédica con una pedantería poco soportable—. De todas formas —añade en un tonillo más ácido —, conocer a Gerhard no es ser una erudita y la sinfonía número 4 de Mendelson es archiconocida.

Enia, al límite de su resistencia:

EG: —Pues a mí, me saca de *El lago de los cisnes* o la 5.ª de Beethoven y no acierto ni una, la verdad.

Contraataque.

AD: —Es una lástima. Yo soy una apasionada de la música sinfónica, por eso me gusta tanto su magnífica voz de oboe, y me encantaría ponerla al día en ese terreno, cuando quiera la invito a un concierto —el comentario pilla a Enia desprevenida, un calor de lava eufórica le sube por el vientre hasta las mejillas, no puede creerse que la *lesbostar* le esté tirando los tejos en abierto—. Pero, vayamos por partes que me está usted liando con tantos temas a la vez —la inflexión de su voz ha vuelto a cambiar—. Primero: una sociedad que da más importancia a la estética que a la sabiduría es una sociedad podrida —cabe resaltar que la autora luce siempre un *look* impecable— y más cuando los cánones estéticos someten y esclavizan atendiendo a jerarquías de género. Segundo: la sociedad que yo presento tiene una fisura, su cultura es avanzada, su política ecuánime, pero no conocen la música sinfónica y al descubrirla se desatan sus instintos más primarios, por eso, en los conciertos que ofrece la protagonista a través de su pequeño reproductor, el público se exalta, aplaude, corea, baila al ritmo de la melodía; se abrazan y se aman sin ningún tipo de contención. Cualquiera puede interpretar lo simbólico de esas manifestaciones, ya que…

Enia vuelve a interrumpir, más que nada, para que el público no se olvide de que sigue en antena.

EG: —En cualquier caso, ahí hace usted una crítica feroz al encorsetado mundo de la música clásica.

AD: —Otras críticas, más feroces todavía, hay en el libro, ¿no le parece?

EG: —Sí, sí, ahora entraremos en ellas, pero antes me gustaría resaltar otro aspecto que nos ha llamado la atención: también el final difiere de sus anteriores propuestas. No vamos a desvelarlo, pero…

A la diva se le encogen los higadillos. Todas sus propuestas anteriores han tenido un *happy end* premeditado y alevoso, del comentario de la locutora podría deducirse que esta acaba en tragedia y eso puede herir mucho su reputación, sobre todo si tenemos en cuenta que ha luchado durante toda su carrera por desterrar los finales dramáticos.

AD: —No, no vamos a desvelarlo —corta en seco y, antes de que Enia pueda acabar la pregunta, se larga a hablar de la opción personal como concepto político-social en su vertiente afectiva (más que nada, por despistar) para, a continuación, hacer una alabanza de los bonobos y sus costumbres y resaltar lo mucho que deberíamos aprender de esa especie.

Al cabo de unos minutos, Enia puede meter baza de nuevo.

EG: —Usted aboga por un mundo igualitario. ¿Lo veremos algún día?

AD: —Yo, si quiere que le diga la verdad, me conformaría, incluso preferiría que me dejaran una parcela, un trozo de mundo y ya me lo montaría con unas cuantas. El resto de la población que haga lo que quiera.

EG: —¿Y cree que eso es posible?

AD: —En esta ficción planteo una fórmula que en la realidad tampoco sería tan difícil de realizar. La alternativa es organizarse en comunidades pequeñas. Es algo que muchas mujeres, en especial las lesbianas, hemos pensado, un proyecto que está en la mente de muchas. Y no haría falta irse a uno de esos pueblos abandonados en montañas inhóspitas o áridos parajes de un bucolismo asesino. En poblaciones pequeñas, digamos, de alrededor de mil habitantes, no resultaría tan difícil hacerse con el poder político. Y todavía se encuentran municipios de esas dimensiones lo bastante cerca de las ciudades como para no perder el contacto y seguir disfrutando de una oferta que a la mayoría aún nos interesa. Se

trata de instalarse en uno de esos núcleos, de comprar o alquilar casas, de empadronarse, presentarse a unas elecciones y votar. Así de sencillo. Con unas 50 familias, y cuando digo familias me refiero a grupos sociales de todo tipo, tendríamos mayoría absoluta. Calcúlelo usted misma y verá como salen los números. ¿A que, si las cuenta, tendría en su red de amistades a más de 50 amigas o conocidas que podrían participar en el proyecto? Cada una de ellas es un voto y cada una tiene en su red a otras tantas.

EG: —Seguro que sí, el problema sería cómo hacer para que no se apuntaran las 50 que también conocemos y querríamos tener bien lejos del proyecto.

AD: —… La escritora sonríe, es una sonrisa sonora, un bufido nasal que se cuela a través de las ondas.

EG: —¿Todavía tiene fe, después de haber visto el resultado de ciertas iniciativas culturales gestionadas por mujeres?

AD: —A pesar de todo —concluye la autora con absoluta rotundidad—, siempre creeré en las mujeres o, al menos, en determinadas mujeres.

La emisión finaliza con las esperanzadoras notas de la Sinfonía del Nuevo Mundo.

Es la una de la madrugada. En la penumbra de su habitación Lunila se quita los auriculares de su móvil multifunción en el que ha oído el programa completo. Y está fascinada: ¡¿Cinco géneros?! ¡¿Tres sexos?! ¡Cómo mola! Tiene que leer ese libro como sea, así que, ni corta ni perezosa, al día siguiente, hace un hueco en sus actividades escolares y se va a visitar a Enia:

—¡Cómo que oíste el programa entero! ¿Lo saben tus madres?

—No y mejor no se lo digas porque, estos días, andamos todas muy rebotadas.

—¿Y cómo lo hiciste?

—¿Te vas a chivar?

—No —dice Enia sin pensar y, como se da cuenta enseguida, intenta arreglarlo añadiendo—, pero no deberías engañarlas.

Lunila pasa olímpicamente.

—Lo escuché desde el móvil. Bueno, a lo que íbamos. En la novela dice que hay más de dos géneros.

A Enia empieza a entrarle ese hormigueo de los ataques de Lunila. Los vive como una tormenta de arena cuyos granitos se meten por todas partes y la faena es suya para quitártelos de encima.

—Pero eso es ficción, Lunila.

—Es igual. Quiero leerla —acomete.

La locutora siente una especie de sudor frío. Teme que las progenitoras de Lunila la reprendan por haberle pasado «información sediciosa» sin consultarles primero.

—Bueno —dice como pensando en voz alta—, no creo que tus madres pongan ningún impedimento, les encanta que leas, pero…

—Entonces ¿me dejarás el libro?

Enia suspira. Se rinde.

—No sé si hago bien, pero sí. Toma.

Y se lo pasa como quien lanza un ladrillo.

Capítulo 11
Los afectos de Enia

Para Enia el año no ha empezado ni bien ni mal, tirando a anodino. En realidad, tenía ganas de que el anterior se acabara. Ese sí que empezó «de culo» y no se enderezó en los doce meses que le siguieron. El mismo día 1 del 1, nada más despertarse, como quien dice, tuvo un disgusto gratuito. Llevaba unos meses siendo perseguida por una de esas mosconas que, habiendo por fin superado su última ruptura sentimental, se lanzan de nuevo al ataque.

—Ahora sí, ahora ya me he recuperado, ahora ya puedo tener novia; voy a comprarme una —y, hala, entran en Internet.

Se llamaba Brunella y era argentina (en pasado porque ya no existe para esta historia), tan argentina que, a veces, no se aguantaba a sí misma. Brunella se mostraba orgullosa de su nombre, a menudo refería los detalles antroponímicos que lo acompañan. «Significa la de piel morena —aunque la suya era más bien paliducha— y es de origen latino», explicaba. No soportaba que la llamaran Bruna, le daba igual si resultaba más corto, más fácil de pronunciar, más bien sonante que el suyo y que fuera, en el fondo, lo mismo. «Mi nombre es Brunella. No caben discusiones.»

La conoció en un acto en el que Enia participaba junto a dos intelectuales, disertando sobre la presencia de la mujer en los medios de comunicación. Al final del coloquio, se le acercó la argentinita, que, por supuesto, había participado en el debate, y le propuso una cita. Al día siguiente, ya tenía un mail en la pantalla de su ordenador y en un par de días estaba tomando un café con ella en una terraza del Born.

De entrada, Enia no le vio atractivo alguno a Brunella, pero nunca hay que quedarse con la primera impresión. Además, le había entrado bien, se había interesado por su discurso y había propuesto continuar debatiendo; para la locutora, encontrar una mujer con una conversación interesante le parece una riqueza poco frecuente. El día de la cita, Enia llevó a Pino. Estaba algo pachucho de la barriga, por lo que no se atrevió a dejarlo solo en casa; cuando se siente pochito y sin compañía arremete contra alguna de sus camisetas, que acaba, sin remedio, hecha jirones. Tal vez debido a su temprano encuentro con la muerte, a Pino, cada vez que se pone enfermo, solo le falta hacer testamento. Ya sea una ligera gastroenteritis, ya sea una infección, ya sean unas agujetas, su expresión de dolor y su gesto de abatimiento son tan desgarrantes que, en más de una ocasión, Enia ha pensado en llevarlo a eutanasiar. En aquella, en concreto, prefirió llevarlo consigo.

Pino saludó a Brunella porque es de naturaleza sociable y amistosa, pero, *feeling*, lo que se dice *feeling* con ella, no tuvo mucho. Esa fue la

primera señal que debería haber registrado su dueña, pero no lo hizo.

El encuentro resultó bastante agradable. En una primera valoración, Enia consideró que su pretendienta —porque estaba claro que iba de pretendienta— no era nada estilosa. Dentro de unos cánones poco ortodoxos, para Enia el aspecto físico es importante. Le gusta la gente que se cuida y tiene un estilo propio, actual y más allá de las modas. No era el caso de Brunella, de pelo estropajoso y corte anticuado, vestimenta insulsa y aspecto anoréxico, pero —un punto a su favor— cordial en el trato, educada y más astuta que inteligente. Le pareció honesta. Aunque no lo tenía muy claro, decidió darle una oportunidad. Y dársela a sí misma. Al fin y al cabo, qué caray, a todas nos agrada que nos ronden. Iría con calma. Todavía es partidaria del cortejo por mucho que se considere algo arcaico; Enia piensa que hay que ir paso a paso, conocerse un poco antes de lanzarse a la piscina.

Se fueron encontrando, siempre a requerimiento de la argentina, para ir al cine, tomar unas tapas o pasear junto al mar. Como buena opinóloga, Brunella disfrutaba polemizando, terreno en el que Enia no suele entrar. Aquella tarde, en su primera cita, ya lo demostró al hacer referencia a un artículo publicado por nuestra periodista en la revista del Centro Cultural de Mujeres. La argentina manifestó su opinión, aunque Enia no se la había pedido.

—No está mal —le dijo con cierto aire de estar por encima del bien y del mal.

Y, sin preámbulos, pasó a destacar lo que «ella» consideraba un error histórico en el que también nuestra protagonista había caído. Según su particular teoría, el Patriarcado no existe ni ha existido nunca y esta es una rectificación que el movimiento feminista debería debatir. A continuación, invitó a la locutora a hacerlo ella.

—Es tu opinión —sugirió Enia—. ¿Por qué no lo propones tú?

Brunella se repantingó en la silla aún más de lo que ya estaba, la mano elevada con el cigarrillo humeando entre los dedos, la camiseta alzada para mostrar un ombligo bastante ridículo, por cierto, y unos abdominales bien trabajados.

—¿Es una provocación? —la retó.

Justo en ese momento, Pino tuvo retortijones y hubo que llevarlo al árbol a vaciar su intestino; el fétido olor de sus caquitas impregnó el rincón de terraza que ocupaban, deshaciendo, a su vez, la tensión intelectual que hasta ese momento se respiraba. Y ahí quedó el asunto.

Una de las aficiones de la argentina era hablarle de cómo le habían cambiado los orgasmos con la edad, aunque, para nada, le había mermado el deseo amatorio; comentario que a Enia le daba algo de grima.

—¡Ah! —solía decirle sin saber qué cara poner.

Era evidente que Enia no respondía a los recurrentes lanzamientos

de caña que la argentina le lanzaba. Y, claro está, quien va a lo que va, pronto se cansa si no pesca nada. Así que Brunella cambió el timón de rumbo el día en que conoció a María, una amiga de Enia tan incapaz de aguantarse a sí misma que en cuanto se queda sin novia se lanza a rellenar el hueco con auténtica avaricia y el santo lema de «el fin justifica los medios». La desilusión para Enia no fue esa, sino el doble juego de la argentina; las ocultaciones, las mentiras, los engaños y la absurda ingenuidad que mostró, pues en este mundillo, más temprano que tarde, todo se sabe. La historia con María no salió bien, era lógico, demasiada ansiedad, y Brunella acudió a Enia para desahogarse y apelar a su sentido común.

—Ya —exclamó la locutora con más desazón que enfado—, pero hasta que la conociste a ella me estabas tirando los tejos a mí. Como yo no he respondido y María es un bombón… mejor dicho, va de bombón y no llega a Lacasito, pero está del todo disponible, lo tenías fácil para lanzarte a conquistarla. Me parece lícito, de verdad, solo que no había por qué ocultármelo, no tenías por qué mentirme el día que te pregunté directamente si te interesaba. Y de haberme hecho partícipe habrías obtenido mejores resultados tanto con ella como conmigo. Es decir, conmigo, al menos, habrías quedado bien. Venga, Brunella, que no tenemos quince años.

Brunella, a pesar de la expresión desencajada que denotaban sus patas de gallo, reaccionó con rapidez. Le aseguró que, al principio, sí que Enia la atraía, pero que pronto se había dado cuenta de que era una de esas personas por las que dejaría todo para ayudarla, una joya como individua y un lujo como amiga, pero sin más.

Las argentinas tienen tales dotes argumentativas que una puede llegar a creérselas sin necesidad de hacer esfuerzos. No fue el caso de Enia, pero no quiso entrar en una discusión de la que, sin duda, habría salido perdiendo, así que dio por buena tan efusiva y elocuente declaración de amistad y le agradeció la disposición. Esa noche, incluso se fue a casa contenta de tener una amiga tan incondicional. Y siguieron yendo al cine y tomando tapas —ya no paseando a la orilla del mar porque era invierno y no había quien lo aguantara—, siempre con un cierto tonteo por parte de la argentina. Incluso la Noe, que un día la conoció, le dijo a Enia que se graduara la vista si no veía el flirteo que se llevaba con ella la gaucha. Hasta que llegó el fin de año. Brunella se iba una semana a Bruselas a visitar a su padre enfermo y pasar con él unas angustiosas navidades. Regresaba el día 30, iba a necesitar una buena fiesta y una buena borrachera para recibir el año nuevo y le propuso a Enia pasarlo juntas. ¡Qué conflicto! La noche de fin de año es para Enia un puro trámite que hay que pasar de la mejor manera posible, pero esa convocatoria en concreto tenía algo de especial; había habido una pérdida, la nona Mercè se había ido a

mediados de junio, y lo único que le apetecía era brindar por ella junto al resto de la tribu. Pero las dinámicas de los grupos son las que son y este tiene la particularidad de no admitir a una foránea en semejante situación. Viven el fin de año como algo familiar o tribal y sin agentes externos. Enia no se mete con ellas, solo lamenta que sean tan cerriles. Su casa siempre ha estado abierta incluso para las que aquella noche alzaron su copa en memoria de la difunta, a quien, en su momento, habían dado la espalda. ¡Salud camaradas! En cualquier caso, a Enia le apenaba que su amiga incondicional se viera sola, nada más regresar del triste encuentro con su moribundo progenitor, para celebrar una fecha tan significativa. Así que le montó otro festejo, con otra tribu, a pesar de no apetecerle lo más mínimo. Pero hete aquí que el día 31 por la mañana habló con Brunella y esta le dijo que había regresado con un impresionante resfriado psicosomático y que no estaba segura de poder compartir tan especial velada.

—Te voy a recoger —le propuso Enia—, y luego te llevo a casa. Solo será una cenita, las uvas, un par de brindis y rematada la celebración. Me sabe mal que te quedes sola.

Brunella se deshizo en elogios y agradecimientos hacia su amiga y resolvió que, a última hora de la tarde, según como se encontrara, decidiría. Como era de suponer, a esa hora le había subido la fiebre, así que Enia tuvo que chuparse la fiesta forzada, porque habría quedado fatal diciendo que ella tampoco estaba en condiciones.

A la mañana siguiente, a eso de las 10 h, llamó a Brunella para saber cómo se encontraba. No contestó. Dedujo que aún dormía. Una persona que tiene a su padre en proceso de desahucio y que no responde a una llamada hecha a primera hora de la mañana del primer día del año, o tiene un problema técnico o está poco menos que en el mismo proceso. Volvió a llamar sobre las 11 h y tampoco respondió. Empezó a preocuparse. Envió un SMS diciéndoselo y tampoco hubo respuesta. Barajó entonces la posibilidad de presentarse en su casa, repasó las fórmulas para entrar en ella: qué amigas podían tener la llave, cómo y cuándo implicar a la guardia urbana. Se dio cuenta de que, por parte de Brunella, conocía a una única pareja de la que solo tenía un mail y era probable que estuviera fuera en esas fechas. La preocupación pasó a ser un conato de angustia. Hacia las 14 h sonó el teléfono. Brunella se disculpó, había pasado la noche junto a María con la que, al parecer, se había reconciliado justo al volver de Bruselas.

¡Enhorabuena! ¿No habría sido más honrado comunicarle sus intenciones de entrada? Ya lo dijo Bertolt Brecht: «Cuando la hipocresía es de mala calidad, es hora de decir la verdad». Pero no, no se suelta un as hasta que se tiene el comodín en la mano, admitámoslo. De repente, Enia vio la pedantería, la astucia, la

falsedad camuflada de educación y buenos modales. Vio todo lo que le había disculpado desde que se conocieron. Pasaron uno, dos, tres, cuatro días en completo silencio. Por fin, el 5 de enero llamó Brunella y le dijo que tenían que hablar. «¡Menos mal, me dará una explicación! —confiaba la locutora—. Es lo mínimo.» Pero al encontrarse, Brunella no solo no le dio explicación alguna sino que, encima, le recriminó a Enia su pataleta y le advirtió que no podía explicarle algo que ni ella misma sabía que iba a ocurrir; la reconciliación con María había sido del todo inesperada. Y, claro está, no escuchó a la locutora a pesar de su magnífica voz, ni siquiera la dejó hablar. Le cortó el discurso por tres veces consecutivas. Pero ¿cómo iba a escucharla, cómo iba a hacer el esfuerzo de ver más allá de sí misma? Además, en aquel momento qué importaba ya el entorno afectivo, qué valor tiene la amistad cuando se ha conseguido lo que se busca. Estaba tan feliz tan pletórica tan segura de sí misma que ya no necesitaba los buenos modales ni la corrección en el discurso, sorbía cucharadas de chocolate caliente —a falta de un cigarrillo que llevarse a los labios porque la ley se hizo rotunda desde el primer día del año —, con la superioridad que da el triunfo. Ya no tenía que quedar bien con nadie. Y, dicho está, para lograr el santísimo objetivo, todo vale. Qué bien lo dice la psicóloga catalana (ni neozelandesa ni nada exótico): «Van tras la adrenalina del amor y, cuando se acaba, llenas de ansiedad se dirigen de nuevo en busca de esa sensación. Nada las detiene, no hay razón ni objetivo más potente en sus vidas».

¡Ay, la psicóloga!, suspira Enia. Ella sí que le gusta. Ella representa su ideal amoroso en la más pura esencia. Ella la hace soñar. Con ella sí puede imaginar un futuro. Si llegara a compartir un trozo de vida con ella, todo cobraría otro sentido. Qué fácil es imaginar una historia junto a una mujer así —un ejercicio que a Enia le cuesta muy poco; tiene una capacidad innata para imaginar historias que no sucederán —, porque todo en ella la hace babear. Le gusta su estilo, sus anillos, su forma de ver el mundo, sus imperfecciones, ese gesto lascivo de lamerse el labio inferior, su sonrisa, su voz, sus andares y hasta la altivez que luce y que tanto reconcome a sus competidoras académicas.

—¿Y por qué no se lo dices si tanto te gusta? —le pregunta Lunila.

—Porque hay personas inalcanzables y, seguramente, por eso nos atraen mucho más.

Esa es toda la explicación que le da a la niña, pero por dentro está pensando que si no expresa sus sentimientos es por pura torpeza, no ha sabido nunca cómo se hacen esas cosas; y por puro miedo: no soportaría que le diera un «no» y no sabría qué hacer si por uno de esos azares del destino la psicóloga le concediera un «sí».

Lunila no parece haber asimilado el comentario, salta de un tema a

otro siguiendo los designios de su atolondrada cabeza.

—Me gustó que vinieras a celebrar el fin de año con nosotras. Dice mi madre que el año pasado habías quedado con una chica y que te dio plantón.

—No fue exactamente así. Y dudo que tu madre te haya dicho eso, por cierto ¿cuál de las dos?

—Bueno, Lola se lo dijo a Rosa y yo lo oí.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Por casualidad.

—¿A través de la pared y con un vaso?

—Se llama Brunella, ¿verdad? —dice la niña sin atender a la ironía, y se le escapa una risita al añadir—. Brunella de Vil.

Enia la reprende:

—Va, no seas mala, Lunila —pero también a ella se le escapa la risa por debajo de la nariz.

Están paseando a Pino por el litoral de la Mar Bella. El aire es frío, pero el sol de mediodía atempera el ambiente. Hay una luz impactante, el cielo parece pintado con esmalte acrílico, la línea del horizonte es límpida y sobre ella se dibuja como a carboncillo la silueta de algún barco. Huele a paella, a gambas a la plancha y a pescadito frito que sale de los chiringuitos del paseo. Se respira armonía, ¿será que el nuevo año llega con ganas de poner las cosas en su sitio?

—¿Tú por qué no tienes novia? —insiste Lunila—. Dicen que cuando eres famosa ligas mucho.

—Ligar, ligar… —se queda ella pensando—. En realidad tienes más propensión a que te asalten moscas cojoneras, víboras succionadoras y caza figuras con ansias de ampliar currículum. Si a eso le llamas tú ligar, pues sí, se liga un montón.

En ese momento, recuerda el último *affaire* que tuvo con una admiradora, interina en la emisora autonómica con la que comparten espacio. Llevaba días lanzándole flores y coqueteando como una pava. La buscaba, afirmaba estar de acuerdo en todo lo que Enia planteaba, se hacía la encontradiza… en fin, esos detalles. Salieron una noche a cenar y ya se veía que la cosa podía acabar en decúbito supino. Tontearon un poco, rieron otro poco y, cuando el acto se intuía seguro e inminente, la muchacha (que empezaba a ser una señora granadita) se puso a hablar de sí misma, de todas sus obras y de todas sus pompas. En diez minutos le había sintetizado los hechos más destacables de su biografía, a los quince minutos le estaba relatando detalles más concretos, que habían marcado su vida, tipo aquella vez que representó a Santa Tecla en las fiestas patronales de su localidad natal; a los veinte, Enia intentó desviar la conversación (para ser exactas, lo había intentado varias veces sin éxito y en esta puso más

empeño) abordando el tema de la solidaridad internacional, que era lo que más a mano le venía, y la otra se apresuró a mostrar, vía teléfono móvil, la foto de la niña india que tiene apadrinada en la Fundación Vicente Ferrer, para pasar, con férrea tenacidad, a desgranar sus innumerables acciones en favor de las causas justas y las castas más olvidadas. A los veinticinco minutos, Enia dijo:

—Qué interesante, pero… yo, es que, tendría que ir pasando porque tengo al perro solo en casa y se pone muy ansioso si llego tarde.

¡Ah, Pino! Adorado Pino. Siempre has sido la excusa perfecta. ¡De cuántos desastres has salvado a tu dueña!

Enia no le cuenta el episodio a Lunila por temor a que desencadene un alud de preguntas. Solo le dice:

—De todas formas, yo no soy tan famosa —y, para cambiar de tema, se interesa por sus aficiones lectoras—. Y el libro ¿qué? ¿Te está gustando?

—Es un poco plasta —dice la niña—, me lo voy leyendo a ratos, pero todavía no ha salido lo que me interesa.

Enia está a punto de preguntarle qué es exactamente lo que le interesa, aunque lo sabe de sobra, pero, en ese momento, Pino ve a una perrita West Highland White y sale disparado hacia ella. Lunila corre detrás y Enia se queda unos instantes sola contemplando aquel mar ideal para ponerse autocompasiva. Sus últimos conatos de encuentro, intentos de seducción y/o manifestaciones o amagos de interés por parte de ella hacia otra persona y viceversa han sido de «manual para relaciones frustradas». En unos segundos hace un somero repaso, desde las que se han interesado más por su perfil que por ella misma o las que la han buscado para ampliar currículum amoroso (una locutora famosilla siempre da prestigio) hasta las absolutas petardas capaces de metamorfosearse para agradar al precio que sea. ¿Por qué tiene que pasarme esto a mí?, se lamenta, y enseguida se da cuenta de que la frase está muy usada y de que no es que esas cosas le pasen justo a ella, sino que pasan y punto.

Lunila regresa con Pino. No le riñen por haberse escapado; en cuestión de afectos, pobrecillo, que se desfogue.

—He visto fotos de la psicóloga esa en Internet y no es tan guapa —dice Lunila, cuyos pensamientos siguen yendo de aquí para allá, aunque siempre en círculo—. Lo que no entiendo es por qué no te enrollas con ella si tanto te gusta.

Enia responde sin pensar.

—Porque yo lo que quiero es una osita de peluche.

—¿Un peluche? —Lunila se queda unos instantes meditando.

—Eso mismo.

—Si quieres te regalo uno de los míos. Bueno, ahora son de Clarita, pero tiene tantos que ni se dará cuenta.

Enia rodea con el brazo a la niña.

—No sé qué haría sin ti, Lunila —y, ahora sí, le da una respuesta más meditada—. ¿Sabes qué pasa? En ocasiones, nos enamoramos más de un ideal que de la persona que lo representa, somos así de complicadas; alguien aparece en nuestra vida de forma velada, casi en penumbra, indistinguible, como una imagen de Mapplethorpe, y nos hace soñar. A veces, con eso ya basta.

—Traducción de Mapplethorpe —ataca Lunila.

—Es un fotógrafo. A ti te gustaría.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Siguen andando, paseo arriba, dejando atrás el mar, el olor a comida mediterránea, el horizonte dibujado como en un retrato naif, la Ronda litoral y la pineda artificial que plantaron cuando renovaron el barrio; a paso tranquilo, con Pino al trote, camino de la Rambla.

Por la tarde, hay encuentro en casa de Lola y Rosa. Es sábado y último día de las vacaciones, sin contar el domingo en el que todas harán jornada de reflexión. Han decidido celebrar su Epifanía particular, irreverente y vegetariana. Todas llevan un regalito para hacer una «amiga invisible». Max y Lunila no están. En el *esplai* han montado una fiesta con juegos, piñatas y talleres, al que pueden acudir las otras niñas y niños del barrio y el chaval se ha animado a ir. Llegarán más tarde (¡y cómo llegarán!).

La Noe está de los nervios. Mientras preparan la infraestructura de la reunión, es decir, bebidas y viandas, servilletas, vasos, tenedorcitos y algunas velas (el incienso ya estaba encendido cuando llegaron), la Noe se suelta a hablar como un fusil de repetición: que si su madre, que si el niño, que si su hermana, que si la escuela amenaza de nuevo… y que no puede más, que cuando se mete en la cama cae rendida, pero a eso de las dos o las tres de la madrugada se despierta y ya no vuelve a coger el sueño, o sí, pero es justo un momento antes de que le suene el despertador y anda como una zombi durante todo el día.

—Pues descansar es muy importante —dice Amanda—. Yo en esos casos no le hago ascos a la química.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué me hinche a pastillas? Porque yo ya estoy con el serotonínico diario desde hace tiempo, si encima tengo que tirarme al somnífero, no sé cómo acabaré.

Rosa se escandaliza:

—¡No me digas que tomas antidepresivos!

—¡Ah, sí! —confirma la Noe—. Se puede estar sin novia o sin serotonina, pero sin las dos cosas, imposible.

—Chica —salta Amanda—, mejor una pastillita por la noche que estar hecha polvo todo el día.

Interviene Enia.

—Tiene razón. Yo tomo un hipnótico muy suave y…

Rosa interrumpe de nuevo y esta vez más alarmada:

—¿Tú duermes con pastillas? —y hace un gesto de recriminación—. Yo flipo.

—Oye —protesta Lola—, que yo también duermo con el Orfidal. ¿Qué pasa?

—¡No me lo puedo creer! —Rosa se echa las manos a la cabeza—. Estáis muy mal, de verdad.

—Pues claro —interviene la Noe—, estamos fatal, por eso le damos a la química —y, dirigiéndose a las otras tres, continúa—. Entonces ¿qué combina mejor con la serotonina, el Orfidal o el hipnótico?

Rosa se va a la cocina con un gesto de «no quiero oírlo», pero lo oye, claro, y no reprime una intervención.

—Tiraos al Sedatif, por lo menos, que es más natural y más sano —grita desde los fogones.

—Pues los Orfidales —está diciendo Amanda—, en la Seguridad Social, los dan como caramelos.

—Lo que os hace falta a todas es un buen revolcón —regresa Rosa con una bandeja de empanadillas integrales—, dormiríais a pierna suelta.

Lola no protesta, pero en el gesto se le ve que, cuando se queden solas, van a tener una charla muy seria. Amanda se ríe. La Noe se desespera y Enia replica:

—Pues no sé qué decirte. La última vez que me di uno acabé con el cuerpo lleno de moratones. Hay gente que confunde la sexualidad con una crisis de epilepsia. Hacen el amor a modo de evacuación orgánica.

—¡Qué exagerada! —cantan a coro Lola y Rosa; la Noe y Amanda sueltan unas risas.

—Los vasos capilares ya no son lo que eran, de verdad —remata Enia.

—¿Y tú, Amanda? —deja caer Rosa a modo de celestinaje—. ¿Cómo vas de amores?

—He tenido una pretendienta que acaba de enrollarse con una amiga mía —«Vaya, piensa Enia, no soy la única»—. Asegura estar enamoradísima de ella, me ha agradecido hasta el empalago que se la haya presentado. Y mi amiga, tres cuartos de lo mismo. El otro día me llamó para contarme lo bien que se siente con su nueva adquisición. No quise ser grosera, pero, en confianza, tampoco pude reprimirme. Le hice notar que la pretendienta en cuestión, en el espacio de un mes, más o menos, ha estado locamente enamorada de una compañera de trabajo, de una estudiante, luego de mí y ahora de ella. «¡Enhorabuena!, le dije, ¿te has preguntado por qué eres la única superviviente de la lista?» No le sentó nada bien.

Enia celebra el episodio —mejor dicho, el modo en que Amanda lo

ha narrado— con una sonora carcajada. La Noe la secunda, parece que escuchar las aventuras de sus colegas la está relajando. Rosa hace un gesto de conmiseración hacia Amanda y Lola insiste:

—Ya, ya, pero ¿y tú?

—Yo bien, gracias —responde Amanda—, encontrándome a mí misma, que no es tan fácil.

A Clarita ni se la oye. Hoy está entretenida. Les ha enseñado todos los juguetes acumulados durante las fiestas y luego se ha retirado a travesear con una cocinita wok, que «imita —dice la publicidad— las de grandes chefs orientales, con un set completo que contiene dos tomates, una mazorca de maíz, una zanahoria, una judía, un ramillete de hinojo, una sartén adicional y una paleta. Todo de madera, además de un menú en resistente cartón para poder jugar al restaurante». No ha dado la lata en lo que va de tarde. ¡Qué agradable velada, tan distendida, tan amistosa, tan lúdica! Todo es armonía hasta que, a eso de las 8 h., llegan Max y Lunila. El crío con un cargamento de canicas que ha ganado en la piñata.

—Le he *pegao* una hostia, mamá, que ha saltado y se ha hecho añicos en mil pedazos. Hasta los monitores me han felicitado por la puntería y por el músculo.

—¿Y por la brutalidad también, hijo mío? —la Noe suspira y por dentro vuelve a pensar ¿qué he hecho yo para que me toque un hijo garrulo?

Pero eso es peccata minuta frente a las pintas que trae Lunila. Le han engominado el pelo, le han alargado las patillas, le han puesto una perilla y, por debajo del pantalón, se vislumbra un sospechoso bulto.

—¡¡Pero, cómo vienes así!! —exclama Lola con todo el bello erizado y las mejillas encendidas de puro arrebato.

—Es que en el taller queer hemos hecho una perfo.

—Pero… pero ¿tú quieres que a mí me dé algo? ¿Eh? ¿Quieres que me arruine yendo a la psicóloga y tomando ansiolíticos?

—Cálmate, Lola —interviene la otra madre—, ya hablaremos con ella esta noche —y dirigiéndose a la niña—. Y tú, Lunila, sé un poco más comprensiva y cámbiate para compartir con nosotras y con las amigas un rato ameno. Haz el favor.

—¡Joder, qué palo! —gruñe la cría—. ¡No hay derecho! ¡Sois todos unos putos carcas!

Rosa y Lola protestan al mismo tiempo mientras las otras permanecen atónitas:

Rosa dice:

—Lunila, no digas palabrotas.

Lola desencajada, fuera de sí, farfulla:

—Lunila, no te consiento que hables en masculino. Tus madres nos

hemos pasado la vida luchando por un uso no sexista del lenguaje y no vamos a aguantar que ahora tú te sumes a la opresión. Merecemos un respeto —se ha puesto tan hecha una furia que hasta Lunila se ha bloqueado y la escucha con atención—. Lo que no se nombra no existe —sigue disertando—, métetelo en la cabeza. No nombrar a las mujeres es convertirnos en una subclase, y no nombrar a las lesbianas es negarlas. Esa es la mejor estrategia para eliminar a un colectivo: la invisibilidad, la negación… —se han quedado todas con la boca abierta; Lola aún no ha terminado—. Así que, ponte barba si quieres, injértate una polla y quítate las tetas si te da la gana, pero haz el favor de hablar en femenino —y concluye—. ¡Hostia!

Silencio tenso, mandíbulas descoyuntadas, respiraciones contenidas, los ojos de Lunila como dianas de feria, Max que mira a la Noe, literalmente, acojonado y en esto que aparece Clarita con un suculento plato elaborado en su fantástica cocinita wok y canturrea:

—¡¡A coméééééé todaaaaaaaaaas. La cosinela chinita ha plepalado cho-suiiiiiiiiii!!

Llega la noche. Parece que el año no ha empezado torcido, se dice Enia, aunque muy enderezado tampoco, la verdad. Vuelve a su casa con una mezcla de sensaciones y sentimientos encontrados. Ha sido un día agradable, es una peña curiosa esta tribu suya. Le encanta dialogar con Lunila, y pronto tendrá que hacerlo muy seriamente, Lola ha vuelto a insistirle a la hora de despedirse, justo cuando le plantaba un par de besos.

La Noe podrá con todo y más, es una todo terreno.

Amanda le parece interesante. ¿Le gusta? ¡Bah! Ni lo sabe ni le preocupa. Empieza a pensar que prefiere una camarada a una novia. Me estoy haciendo mayor, piensa. Y llegado este punto, le da, de nuevo, por la autocompasión. Mira a Pino que, acabada la cena, se ha sentado frente a ella, se ha lamido una patita y ahora la observa con devoción. Y ahí arranca una letanía habitual; esto de hacer balance de los afectos contrariados no es saludable.

—Nadie me ha querido como tú, Pino, nadie —y se desahoga durante un rato vertiendo moco y lágrimas en unos cuantos tisúes.

No hay como una buena llorera para limpiar desazones.

A decir verdad, algo de razón ya tiene nuestra protagonista. Lo que Pino siente por ella es auténtico fervor. El pequeño can, sumiso y obediente, está enamorado de su dueña como no lo ha estado ninguna de sus amantes. La sigue a todas partes con una pasión indestructible, sobre todo cuando está pendiente de una posible chuche que llevarse a la boca directamente de su mano. Una chuche, piensa este chucho, no sabe igual recogida del suelo que de la mano de tu ama. Su canción favorita es *Ne me quitte pas*. Cuando la oye, se esponja todo él, se echa patas arriba, se deja acariciar la panza y toquetear la pilila, que,

aunque está carente de estrógenos, le sigue dando gustito, y le dedica a su ama una mirada de adoración al escuchar aquello de:

Laisse-moi devenir
L'ombre de ton ombre
L'ombre de ta main
L'ombre de ton chien

Finalizada la llantera, Enia va hasta el equipo de música, selecciona Edith Piaf, busca la canción, se la pone y bailan juntos. Lo toma en brazos, lo coloca como a un bebé, con el culito apoyado en su antebrazo, le sitúa la pata derecha en el hombro, le agarra la izquierda con la mano y, así entrelazados, dan vueltas alrededor del salón. A Pino se le pone esa cara de bobo eunuco satisfecho que compensa a su dueña de todos los males del día.

Capítulo 12
Alianzas intergeneracionales

También Amanda se autocompadece de vez en cuando. Iniciado el ritmo laboral, justo el primer fin de semana de asueto, una incontrolable amargura se apodera de ella. No se explica qué la llevó a mantener una relación como la que tuvo con Adela. Cómo pudo soportar aquella sutil dominación. Sutil, piensa ahora, y no tan sutil. Porque, sí que en lo cotidiano era educadita: «Cariño, ponme esto aquí, lleva esto allá, tráeme un vaso de agua, por favor». Siempre con el «por favor» en la boca y una tierna coletilla añadida: «cariño-cielo-amor-tesoro». Hay que admitir que delante de la gente le daba órdenes con toda la delicadeza del mundo: «La mesa ya la pone Amanda, que lo hace muy bien». «Amanda, por favor, sirve el estofado, anda bonita.» «¡Oh, no!, no recojáis nada que ya lo hará Amanda, ¿a que sí, mi vida?» Y Amanda ponía la mesa, servía los guisos, recogía los platos: obedecía cual esclava sumisa. ¿Cómo pudo llegar a esa situación? ¿Cómo pudo aguantarla? ¿Por qué hacía todo lo que Adela quería? Ella programaba las vacaciones, ella establecía los hábitos, ella imponía las normas, y ella decretó el fin de la relación. Se le metió entre ceja y ceja lo de la crisis del séptimo año y se la cargó, así por las buenas, o porque le interesaba. Siempre fue ella la que mandaba. Ella decidía qué viajes de trabajo podían compartir y cuáles no «por cuestiones de protocolo», decía, la muy arpía. Era en esos viajes, precisamente, cuando aprovechaba para desahogarse de las rutinas matrimoniales, a menudo con becarias y estudiantes que sucumbían con facilidad a sus encantos académicos a cambio de algún que otro favor porque si no, ¿de qué?, con lo dejada que estaba y lo foca que se había puesto, ¿de qué iban a interesarse por ella? Regresaba tan satisfecha de aquellos congresos, seminarios, lecturas de tesis o lo que tocara.

—¡Es que dar una conferencia me estimula muchísimo! —argüía.

Claro —piensa Amanda—, sobre todo si la conferencia se da sin bragas y en posición horizontal, la muy… porque yo me quedaba con tres palmos de narices cuando me decía eso, no era capaz de reaccionar ni a sus mentiras ni a sus exigencias y me sentía vacía, hundida, anulada como persona. ¡Que no, que otra relación así no la quiero en mi vida! ¡No sé cómo pude!

La gata suelta un maullido que parece ratificar sus pensamientos. La minina también se llevó la parte de abuso que le correspondía. Con Amanda, solas, ella y yo —ahora es la gata la que piensa—, todo es más felino: los horarios, el ritmo, las costumbres. Ha vuelto a dormir tranquila y ya no se le cae el pelo por culpa del estrés.

—Estás de acuerdo, ¿verdad? —le dice Amanda en voz alta. Y al

hacerlo, le sale un gallito por la falta de lubricación en las cuerdas vocales debido a que es la primera frase del día, la primera que pronuncia y son ya casi las once y no ha hablado con nadie y… hala, a llorar como una plañidera—. Yo es que no sirvo —se lamenta—. No sirvo para tener pareja ni para no tenerla ni para nada. Soy un desastre, una piltrafa humana.

¡Qué duros son estos fines de semana de autoflagelación! Se ha despertado con ese pensamiento obsesivo, ese recuerdo que la corroe y, por mucho que lo intente, no consigue desterrarlo. ¿Por qué aceptó una situación de sumisión como aquella? ¿Por miedo? ¿Era miedo a la soledad? Y, en cambio, fíjate lo bien que está ella solita, con su piso monísimo y sus amigas. Ahora siente que esa soledad le ha abierto los ojos: «Una situación de abuso, eso es lo que era. Peor que la de un macho, si cabe».

Descargada la cantidad suficiente de secreciones como para sentirse aliviada, decide emplear el día en algo productivo. Se sienta frente al ordenador y repasa la ponencia que dará la próxima semana. Esta vez, le toca a ella hacer un viaje de trabajo. El mes que viene irá a Londres para participar en un congreso. Podría disfrutar de toda una semana en la capital británica, pero solo se quedará un par de noches. Tanta niebla, tanta humedad y tanto frío no le convienen en estos momentos. Mientras le dé tiempo a visitar el Museo de Historia Natural para ver la exposición *Wildlife Photographer of the Year,* ya le vale. Estos viajes siempre son un poco ascéticos. Te pasas el día escuchando ponencias y charlando con colegas a las que ves de congreso en congreso, pero, en el fondo, tienes una sensación de desarraigo que… Eso, claro está, si no eres como la zorra de Adela y te dedicas a tirarle los trastos a toda congresista viviente. No, ella no funciona así. Y si en alguna ocasión lo ha hecho, ya no está para esos trotes. Cuanto menos tiempo se quede en Londres, mejor.

Pero no consigue concentrarse, se le va la cabeza hacia todas partes menos hacia donde tiene que ir que son las famosas palmípedas del cuaternario instaladas en su ordenador. La pantalla se nubla como debe de estar en estos momentos la mismísima cúpula del Big Ben. Se pone nerviosa, enciende un cigarrillo, lo apaga porque le da asco y a los cinco minutos enciende otro, hasta que se rinde y opta por cambiar de planes. ¿Y si va a visitar a la *tieta* Pili? Eso siempre la relaja, la divierte, la ayuda a olvidar las dificultades y, lo más importante de todo, se siente querida. Claro que el precio es aguantar a su padre, a su madre y a la santa falsedad que los rodea. ¡Qué palo! Pero, tal como le asalta esa idea, se acuerda de que Enia quería conocerla. ¿Qué hago? ¿La llamo? Sí, sí, dijo que quería entrevistarla, pero… invitarla a comer con la familia, así por las buenas… no hay suficiente confianza, a ver si va a pensar que estoy intentando seducirla… —

enciende otro cigarrillo para darse tiempo—. Además, a estas horas ya habrá hecho planes —da una profunda calada—, aunque… quién sabe, a lo mejor tiene el sábado libre y se apunta a venir. Por probar. Y si piensa… que piense lo que quiera. ¿No dijo que quería conocer a la *tieta* Pili?, pues ahí tiene una oportunidad.

Se arma de valor, agarra el inalámbrico, marca el número y, un par de horas más tarde, van las dos camino de Canovelles en el utilitario de Amanda (que, para información de las lectoras, tiene nombre; un dato irrelevante, desde luego, pero simpático, se llama Pepito). Enia solo le ha puesto una condición:

—¿Puede venir Pino?

¡Cómo no!

—A la *tieta* Pili le encantan los perros —dice Amanda al volante de su Pepito— y con lo gracioso y educado que es Pino… Le hará una ilusión tremenda, ya verás. No se lo he dicho para que sea una sorpresa.

Sonríe. Ella también está ilusionada. Mira tú este finde que empezó tan torcido, lo bien que se ha enderezado. Enia, tres cuartos de lo mismo; no tenía nada especial programado y le viene de perlas salir de la ciudad. Y Pino, para qué contar: lo suyo es salir de paseo, ir en coche le vuelve loco y, encima, su dueña lo lleva en brazos. No se puede pedir más.

Deliciosa jornada que se alarga hasta más allá de la puesta de sol (ya les vale porque, al día siguiente, van a tener una conversación calentita y agitada con el resto del grupo). La *tieta* Pili se ha soltado a contar batallitas de sus tiempos mozos cuando «entender» era «ser librera» o «ser del asunto». Refiere episodios de la clandestinidad más pura y dura. Se llamaban entre ellas «cuñadas» o «primas» y algunas recurrían a matrimonios blancos, matrimonios de conveniencia entre un gay y una lesbiana. Habla de los encuentros en una cafetería del Paralel, de las reuniones en casa de una ex *vedette* de El Molino que fumaba en pipa y se travestía; veladas literarias en las que leían poesías y bailaban juntas mujeres solas. ¡Qué excitante! Refiere los escarceos amorosos en Los Baños Orientales y las excursiones con acampada a las que se apuntaban más de treinta zagalas. Explica los códigos para resistir en una sociedad marcada por la Ley de Peligrosidad Social; «Somos cachondas, no peligrosas» se gritó en las primeras manifestaciones autorizadas ya a finales de los años 70, en plena transición. Enia la ha grabado, ha tomado algunas notas y al final le propone:

—¿Vendrías a la radio para explicar todo esto en una entrevista?

¡Buenoooo, lo que le ha dicho! La *tieta* Pili ha rejuvenecido, al menos, veinte años. Como el programa es nocturno y en directo, Amanda la invita a dormir en su casa esa noche. Lo harán un viernes.

Así, al día siguiente, la traerá de regreso a Canovelles y se quedará a comer. Y Enia y Pino, si quieren, que vengan también, que están invitados, ¿verdad que sí, *tieta*? Claro que sí, Enia y Pino van a ser siempre bien recibidos, pero… en vez de eso, sugiere la Pili:

—¿Y no podría quedarme yo todo el fin de semana en tu casa?

Para la Noe, el sábado no está siendo tan plácido y agradable. A primera hora de la mañana ya tiene montada una zapatiesta en casa. Y, por el efecto de amplificación que se crea en el patio de luces, todo el vecindario está al caso. Desde la cocina, sale su voz proyectada a gritos intermitentes:

—Que te he dicho que no… pues porque no se puede, Max, no dejan entrar gatos en los hospitales, ¿cómo tengo que decírtelo?… No hay pero que valga… ¿No me entiendes cuando te hablo? ¿Es que hablo en chino, yo?… Que no, Max, que ni en el bolsillo ni dentro de mi bolso ni nada, que el gato se queda en casa y punto. Y haz el favor de venir a tomarte la leche.

Como remate de la discusión se oye la voz de Max resonando por el hueco del patio:

—¡Jooo!

La Noe está de los nervios. Todos los sábados van a la residencia a visitar a la Nona. Y su madre sigue en el hospital con la pata quebrada. Eso significa que se pasará el sábado de anciana en anciana y tiro porque me toca; una por la mañana y la otra por la tarde, ¡hala! Y cada una en un barrio distinto, para hacerlo más complicado. Pero eso no es nada, lo peor vendrá cuando a la madre le den el alta. Necesitará ayuda para todo. Su hermana lo tiene claro: la meten en una residencia y solucionado. A la Noe se le encoge el alma solo de pensarlo. Sabe que a la cándida señora, ahora deprimida e ignorante de lo que le depara el futuro, se le caerá el mundo encima si la encierran, se sentirá abandonada.

—¡Mira que llegas a ser dramática! —protestó la hermana el día que lo discutieron—. Eso no es encerrarla. Iremos a verla y la sacaremos de paseo. Date cuenta de que ni tú ni yo podemos hacernos cargo de ella.

—Pero no se lo merece, caray, que yo veo a la Nona y se me parte el corazón. Es enterrarlas en vida.

Tal vez poniendo a alguien en casa para cuidarla, sugirió la Noe al tiempo que esquivaba un tira y afloja en el que su interlocutora atacó por el flanco más débil: su tendencia natural a la tragedia.

—Eso sale muy caro —replicó la hermana—, y además da muchos problemas. ¿Dónde encontraremos una persona de confianza? Y si luego nos deja tiradas, ¿qué? Además, la mayoría son extranjeras y mamá querrá que le hablen en catalán.

—¡*Merda*! —gruñó la Noe.

Al recordarlo, le entra la angustia y busca como loca su frasco de Flores de Bach *Rescue*. Para acabar de rematarlo, Max lleva todo el día rebotado porque no ha podido llevar el gato ni al hospital ni a la residencia. ¡Menudo sabadito! Menos mal que al día siguiente tienen celebración en casa de Lola y Rosa. No recuerda qué se celebra, pero es igual; lo importante es que pueden ir Pino y Quasigato, no habrá broncas y las criaturas estarán entretenidas. ¡Uf, menos mal!

Sin embargo, el encuentro, que tiene por objetivo celebrar el treceavo cumpleaños de Lunila (ya tiene la cabeza bien despistada, la Noe, mira que no acordarse), ha entrado en un momento de tensión justo después del pastel y de soplar las velas, cuando la chiquillería se ha retirado a la habitación de Lunila y las adultas, copa de cava va copa de cava viene, se han quedado charlando. Enia y Amanda han comentado el episodio de ayer con la *tieta* Pili:

—Y, fíjate, la pobre, que quiere pasar el fin de semana conmigo. Yo la entiendo porque mi madre es una estrecha y mi padre tan cerril que no se atreve a compartir nada de su vida si está él delante: anécdotas, recuerdos… no les cuenta nada. No es que la traten mal ¿eh?, pero dice que se siente como en tiempos de Franco. Con nosotras se soltó a hablar, que no paraba.

—¿Y te la llevarás todo el finde? —pregunta Lola.

—Le dije que ya lo veríamos. No sé qué hacer, la verdad, ¿y si es contraproducente? El paso siguiente sería quedarse a vivir conmigo. Y yo, lo digo en serio, si tuviera condiciones, no me importaría, pero en un piso de 40 metros cuadrados es complicado; además, me paso el día fuera de casa.

—No hablemos de ancianas —gime la Noe—, que yo a mi madre tampoco sé dónde meterla cuando salga del hospital —y se arranca a exponer su drama con todo detalle.

—Es que a estas edades… —comenta Lola—, hija, qué pena. Porque la Nona también…

—Pues no sabéis lo peor —informa la Noe—, que a la chica esa con la que tiene tan buen rollo… Gabriela se llama, ¿no? Pues que se le acaba la sustitución. La semana que viene se va.

Decepción general y coro de lamentaciones.

—Con lo maja que es —sigue la Noe—. Yo había pensado en ella para cuidar a mi madre cuando salga del hospital, pero mi hermana no colabora ni en lo económico ni dando soporte moral, más bien todo lo contrario, y yo sola no puedo contratarla. Además, tampoco puedo pedirle que se esté allí las veinticuatro horas.

De nuevo entran en esa espiral de frustración sin salida aparente. Y entre quejas, soluciones absurdas o poco efectivas y alguna que otra palabra malsonante, salta la liebre de que Adela no va a visitarla.

—No podemos exigirle nada —apunta Rosa—, tendrá sus razones.

Amanda empieza a calentarse:

—¡Exigirle! ¿A qué le llamas tú exigencia? ¿A estar con una amiga cuando te necesita? ¿A preocuparte por ella? Lo que pasa es que la enfermedad y la vejez no son agradables para nadie, es más fácil obviarlas, sobre todo cuando se está en un momento vital en el que el principal interés es otro y visitar a la vieja incomoda.

Lo ha dicho con mucha amargura. Rosa, con aires de papisa, le replica:

—Amanda, todo el mundo tiene derecho a pasar de una amiga si en un determinado momento lo siente así.

—¿¡Ah, sí!? Entonces ¿no hay una ética de la amistad? ¿No hay que estar cerca cuando una amiga te necesita, preocuparte por ella si está mal, hacerte presente cuando intuyes que pasa por la última etapa de su vida? ¿No nos compromete a nada la amistad?

Enia suelta un «no» rotundo que deja a Amanda traspuesta; le lanza una mirada decepcionada. ¿Nadie va a secundarla solo porque se trata de su ex? ¿Ni siquiera Enia?

—¡Qué va! —canturrea la locutora—, esas obligaciones, esos derechos y deberes solo se adquieren cuando firmas papeles —y al darse cuenta de la rima, añade—. ¡Uy, qué bonito pareado!

Amanda siente alivio. Hay un cruce de miradas cómplices, una sonrisa de agradecimiento y un guiño de ojo por parte de Enia.

—Eso ha sido una ironía, ¿no? —comenta Rosa antes de iniciar un sesudo discurso—. Yo lo que pienso… perdonadme porque os lo digo con cariño y desde el corazón, pero lo que pasa es que Amanda está dolida con Adela, y Enia, por su historia familiar y todo eso, tiene sublimada la amistad. Claro que nos compromete, pero ¿quiénes somos nosotras para juzgar a nadie? Vete a saber lo que le pasa a Adela.

—Ya te lo digo yo lo que le pasa: que ha encontrado una sierva y tiene que cuidarla —responde Amanda.

Sube el tono general. Enia ataca:

—Mira Rosa: nuestra historia personal configura nuestros valores. Puede que Amanda esté resentida, y a mí me parece que con razón; y puede que yo sublime la amistad. Al margen de eso, no sé si es criticable, pero me parece penoso lo que está haciendo Adela. Conozco a muchas como ella, las amigas existen solo cuando nadie les calienta la cama. No va a ver a la Nona ni está hoy aquí ni…

—Tenía un compromiso —interrumpe Rosa—, la invitamos, pero dijo que tenía no sé qué y… bueno, le resultará violento encontrarse con Amanda. Es lógico, ¿no? Tú tampoco querías verla —se dirige a ella directamente—, así que ahora no vengas con reproches.

Enia y Amanda están a punto de saltarle a la yugular. Hablan todas a la vez:

Amanda: —Te recuerdo que fue ella la que me ponía los cuernos.

Enia: —Oye, que una cosa no quita la otra.

Lola: —Pero Amanda tiene razón, que la Nona está en la última etapa de su vida…

Rosa: —Una etapa que puede durar veinte años más.

Enia y Amanda a coro: —¿Y?

La Noe pone paz.

—Un poco de calma, chicas…

Y justo en ese momento, aparece la chiquillería alarmada por la discusión.

—¿Qué os pasa? —dice Lunila.

Max lleva a Quasigato en brazos y Clarita intenta lo mismo con Pino que, para zafarse, se oculta bajo la silla de su dueña.

—Nada, cariño —dice Lola—, estábamos hablado de las yayas.

—¿Qué les pasa?

—Que la vejez es muy mala —sentencia la Noe.

Interviene Max haciéndole caricias al gato:

—Es verdad, la Nona está muy triste en la residencia y ahora que se va Gabriela, más todavía. Y la yaya mía cuando salga del hospital ¿qué hará ella solita con una pierna rota en su piso tan grande?

—Pues mi *tieta* Pili —apunta Amanda sirviéndose otra copa de cava a ver si se consolida la chispa de borrachera que empieza a sentir— no está sola y se siente igual de triste porque no puede ser ella. Toda la vida luchando para poder existir y ahora, venga, a volver al armario en su propia familia. Hay que joderse —y levanta la copa con auténtica desolación—. ¡Salud!

Se hace el silencio. Lunila observa: el rostro compungido de Enia, la mueca agria de su madre, el brindis casi lacrimógeno de Amanda, la mirada tierna y a la vez afligida que la Noe le dedica a Max, gato en brazos. Rosa está pendiente de Clarita que intenta por todos los medios sacar a Pino de debajo de la silla.

—¿Y por qué no las ponéis a las tres juntas?

¿¡Cómo!? La voz de Lunila ha sonado a coro de querubines, a canto angelical, a inocencia contundente.

—Claro —reafirma Max—, en casa de la yaya hay sitio para todas. Hasta para Gabriela.

La sugerencia cae como un latigazo. Tan sencillo, tan a mano y ¿a ninguna de ellas se le había ocurrido?

No, no, un momento, que no es tan fácil. No saben si Gabriela estaría dispuesta. Tampoco ven claro que tuviera que estar todo el día disponible. Pero, a ver, que la Nona y la *tieta* Pili son autosuficientes, y la madre de la Noe, en cuanto se le cure la pierna, podrá valerse. Quizás no sea necesario que tengan a alguien allí día y noche, entre ellas se apañaran, seguro. Y la compañía que se harán, eso no es nada

desdeñable. Además, existen las alarmas esas de Cruz Roja… y los móviles —apunta alguna—, que la una por la otra, una de las tres podría avisar si pasara algo. Y el piso de la señora Paquita (vamos a ponerle nombre, que ya toca) no está tan lejos. De hecho, la Noe se buscó el suyo en el mismo barrio para tenerla a mano en caso de urgencia. Otra cosa es de dónde va a salir el dinero para pagar a Gabriela o a quien sea que vaya a hacer de asistenta, porque unas horas al día, qué digo unas horas, una jornada laboral completa sí que es necesario y habrá que hacerle contrato, pagar la seguridad social. No, no. No es tan fácil, hay problemas insalvables. Claro que, a la señora Paquita nunca le han faltado los billetes. Y la *tieta* Pili cobra una pensión; pequeña, es cierto, pero constante. Y la parte de la Nona podrían cubrirla entre todas. Si cada una de ellas pusiera algo, juntándolo todo tendrían para pagar un sueldo y cubrir los gastos del piso que, para más ventajas, es de propiedad. Además, qué narices, habría que implicar a Adela, al menos que haga algo, ¿no?

Todo cuadra, si se lo proponen, entre las cinco podrían gestionarlo.

—¡Bah, no seáis ingenuas! —exclama Rosa agarrando a Clarita de un brazo para contener una inminente pataleta por no poder atrapar a Pino.

Y salta una Lola muy airada:

—¡Qué ingenuidad ni qué nada! Para una vez que la cría tiene una ocurrencia brillante, no vengas tú a desmontársela —hace un barrido con la mirada a todas las presentes y sentencia: —Lo intentamos, ¿no? Al menos, lo intentamos.

Enia, Amanda, Lola y Lunila comparten una euforia desaforada a la que se unen Max, Clarita y Pino.

—¡Qué guay! —exclama el crío—. Se lo pasarán teta las tres juntas.

Rosa mantiene su escepticismo y la Noe…

La Noe no se ha pronunciado todavía. ¿Cómo es que no ha dicho nada? De repente, todas las miradas se clavan en ella; al fin y al cabo, es la que decide puesto que el centro neurálgico de la comuna octogenaria sería el piso de su madre. Unos segundos de expectación, la Noe pone cara de cómo se come esto, pero no ha protestado ni se ha manifestado en contra ni muestra la desconfianza que ha expresado Rosa, lo cual es un buen síntoma. Así que esos segundos se hacen eternos esperando a saber qué dirá, hasta que por fin, con la voz algo quebrada, manifiesta:

—Pero es que mi madre es hetero, a ver si se va a sentir desplazada.

Diarios de Lunila: Luchas generacionales

¡Joder, qué complicada es la gente mayor o sea la G.A.! Creo que no la entenderé en mi vida, ni siquiera cuando yo sea una G.A. de otras generaciones. Dicen que las personas ancianas como la Nona, que son más G.A. todavía, tienen mucha experiencia y por eso pueden enseñarnos muchas cosas, pero las dejan aparcadas en una residencia y no pueden adoptarlas. En cambio, sí pueden

adoptar a un perro como Pino y a una G.P. repelente y abusona como Clarita. Es una plasta, pero como es bielorrusa se lo consienten todo. A mí me raya un montón y no estoy dispuesta a permitirlo, lo advierto. Ahora le ha dado por hacer cosas con Max y conmigo que, para ella, somos G.A. y, por lo tanto, no tenemos nada que compartir. Se pone tan pesada que dan ganas de atarla y amordazarla, pero, si lo hiciera, no quiero ni imaginar los berridos que pegaría al destaparle la boca. Mis madres me matan, fijo. Ayer, como era mi cumple, me curré un plan para que no diera la vara. Después del pastel, Max y yo entramos en el *face* y ella, como siempre, quería meter las narices. Ataqué su punto débil. Como se pirra por la comida y nuestras madres no le dejan probar la bollería industrial, le saqué un pack de 24 Donettes que compré para la ocasión. Mi madre biológica (o sea, la auténtica) diría que eso es premeditación y alevosía. Y sí, lo es. Para que duraran más, tenía que ganárselos de uno en uno haciendo alguna tarea. La puse a ordenar libros, luego a recoger juguetes, luego a guardar ropa, luego a limpiar el polvo y así hasta que me dejó la habitación como una patena, que no sé lo que es, pero Rosa siempre lo dice: «Quiero que dejéis la habitación como una patena». Pues como una patena la dejó la cría. Mi madre diría que eso es explotación infantil, pero como no lo sabrá nunca, no dirá nada. Al llegar al Donette número 21 se puso pesada queriendo coger a Pino en brazos. Pino será un perro y enano, pero de tonto no tiene un pelo, así que en cuanto la vio venir fue directo hacia la puerta para que le abriéramos. Max y yo nos comimos los Donettes que quedaban y tuvimos que salir de la habitación. En el comedor estaban las G.A. discutiendo como taradas por una chorrada bien fácil de solucionar; ya he dicho que nunca las entenderé. Clarita siguió dando la vara con Pino, pero al menos a Max y a mí nos dejó en paz durante un buen rato. Era mi cumple, me lo merecía, ¿no? Luego tenía la barriga hinchada y hoy se ha pasado el día en el váter. ¡Qué rollo de cría!

Era muy sospechoso que las criaturas no dieran guerra en toda la tarde.

Capítulo 13
Febrero caliente y vientos de marzo

Febrero es el mes más anodino, frío y corto del año y este, en concreto, está resultando despiadado y gélido: temperaturas bajo cero en la costa, heladas, vientos, incluso nieve a la orilla del mar; calefacciones que revientan, *stocks* de estufas que se agotan. ¡El delirio invernal! Sin embargo, entre nuestras protagonistas van a ocurrir tantas cosas que, al final, hasta lo consideraremos un febrero calentito.

Para empezar, a Enia le han hecho una oferta insólita.

—¡Un programa de televisión! —se alegra la Noe—. Y en horario *prime time*. Chica, enhorabuena.

—Pero Noe, ¿tú has oído bien lo que te acabo de decir? —Enia no sabe cómo colocarse el teléfono. Está tan alterada que no puede sentarse a tener una conversación tranquila y, al tiempo que habla, se prepara un café y ordena los cacharros de la cocina—. Es un programa para encontrar pareja, un *Amor a primera vista only for women*, una especie de *Mujeres y mujeres sin viceversa*. ¿A ti te parece normal?

—Pues no, no mucho, pero para el tema de la visibilidad, no está mal, ¿no? Y, si la conductora eres tú, siempre podrás colar algún gol. Será genial, ya verás.

La noticia se extiende pronto por la pequeña comunidad y todas opinan. Durante unos días, en encuentros, conversaciones telefónicas y algún que otro correo electrónico, exponen sus pros y sus contras. Rosa y Lola consideran que es una forma de «normalizar», que, si existen ese tipo de programas en formato hetero, también tienen que existir en formato Les y, luego, que cada una haga lo que quiera. Rosa hace hincapié en las pobres chicas de los pueblos que apenas encuentran referentes y no tienen las mismas oportunidades que las que viven en las grandes ciudades.

—Lo bien que les vendrá para ser reconocidas y, por lo tanto, más aceptadas en su entorno. Y quien dice los pueblos dice también zonas más encorsetadas, como Valladolid, por ejemplo. Un programa así les alegrará la vida un montón, tanto si lo siguen como, ¿por qué no?, si se animan a participar.

—Además, será súper divertido verlo —se entusiasma Lola—. ¡Saldrá cada personaja!

A Enia la palabra «normalizar» le produce urticaria.

—Pues no sé yo si en Valladolid estarán más encorsetadas que por aquí —replica—. Con la mano en el corazón, yo creo que para normalizarnos del todo deberíamos reivindicar el matrimonio homosexual por la iglesia. Eso nos normalizaría que ni te cuento. Aquí, en los pueblos, en Valladolid…

Amanda la secunda:

—Claro que sí, y hasta por lo militar si se tercia —y, a continuación, lanza un alegato en contra de la telebasura, la explotación del morbo, la demostración de incultura y frikismo propia de ese tipo de programas, la exaltación del exhibicionismo frente al respeto a la intimidad y un «todo vale» que en ningún caso puede defenderse apelando a la libertad de expresión, y concluye: —Si normalizarse es acceder a todo eso, yo prefiero seguir siendo tan rara y marginal como hasta ahora.

Max, Lunila y Clarita flipan:

—¡Enia saldrá en la tele!

Rozando las dos de la madrugada, Enia llega a su casa aterida y descompuesta. Aterida de frío, se entiende, y descompuesta por semejante oferta profesional. Le han dado unos días para contestar, pero no muchos, que en la tele todo va muy rápido. Nada más entrar, nota que la calefacción está apagada. ¡Mierda de termostato! Si lo tiene programado para que se encienda a la una y media. ¿Por qué demonios no se dispara? ¿Por qué le toca cada noche hacerlo de forma manual y esperar un buen rato a que la casa se atempere? ¡Joder, qué rollo! Mañana llamará al servicio técnico.

Se prepara unas hierbas relajantes bien calentitas y se echa en el sofá a ver la televisión. Sabe que, si se acuesta en semejante estado de frío y excitación, no pillará el sueño. Han sido demasiadas emociones hoy y, para mañana, aguardan otras tantas. Esta noche ha entrevistado a la *tieta* Pili, que lo ha hecho de maravilla, hay que admitirlo, como si toda la vida hubiera tenido un micrófono delante. Aun así, su presencia en el estudio le ha creado a la locutora una tensión añadida. Además, mañana por la tarde tendrán reunión en casa de la señora Paquita, que ya salió del hospital, y hay que ver si se monta o no y cómo la comuna octogenaria. Enia no puede evitar imaginarse a las tres ancianas sentadas frente al televisor comentando el nuevo programa. Y así, tal cual lo imagina, una carátula de plumas y corazones color de rosa rodeando el título «**Fórmula Les**» aparece en pantalla dando entrada a la emisión. La sintonía de acompañamiento es *Amor entre mujeres* de Dalila. En el plató, un trono y un corro de sillas vacías. Enia está en el centro. Le han puesto un vestidito de tirantes con zapatos de tacón, le han peinado las greñas, le han pintado los morros y la han maquillado tanto que se parece más a Patricia Conde que a ella misma. Sonríe, no le queda otra. Saluda a la audiencia, explica la dinámica del programa y hace pasar a las concursantes. ¿Quién será pretendienta? ¿Cuál de ellas alcanzará el trono? Entre las participantes hay unas más *femme*, otras más *butch* y otras más plumeras, un poco de todo. Primero se presentan y luego se votan entre ellas para elegir a la tronista. Al voto le acompaña una explicación:

—Yo he elegido a Vane porque me parece muy guapa y creo que será muy buena tronista.

—Pué yo, la Vane también porque la voy a pretendé y me la voy a llevá ar huerto.

Coro de risas y aplausos entre el público del plató. Enia sonríe, no le queda otra. Finalmente, se elige a Vane para ocupar el trono porque es la más espectacular, la más *femme*, la más tetuda y la más rubia. Y la Vane, después de emocionarse con mucha afectación y mucho Kleenex, empieza a calibrar a sus pretendientas a ver si las admite como tales o no. ¿Tú cómo te llamas?, les pregunta, y a qué te dedicas y qué relaciones has tenido, cuántas de ellas han sido formales, cuánto hace que no estás con una chica, ¿tienes intenciones serias?; a ver, date una vuelta que te vea, etc. etc. Las pretendientas responden disciplinadas y mansas. La mayoría están nerviosas, es su primera vez en un plató de televisión y ese exponerse en público para ser aceptadas por la reina del juego les provoca una tensión excesiva. Algunas añaden que no han venido para hacerse famosas sino porque buscan el verdadero amor y quieren formar una familia. Otras manifiestan que no sabían quién iba a ser la tronista pero que la Vane les gusta de verdad y harán lo que sea por conquistarla. La tronista, por su parte, descarta a esta porque no le ha gustado lo que ha dicho, a la otra porque «es que» físicamente no es su tipo, a la otra porque le ha parecido una chula y ella lo que quiere es compartir su vida con una mujer sencilla y amante del hogar, a la otra porque trabaja de *stripper* en un local de ambiente y seguro que está aquí para promocionarse, a otra porque es demasiado masculina. Y lo dice así, tal cual:

—Es que me parece muy machorra y a mí si me gustan las mujeres, pues, lo que quiero es una mujer y no un tío con tetas.

El comentario levanta una oleada de críticas, abucheos, manifestaciones de apoyo, réplicas y contrarréplicas, avalancha de comentarios en las redes sociales, mails y SMS despiadados, gritos, protestas, pitos, palmas. La dirección del programa se frota las manos. Es un exitazo, un auténtico exitazo, los niveles de audiencia están subiendo como los termómetros en una epidemia de gripe. Enia recibe la información por el pingajillo y una orden: «Sigue por ese camino. Que se peguen si es posible. Dales caña, Enia, dales caña». La presentadora está aturdida, ella preferiría serenar los ánimos y es lo que va a intentar cuando alguien del público lanza un objeto contundente no identificado que le da justo en la cocorota. Cae al suelo inconsciente, la reaniman dándole a oler algo que no huele a nada, pero le enfría las pituitarias y le provoca unas cosquillas que le hacen abrir los ojos y encontrarse de morros (nunca mejor dicho) con el hocico de Pino, su trufita húmeda y fría y su lengua lamiéndole las

fosas nasales. Nota también que le cae un hilillo de baba por la comisura de los labios. En el televisor, una de esas reyertas que tan a menudo se ven en pantalla. Por los altavoces, gritos y abucheos, los mismos que Enia oía en el sueño.

En realidad, no sabe cómo será el programa, todavía no le han dicho qué fórmula (Les) han inventado para tan normalizante y atrevida emisión. ¿Habrá trono? ¿Y serán una o varias tronistas? ¿Tendrán que someterse a pruebas físicas o de habilidad para conquistarse? ¿Les harán un test de afinidad? ¿Les pedirán la exhibición de alguna que otra gracia? ¿Les exigirán que den espectáculo para ganar audiencia? A lo mejor lo montan como un concurso en el que han de demostrar su nivel de cultura Les.

Primera pregunta: ¿Quién escribió *El pozo de la soledad*?

Radclyffe Hall Djuna Barnes María del Monte

Segunda: ¿Cuánto tiempo tardan de media las lesbianas en iniciar la convivencia?

1 semana 3 meses 2 días

Tercera: ¿Dónde nació Safo?

En Atenas En la isla de Lesbos En Santa Coloma de Gramenet

Así hasta completar un espléndido elenco que dará como recompensa, a quien más preguntas haya acertado, la posibilidad de alcanzar el trono y recibir, aceptar o rechazar a su gusto, a todo tipo de pretendientas. Y como premio, no se lo pierdan, si consiguen formar una pareja estable, serán obsequiadas con una ceremonia nupcial oficiada por la consejera de Acción Social del Gobierno Central y un viaje de Luna de miel a donde ellas elijan (siempre que sea dentro de un perímetro económico limitado), además de una consulta gratuita a una clínica de reproducción asistida. ¿A que es tentador?

Antes de meterse en la cama, Enia se toma la pastilla. Sabe por experiencia que ese sueño pesado, incontrolable en el sofá se convierte en angustioso molinillo en cuanto está entre las sábanas. No decide nada. Mañana será otro día.

La tarde siguiente, se encuentran en casa de la señora Paquita. Enia ha ido a buscar a la Nona, Amanda lleva a la *tieta* Pili y la Noe con Max y el gato están ya allí haciendo compañía a la abuela. Antes de exponer la propuesta, la Noe, muy prudente, sirve una merienda a base de pastas de té de una pastelería del barrio que hace productos sin azúcar y con harinas integrales. Las acompaña con una enorme tetera de Rooibos. Con Gabriela ya han hablado y no solo está de acuerdo en las condiciones, sino que, además —ha confesado—, este trabajo le viene como un regalo del cielo; pero no se presentará hasta que no sepan cómo encajan las ancianas la iniciativa.

El té va cayendo en las tazas, las pastas desaparecen del plato:

—¡Qué ricas! —dice la Nona que apenas prueba el dulce en la residencia.

—Un poco sosas —replica la Pili, más habituada a los manjares caseros.

El tema de conversación, cómo no, es el programa de anoche en la radio; lo entrañable que fue la entrevista y lo bien que estuvo la *tieta* Pili.

—Me atranqué mucho —se excusa ella.

—¡Qué dices! Si parecía que habías hecho radio toda tu vida —la elogia la locutora.

—Además —añade la Noe—, tienes una voz muy bonita, muy dulce. De verdad.

La señora Paquita y la Nona no la escucharon, qué pena, una porque está muy depre y a esas horas prefiere irse a dormir; la otra porque en la residencia no le dejan escuchar la radio después de las diez. ¡Manda narices!

—¿Y hablaste de los tiempos de la dictadura?

—Pues sí, pues sí. Y también he denunciado el poco caso que nos hacen a las mujeres mayores, cuando nos tendrían que estar rindiendo homenaje, que les hemos abierto muchas puertas nosotras a las jóvenes de ahora.

—Qué razón tienes —dice la Nona con una leve inclinación de cabeza y alargando la mano para agarrar otra pasta de té—. Con todo lo que pasamos y todo lo que hicimos. Yo también podría contar muchas cosas de aquella época.

A partir de ahí, la Nona y la Pili se enfrascan en una conversación…, mejor dicho, en un mano a mano de anécdotas que las lleva a identificar, si no amigas, sí conocidas comunes, escenarios compartidos y aventuras similares. La Noe sufre por lo que pueda pensar su madre, que bastante tuvo ya con aceptar la condición de su hija, la falta de paternidad de su nieto y ese nombre tan poco cristiano que le pusieron. Se lanzan miradas cruzadas entre ella, Enia y Amanda. Pero la señora Paquita se ríe con las aventuras de sus congéneres y, aunque apenas participa, se anima tanto que hasta le pide a su hija:

—Anda, nena, saca el Anís del Mono que nos entonará un poquito.

—¿No tienes coñac? —se atreve la Nona rememorando viejos tiempos.

Sacan copas y botellas y ya lo creo que se entonan. Al poco rato, la euforia se ha apoderado de todas —incluido el gato—, las risas se desatan y, como una cosa lleva a la otra, la Pili se lanza a contar historias más subiditas de tono, más picantes, en definitiva.

Mientras tanto, en casa de Lola y Rosa tienen liada una bronca de campeonato. Las madres han descubierto que la gastroenteritis de

Clarita venía de un empacho de Donettes y a Rosa casi le da un patatús. Se oye un grito huracanado:

—¡Lunilaaaaaaaaaaaaaa!

Se sientan las cuatro en corro para reflexionar, con lo poco que le gustan a Lunila esas sesiones en las que siempre acaba cediendo ella. Para más inri, en esta ocasión, la reflexión acaba con reprimenda y, de postre, un castigo:

—A tu habitación y esta tarde no sales —dice Lola.

—¡Eh! Y sin rechistar —añade Rosa.

La sanción obliga a todas a quedarse en casa la tarde del sábado. Lunila aprovecha para seguir leyendo *A Terra 2*, parece que ya ha llegado a la parte que más le interesa. Clarita espera su oportunidad jugando a hacer de mamá con sus múltiples peluches y Lola y Rosa, algo aburridas, se echan en el sofá y, a falta de nada mejor que hacer, repasan al personal.

Rosa no ve muy claro lo de las ancianas, pero, en fin, habrá que darles una oportunidad. A la Noe la encuentran muy alterada.

—Normal —dice Lola—, con lo que le está pasando y eso de tener que afrontarlo todo ella sola, la pobre.

—Enia y Amanda, en cambio —apunta Rosa—, andan muy coordinadas últimamente.

Pues sí, Lola también se ha fijado.

Y tienen razón. Tras el delicioso fin de semana que pasaron con Pino —es decir, con muchos pinos alrededor de la casa de Canovelles y con el perro Pino de compañero excursionista—, sienten una gran complicidad. Coinciden en casi todo, incluso en el estilo. Para situarnos, ninguna de las dos tiene rasgos de los considerados masculinos, pero sí una bonita pluma. Comparten gustos literarios y cinematográficos. Les agrada discutir: pero lo que más les gusta es reírse. Tienen un sentido del humor muy afín. Juegan con las palabras, hacen tonterías y se toman el pelo la una a la otra. Han llegado a crear una especie de competición tácita a ver quién es más ocurrente, a ver cuál de las dos pilla a su «adversaria», a ver quién cuela el mejor gag, quién cuenta la anécdota más graciosa. En más de una ocasión, les faltan tisúes para enjuagar tanta risa. Para mayor satisfacción, se han dado cuenta de que pueden pasar muchas horas juntas y no se cansan, no se agobian, se respetan los espacios, se acompañan. En definitiva, Enia y Amanda tienen muchas cosas en común, pero… no se desean. ¡Ooooh, qué pena, no podrán formar una pareja!

—¿Y por qué no? —dice una Lola con tintes alternativos.

Rosa lo ve claro:

—¡¿Una pareja sin sexo?! Eso es imposible. Es que, entonces, ya no es una pareja, es… pues una amistad. Nada más.

Lola se rebota y salta:

—Oye, ¿y tú y yo cuánto tiempo hace que no…?

—Pero es diferente, mujer.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque tenemos a las niñas.

Es cierto. De hecho, cuando Lola siente la opresión del hastío matrimonial no se plantea la separación por no hacer sufrir a las niñas; que mismamente, en este preciso instante, se están chinchando la una a la otra. Clarita ha descubierto el punto débil de su hermana. Se esconde tras la puerta de su habitación mientras la otra se desnuda y, en cuanto la camiseta va fuera, aparece como una rana saltarina y canturrea:

—¡Tiene tetas, tiene tetas!

Lunila pierde los nervios. Agarra a la cría del pescuezo. Le tapa la boca con la camiseta que se acaba de quitar. Se oyen golpes. Acto seguido, un grito:

—¡Lunilaaaaaaaaaaaaaa!

Y hala, otra vez a reflexionar.

La noche en casa de la señora Paquita acaba en fuegos artificiales. Han recibido la propuesta de convivencia como una auténtica salvación. Incluso la madre de la Noe que era la que tenían más dudosa y deprimida apoya la iniciativa.

—Mejor que ir a una residencia, desde luego —ha confesado.

La Nona, ansiosa por salir de donde está, no ha dudado en secundarla:

—Y que lo digas. Si yo te contara…

La única que ha puesto un tímido pero ha sido la Pili:

—¿Y si no nos entendemos, qué?

Pero la Nona ha replicado en el acto:

—Pues hacemos por entendernos. Como un matrimonio —y tras unos instantes ha añadido—… de tres.

Han hecho un brindis.

Qué bien, el proyecto tiene visos de futuro. Qué contentas están todas, tanto que, a la hora de despedirse, no hay quien las separe. Si van a vivir juntas, a ver por qué no pueden quedarse esa misma noche, con lo bien que están.

—Porque tenemos que organizarlo un poco y avisar a Gabriela… — intenta explicar Amanda, pero una *tieta* Pili bastante piripi la interrumpe:

—Oye, que no necesitamos a nadie —y busca confirmación en la Nona, a quien, por cierto, no para de tirar los tejos—. ¿Verdad que no?

Ella, por su parte, bastante achispada también, se niega a volver a su encierro y organiza una pataleta allí mismo. Para colmo, la señora

Paquita aduce que si aquella es su casa puede invitar a quien le dé la gana. Y a la Noe por poco no le da un síncope al ver a su madre tan lanzada. Por fin, Enia, con sus dotes de mediadora, consigue serenarlas a todas.

—Lo vuestro sí que es tener espíritu bollero —las amonesta—, acabáis de conoceros y ya babeáis por vivir juntas —y sigue con una sarta de argumentos para convencerlas de que esa noche lo mejor es descansar y recapacitar sobre el tema a fin de organizar el plan lo mejor posible; que conviene dar, al menos, una semana de margen tras avisar a la familia de una, a la residencia de la otra y a la entregada Gabriela para que se instale, y que las cosas importantes hay que hacerlas con calma.

—Como si nos quedara mucho tiempo —refunfuña la Pili sin oponer ya más resistencia.

La Noe con Max y el gato pasarán la noche haciendo compañía a la abuela. La Pili dormirá otra vez en el piso de Amanda, tal como quería, y la Nona, ya en la calle, solas Enia y ella camino de la residencia, agarra un berrinche porque:

—Cómo vas a dejarme otra vez ahí si eso es como llevarme a un cementerio viviente.

Tras unos momentos de cavilación valorando las circunstancias y dando rienda suelta a sus emociones, Enia saca el teléfono móvil.

—Está bien —dice marcando el número de la residencia—, esta noche te quedas a dormir en casa.

La Nona no dice nada, solo se cuelga del brazo que a Enia le queda libre.

Al día siguiente, la bronca tiene lugar en casa de Max, en el salón, para ser exactas.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano y quejándose de lo mucho que le cuesta, la hermana de la Noe ha aceptado quedarse con la abuela. De este modo, ella, el crío y el gato han podido regresar al hogar.

Es el gato, precisamente, quien provoca la discusión y no porque sea pendenciero, que no lo es; todo lo contrario, sus aficiones son dormir, comer y algún que otro juego no muy exaltado, ya que se asusta con bien poco. Y no ha mostrado, en ningún momento, interés por el vandalismo o la caza como otros y otras de su misma especie. Incluso la Noe, en algún momento comentó que «menos mal que no hay ratones en casa porque, si nos tuviéramos que fiar del Quasigato este, parecería el barco de Nosferatu». No, el pobre minino no ha destrozado nada, ni siquiera se hace las uñas en el sofá, es tranquilito y buenín, pero le están apareciendo… mejor dicho, le están creciendo los cataplines de forma peligrosa y la Noe advierte que la próxima semana habrá que llevarlo a perder su virilidad.

—¡Pero, mami, pobrecito! —protesta Max y agarra un berrinche por

los cojoncillos del gato que a punto está de provocar una escisión materno-filial.

En esto que llega Lunila rebotada de su situación familiar justo a tiempo para escuchar el discurso de la Noe sobre la necesidad de castrar al minino. Por supuesto, hará piña con Max.

—Hay que esterilizarlo —dice la sufrida madre— para que no se estrese y se ponga a marcar territorio por toda la casa. El olor de macho en celo es repugnante. Y le hacemos un favor: estará mucho más tranquilo, no se escapará y evitaremos peleas y enfermedades venéreas.

—Cómo no va a estar tranquilo si será un eunuco —replica Lunila —. Se engordará como un cerdo. Y ya me dirás por dónde va a escaparse si no tenéis terraza; además, los gatos son territoriales.

Habituado al sistema asambleario, Max reclama:

—No hemos votado. Si la mayoría no queremos caparlo, ¿qué?

La Noe lo tiene claro:

—Que mi voto vale por cuatro: uno por ser tu madre, dos por jefa de la manada, tres porque pago el alojamiento y sustento tanto suyo como tuyo y cuatro porque os doblo la edad. ¿Te parece democrático?

Max: —No.

La Noe: —Pues me da igual.

Cuando Lunila explica en casa la injusticia que van a cometer con el pobre Quasigato y solicita el voto desfavorable de sus madres para hacer presión, se encuentra con un muro infranqueable: ambas están de acuerdo con la Noe y sus argumentos coinciden al completo con los ya expresados.

—Tómatelo como una reasignación de sexo —le dice Lola con intención de serenarla un poco. Confía en que, por esa vía, la chiquilla lo encaje mejor y acepte la situación sin sufrir demasiado por el futuro del castrado, pero en lugar de eso Lunila se revela aún más.

—¡Ah, muy bonito! —protesta—. El gato sí y yo no.

Días más tarde y ya sin remedio, Quasigato es llevado a la consulta de la veterinaria para consumar su transformación. En una breve y precisa maniobra pasará de ser macho en ciernes a convertirse en biofelino tecnomaricón.

—¡No hay derecho! —es lo último que berrea Max cuando la Noe lo mete en el trasportín.

Durante el proceso de recuperación, que dura apenas un día, el grupo en pleno apoya al mutilado. Le llevan latitas de delicias para gatos y *gourmet* felino, chuches vitaminadas, galletas, barritas de clorofila, croquetas anti sarro, *snacks* variados y una ratita de peluche. Max lo tiene todo el día en brazos y cada vez que le ve la herida siente tal congoja que se le contrae su propia y todavía incipiente dotación. Lunila es la que más soporte moral da al convaleciente:

—No te preocupes, que una cosa es el género y otra es el sexo —le dice acariciándole la cabeza aún borracha por efecto de la anestesia—. Yo también me someteré a una transformación fármaco-tecnológica en cuanto sea mayor de edad. Ahora no me dejan. La vida es así de injusta.

Lola y Rosa, en especial Lola, se desesperan.

La Noe comenta:

—¡Qué mal repartido está el mundo! A Max eso ni se le pasa por la cabeza, con la ilusión que me haría.

Estrenado el mes de marzo, el tiempo cambia. Entra un anticiclón, el sol se impone y, aunque el frío es aún intenso, las almas meteopáticas intuyen que la primavera no tardará en hacer su aparición. Eso siempre hace subir las endorfinas y ya se sabe que la hormona se contagia. O sea, coinciden todas en que no podrían haber elegido mejor momento para poner en marcha la comuna octogenaria.

Como el piso tiene tres habitaciones dobles y una individual muy pequeña, ha habido que reorganizar los espacios. La señora Paquita, claro está, conserva su estancia. Es amplia, exterior y con balconcito. Otra de las dobles la ocupará Gabriela, quien ha hecho una propuesta, en principio chocante, pero que tiene pinta de ser muy beneficiosa para todas: se trae a su novia.

—Nos lo podríamos combinar para que las señoras tuvieran compañía siempre que fuera necesario. Y a cambio solo del alojamiento —argumentó Gabriela—. Es que el tema vivienda está muy malo y como ella trabaja de *free lance*, pasa mucho tiempo en casa. Además, Liliana es muy dulce y les cocinará unas sopas criollas, unos alfajoritos de miel y un arroz con pollo, que van a chuparse los dedos.

Dijo esto último para darle más fuerza a su exposición, pero viendo la cara de la Noe contraída por el exceso de azúcar, grasa y proteína de la propuesta, tuvo que aclarar:

—Todo muy *light*, por supuesto.

Nadie ha puesto objeciones, más bien todo lo contrario, lo consideran una suerte y un muy buen presagio. Incluso la Noe canturreó en un ataque de optimismo.

—Lo que bien empieza…

La habitación individual la han dejado como vestidor y la otra doble la comparten la Pili y la Encarna, o sea, la Nona, que desde que está en la casa, y como ella dice, ha recuperado su nombre de soltera. No hay que ser una lince para percibir que, desde el inicio, se cuece algo entre ambas. Amanda hace días que viene observando a su tía y la ve más rejuvenecida, más lozana y mucho más ágil. Y no es solo por el cambio de hábitat; está todo el día Encarna p'aquí, Encarna p'allá. Así que decide echarle un cable. En una visita rutinaria y con una excusa

solvente, se encierra con ella en la habitación. La estancia es bastante espaciosa, interior pero con mucha luz, una cómoda y dos camitas separadas por una mesilla de noche. Le dieron una mano de pintura antes de que se instalaran y ahora luce pulida, con sus objetos personales ya situados, acogedora y cálida. Tras unos minutos de conversación banal sobre si hace falta esto o habría que cambiar lo otro, Amanda ataca:

—Bueno, y tú con Encarna ¿qué?

—¿Qué de qué? —finge la Pili sin muchas dotes de interpretación.

—Va, *tieta*, que se te nota de una hora lejos que te gusta. Si hasta los ojos te hacen chiribitas cuando la miras —la Pili se encoge de hombros y desvía la mirada—. ¿Aún no habéis dormido juntas?

—Está al caer —confiesa doblando un camisón para entretener el apuro.

—¿Y ya estás preparada?

—Para eso o nunca o siempre se está preparada.

—Pues, mira, por si acaso, toma esto —Amanda saca del bolso un par de sobres de gel lubricante, que siempre lleva por ese mismo «si acaso» (aunque hace meses que no se da el caso, pero no hay que perder la esperanza), y se los entrega diciendo: —A partir de una edad, la sequedad vaginal es lo que impera y este es el mejor remedio. A ti no sé si te llegó, pero las de mi generación lo usamos a saco.

La *tieta* no se escandaliza:

—No, si ya había oído hablar yo de esto ¿o tú qué te crees?

Amanda no puede reprimir una sonrisa que disimula abriendo uno de los sobres y dándoselo a probar.

—Tócalo. Es agradable, ya verás. Y hasta puedes chuparlo.

Ahora es a la Pili a quien se le escapa una risita pícara:

—Mira que eres, ¿eh? Quién nos iba a decir que un día íbamos a estar tú y yo aquí, con esto, ¿verdad? —mientras habla, introduce los dedos índice y corazón, huele el ungüento, lo cata con la lengua, finalmente sentencia—: Me recuerda lo que yo me sé.

Amanda sonríe, esta vez sin tapujos.

—Anda, quédatelos, que me da a mí que los vas a necesitar muy pronto.

Eso ocurre justo el día antes de que Amanda viaje a Londres. Al regresar (allí el tiempo era infernal) la recibe una noche plácida, de frío seco y cielo estrellado. Ha dejado el coche en el aeropuerto, en el *parking* de larga estancia. En escapadas de una o dos noches, le sale más a cuenta y, además en esta ocasión, llegaba demasiado tarde; tomar una combinación con transporte público la retrasaba mucho y al día siguiente hay que madrugar.

Encuentra a Pepito intacto y en su sitio. Abre la puerta, coloca la maleta en el asiento posterior, se sienta al volante, inserta la llave de

contacto y se dispara la radio de forma automática. Suena *This kiss* de Faith Hill, eso la anima. En cuanto acaba la canción, aparece la voz de Enia anunciando las actuaciones musicales previstas para la próxima semana. Es el momento de la miscelánea. Su colaboradora, una voz joven y jovial, bromea con ella. La conversación es amena, da buen rollito. De nuevo, Amanda siente deseos de saludar a «su amiga», eso de poner la radio y encontrarse con una voz conocida danzando por las ondas, hablándole, de algún modo, a ella, la hace sentirse acompañada. Esta vez se decide a hacerlo, ya hay confi. Desde el aeropuerto mismo le envía un mensaje, cuando enfile la autopista ya no parará hasta llegar a su casa: carretera de Castelldefels, Ronda Litoral, salida Poblenou y directa al garaje, así que, mejor hacerlo ahora. Hace un primer redactado: «Qué agradable es encontrar tu voz al volver a casa». ¡Mmmm, no le convence, es demasiado directo! Cambia «tu voz» por «una voz amiga» y lo lanza. Ya está. Arranca el motor y sigue escuchando las propuestas culturales, luego el horóscopo y por fin el tiempo. A las once en punto, conectan con las noticias. Es el momento en el que la locutora sale del estudio, va a hacer un pis, estira las piernas y mira su móvil. El coche de Amanda enfila la Ronda Litoral. Hay una ligera bruma, nada preocupante: han anunciado que el anticiclón seguirá instalado sobre la península ibérica durante varios días. Acabadas las noticias, suena de nuevo la voz de Enia.

—Estás en Canal Municipal fm, la emisora que te acompaña. Si nos escuchas desde el trabajo, desde tu casa, desde el coche, quédate con nosotras; si acabas de regresar a tu ciudad, bienvenida a casa. Esto es *Voces en la Noche*, tu programa.

Amanda sonríe. Sí señora, eso ha sido un guiño en toda regla.

¡Qué bien! ¡Qué bonito todo! Parece evidente que la llegada de la primavera disipará las brumas invernales, aclarará los corazones y, de alguna forma, las hará renacer a todas.

Pero, ¿y Adela? ¿Qué ha sido de ella?

Sintetizando (para no ensombrecer este prometedor momento con narraciones ingratas): ni ha aparecido ni aparecerá. No ve nada claro el proyecto de convivencia senil.

—Estáis locas —dijo en su día—. ¿A quién se le ocurre? No durarán ni medio año, además, ¿quieres decir que legalmente es factible? —y se mostró muy reticente a colaborar en el terreno económico—. Es que yo, ahora, tengo muchos gastos. En casa somos dos, vamos a tener que hacer reformas, Mireia está pasando por un momento delicado y, encima, con la crisis que hay… Y, claro, yo en esta etapa de mi vida, como es lógico, tengo otras prioridades.

—No te apures —la tranquilizó Enia—, ya sabemos que en el mercado de valores emocionales una novia cotiza siempre mucho más

que la mejor amiga.

En definitiva, Adela se desvincula del grupo y se centra en lo importante, el santísimo objetivo, aquello por lo que ha luchado a lo largo de toda su existencia y, por fin, ha conseguido. El amor ha vuelto a triunfar.

¡Enhorabuena, Adela! Ahora, ya sabes, te toca cuidar el nido, empollar a tu pareja con perseverancia y con ahínco, y pedirle al cielo que no salga nunca del cascarón, no sea que aflore el pollo que lleva dentro, le crezcan las alas y eche a volar. ¡Sería tan pesado tener que buscar, de nuevo, pájara por Internet!

Capítulo 14
Un trozo de mundo

Último sábado de marzo. Esta noche cambian la hora. A las dos serán las tres, las tardes se alargarán y la serotonina florecerá en los sistemas nerviosos centrales cual lozana margarita en fertilizado jardín. Un intenso olor a primavera inunda el aire, las copas de los plátanos rebrotan de un verde tan esperanzador como incipiente y el polen se frota las partículas (a falta de manos) con intención de atacar a toda alérgica que se le ponga por delante. A partir de hoy, el vestuario será otro y eso implica una festiva reestructuración de los armarios. En casa de Lola y Rosa hay montado un auténtico campamento de prendas de vestir. El salón y las habitaciones están sembradas: a un lado las de entretiempo y verano, al otro las de riguroso invierno. La única que no participa hasta el momento es Lunila que sigue tumbada en la cama, con el pantalón del pijama y la chaqueta de un chándal, leyendo las últimas páginas de *A Terra 2*. Se oye un grito habitual ya en el tierno hogar:

—¡Lunilaaaaaaaaaaaa! Quieres hacer el favor de venir a colocar tu ropa.

Pero cómo va a abandonar la lectura a tan pocas páginas de conocer el desenlace final. Es demasiada fascinación, demasiada intriga, imposible dejarlo; y, encima, para ordenar ropita.

—Ahora no puedo —berrea desde el lecho.

Tiene que entrar la sufrida madre biológica en el cuarto de su hija, tener un tira y afloja con ella y, al final, imponerse.

—Ya acabarás de leerlo después de comer, que tienes toda la tarde para hacerlo y la ropa no se va a colocar sola ni se va a quedar ahí todo el día. Lunila, por favor, sé razonable.

Rebotadísima, la cría obedece. Abre su armario, saca todas las prendas que hay que retirar, se va hacia la ropa que hay que colocar y todo lo que huele a chica (sea de verano, invierno, primavera o entretiempo) lo mete en la bolsa destinada al contenedor de ropa usada reciclable a cargo de una ONG. La disputa no tarda en hacer su aparición.

—Pero, si esa blusa está perfecta —protesta Lola—. Y… oye, ¿no pensarás tirar el vestido de las ceremonias? —y al poco—: Lunila, por favor, el chaleco de flores que te regaló Rosa, no se te ocurra deshacerte de él.

Pero no hay nada que hacer y muy mal lo tienen estas madres que toda la vida han dejado elegir vestimenta a su rebelde vástaga.

—Si a mí —argumenta Lola— que te pongas lo que te gusta me parece muy bien, pero, Lunila, es que me pone de los nervios verte siempre con esas pintas de quillo.

La madre biológica está biológica, psicológica y moralmente desesperada, pero a la cría parece no afectarle.

—¡Hala, pa la Humana! —gruñe arrastrando el saco hacia la puerta —. Y que lo aprovechen las niñas árabes y ecuatorianas y bielorrusas que no tienen nada que ponerse y estarán súper contentas con este saco de cursiladas.

Lola se rinde por agotamiento. Y concluye, en derrota, un litigio de difícil conclusión; al menos por un tiempo.

—De verdad, Lunila, que acabarás conmigo.

La Noe ha ido al mercado. Max no ha querido acompañarla, ha preferido quedarse en casa dándole a Facebook; y más ahora que la madre le ha restringido el tiempo de conexión a tres horas diarias.

—¡Qué poco! —se queja.

Pero como es un chico práctico, no invierte más energías en la protesta y se mete a resolver sus asuntos sociales. Tampoco le preocupa demasiado, la madre no lo sabe —porque, según él, no se entera de nada—, pero desde su móvil también puede conectarse y seguir los eventos que van acaeciendo entre su camarilla a cualquier hora del día.

Regresa la Noe con el carrito de la compra lleno de víveres, los coloca en su lugar y, mientras dobla una pila de ropa recién salida de la lavadora, se pone melancólica. Ahora ya no tienen el compromiso de ir las tardes de los sábados a visitar a la Nona a la residencia. Ahora, madre e hijo tienen libres las tardes de los sábados y a la Noe le encantaría compartirlas con él, pero ya ve que cada vez lo tiene más crudo. Sin mucho convencimiento, se atreve a preguntarle:

—¿Qué haces esta tarde, Max? ¿Te apetece que vayamos a…? —no puede acabar la frase.

—He quedado con mis colegas para ver el partido del Barça.

—¡Ah! ¿Hoy juega el Barça? —se extraña ella y lanza la pregunta con una muy remota esperanza de que haya un error y el chaval se quede en casa.

—El Barça de básquet, mama, que no te enteras.

A ella lo que de verdad le gustaría es rememorar una de aquellas actividades con las que tanto disfrutaban cuando el chiquillo era pequeño. Pero a ver quién es la guapa que le propone pasar la tarde en el parque de atracciones o, aún más ingenuo, en el zoo. Si ya ni las películas del cine van a verlas juntos. Tendrá que hacerse a la idea. Cada vez será más independiente, estará más lejos y ella se sentirá un poco más sola, menos necesaria —¡ojo, que empieza el ciclo autocompasivo!—, «y todo lo que me he perdido por el camino, quién me mandaría a mí tener un hijo sola». Se prepara para lanzarle desairada un: «Pues muy bien, vete con tus amigos y a tu madre que la zurzan». Pero en lugar de eso, como impelida por un extraño arrebato

de añoranza, va y suelta:

—Podríamos ir a las golondrinas.

Tal como se oye, se dice a sí misma: «esto sí que es un suicidio maternal en toda regla» y canturrea en su interior la conversación que está a punto de tener con su hijo. «Ahora dirá: Sí, hombre, y qué más. Y yo replicaré: De hombre nada. Y no te saldrá urticaria por compartir una tarde con tu madre. Y él saltará: Pero es que yo ya no soy pequeño, mami, que no te enteras de nada. Y yo le diré:…»

Para su sorpresa, Max exclama:

—¿Con un bocata de chorizo, como cuando era pequeño?

—Claro —responde rauda.

—Pero a las ocho estamos de vuelta para ver el partido, ¿vale?

A la entregada madre no se le saltan las lágrimas porque no le da tiempo. Se pone en marcha cual centella y se va a la cocina a prepararle el bocadillo antes de que el chiquillo se arrepienta. Entre nevera y fogones, mientras descongela el pan y corta el chorizo en lonchas finas, la Noe suspira: «No todo está perdido, no todavía, no del todo». Y ya que estamos, aprovechando la buena disposición de su hijo, se aventura a dar una vuelta de tuerca más:

—Oye, Max —vocifera desde la cocina al tiempo que raja un tomate por la mitad y unta con brío la miga del pan—. ¿Y lo de apuntarte al taller Queer con Lunila no te lo vas a replantear?

—¡Jo, mama, qué plasta eres!

Enia y Amanda han quedado para tomar el vermú. El tiempo es apacible, luce un sol tibio y el viento está en calma, por lo que se aventuran a sentarse en una terraza de la Rambla del Poblenou, así Amanda podrá fumar. Ante un despliegue de cervezas, patatas fritas y boquerones, se pasan el parte.

—¿El viaje a Londres? Bien, bien, pero tenía ganas de volver. ¡Ah!, por cierto, gracias por el guiño radiofónico, me hizo mucha ilusión —Enia acepta el agradecimiento con una sonrisa, Amanda continúa—. ¿Y tú en la emisora qué tal? Oye, por cierto, ¿y lo del programa de la tele?

—Pues, no hay mal que por bien no venga —suspira la locutora—. Con el cambio de gobierno, les han dejado sin presupuesto, así que, al final, no se hará.

—¿Te felicito o te doy el pésame?

—¿Tú qué crees?

Hacen un brindis y pasan al tema estrella. ¡Quién iba a pronosticar que apañarían tan bien a las abuelas! Y, por lo que se ve, están de maravilla, incluso la madre de la Noe. Es que Gabriela y Liliana son encantadoras. Y Encarna y la Pili, tremendas, que, por cierto, el otro día… Amanda le cuenta la escena de los sobrecitos.

—… y, la Pili —finaliza—, no te lo pierdas, se hizo la chula

diciendo que ya conocía el lubricante, pero estaba roja como un tomate y lo exploraba con una curiosidad…

Se ríen.

—¿Pero cogiste el gel a propósito? ¿Ya te lo olías? Porque yo no me lo habría imaginado en mi vida. ¡A esas edades!

—No —responde Amanda blandiendo una patata—, siempre llevo un par en el bolso por si cae algo, pero la cosa está tan mal que acabo tirándolos porque se me caducan.

Enia pincha un boquerón con cierta dificultad, los filetitos están enganchados por la cola y tiene que hacer malabarismos para separarlos y poder meterse uno solo en la boca.

—Sí —comenta concentrada en la maniobra—, yo hace tanto tiempo que no estoy con alguien que el día que me toque no sabré ni qué ni cómo hacerlo.

Amanda pincha el filete de boquerón sobrante para ayudarla a separarlo y, como quien no quiere la cosa, deja ir:

—Bueno, bueno, tú porque no quieres.

¡¡Ting, ting, ting!! Ha sonado una campanita en algún sitio. Una campanita que pone a Enia en alerta. Se le atraganta el boquerón. «Eso no será un intento de seducción, ¿no? A esta tonta no se le ocurrirá estropearlo todo tirándome los tejos, ¿verdad, que no? Con lo bien que estamos ahora siendo amiguitas —bebe un sorbo… qué digo un sorbo, un santo trago de cerveza para aclararse la garganta y eliminar ese sabor a vinagre que le ha dejado el maldito boquerón a la entrada de la faringe—. Porque no saldría bien —sigue diciéndose a sí misma—. Y no saldría bien porque yo soy muy rara, muy impredecible y muy asquerosilla. No valgo para tener romances yo. Y tampoco sé si me apetece, la verdad —su soliloquio interior se va hinchando a medida que le da vueltas—. No vamos a joder una relación tan bonita solo por darnos un revolcón que, digo yo, con el tiempo que hace y lo oxidadas que estamos, no funcionaría ni por mucho lubricante que le echáramos —un poco alterada y muy desquiciada, porque la verdad es que Amanda, en firme, en firme, no ha insinuado nada. Enia sigue consigo misma—: ¡Que no todo el mundo tiene esas desaforadas ganas de follar, caray, que hay que ver cómo hemos sublimado el sexo! Que a partir de una edad, la libido baja y las prioridades son otras; que es que te hacen sentir como una bicha rara si no babeas por un polvo. Y desde que se ha puesto de moda el sexo duro, todo lo que no sea un *fist* es puritanismo. ¡Hay que joderse!» —piden otra caña cada una y terminan las patatas.

Durante el aperitivo, Amanda ha notado a Enia un poco rara. La ha acompañado hasta su casa y se ha quedado un poco confusa cuando le ha propuesto ir al cine juntas al día siguiente y ella ha respondido azorada:

—Bueno, sí, eso sí.

Amanda se ha reído de puro desconcierto y ha ratificado:

—¡Ah, bien, bien! Eso sí y otras cosas no. Lo tendré en cuenta.

Y se ha despedido con un «nos llamamos» y un par de besos en las mejillas que hoy, mira tú por dónde, han caído muy, pero que muy cerquita de los labios.

—¡Uf, Pino, qué sudores! —le confiesa Enia al entrar en su piso turbada y con la vejiga a punto de estallar.

Pino no se inquieta. Le resbala si su dueña ha sudado o ha tenido escalofríos. Solo cuando la ve triste se contagia, la cola se le hunde entre las patas, se le caen las orejas y a veces hasta se le humedecen los ojos, pero lo de hoy no va por ahí. Da igual lo que ella le diga. Pino capta su estado de ánimo por otras vías y hoy hay una profusión de feromonas que lo dice todo. Así que no se solidariza ni con los sudores ni con el aparente malestar. Todo lo contrario, da vueltas a su alrededor, la sigue al cuarto de baño, luego por toda la casa y hasta le lleva la pelota para que juegue con él.

—No, Pino, joder, que estoy de los nervios, ¿no lo ves?

Pino, que pocas veces replica, responde con un potente «¡¡Guau!!» que retumba en todo el edificio de apartamentos. Recoge la pelota, se la deja a los pies, se pone a dar vueltas, insiste:

—¡Guau, guau, guau…!

Enia se rinde. Agarra la pelotita y salen a la terraza a compartir durante un rato el mismo ritual: la tiro, no la tiro, ¿a la derecha?, ¿a la izquierda? Y el perro atento, con los ojos clavados en la bola iniciando la carrera, ahora sí, aún no, a la derecha, no que va a la izquierda. Hasta que sale disparada y él va detrás, la atrapa al vuelo, se la lleva, la deja a sus pies y otra vez:

—¡Guau!

Al siguiente ladrido, la vecina del cuarto protesta:

—¡Ya está bien con el puto perro, caray!

Y se acaba el juego.

En la sobremesa, las cadenas de TV más importantes reparten bofetadas y edulcoradas historias de amor con final feliz a partes iguales. La *tieta* Pili quiere echarse un rato y anima a Encarna a que la acompañe.

—¿Y no vais a ver la película? —refunfuña la señora Paquita.

Gabriela, que conoce el percal, echa un cable a las amantes en ciernes. Antes de comer, la Pili le pidió que la ayudara a juntar las camas.

—Déjalas que descansen —le dice removiendo la taza para deshacer la miel de una infusión que acaba de servirle—. Ya me quedo yo contigo, que tiene buena pinta esta película. Seguro que acaba bien.

—Pues, si luego por la noche no pueden pegar ojo, a mí que no me

busquen —comenta algo mosqueada.

La Pili, por su cuenta y, camino de la habitación, piensa que todo lo contrario, que por la noche no están ya para ningún trote y se quedarían fritas con solo mirar las sábanas. Y se ríe por dentro. Está un poco turbada aunque su orgullo no le permita reconocerlo.

—¡Anda! ¿Quién ha juntado las camas? —exclama Encarna al ver el escenario.

Se desnudan de forma metódica y lenta. La Nona siente cierto pudor y se cubre con una bata de seda nylon de una caída muy buena. La Pili, en cambio, opta por dirigirse al lecho como su madre la trajo al mundo, y sentada en el borde le dice:

—Quítate esa bata, mujer, que no hay nada que tapar.

Y Encarna la deja deslizar hasta el suelo a lo Marlene Dietrich. Entran ambas en la cama y, ahí sí, se cubren hasta la garganta. Tendidas boca arriba, el embozo a la altura de los hombros y las manos asomando como en un dibujo de cómic, a las dos les entra la risa y se giran la una hacia la otra cacareando, no está muy claro si de alegría o de puro apuro. Enseguida, se abrazan como dos ositos de peluche. Andan ambas preocupadas por si las lumbares o el reuma les juegan una mala pasada y también, hay que admitirlo, por si la falta de práctica estropea el asunto. Para darle y darse ánimos la *tieta* Pili manifiesta:

—Es como montar en bicicleta, que nunca se olvida y en cuanto le pillas un poco el tranquillo…

Encarna se siente reconfortada. Le apetece estar, al menos por un rato, agarrada así, sin más aspavientos, pero teme adormilarse y quedar como una vieja chocha justo en esta primera vez.

La Pili lo tiene más claro. Ella está para lanzarse al desenfreno aunque sea renqueando. ¡Oh —recuerda—, cómo se mojaba cuando era joven y un poco putón toda ella! Pero no se va a frenar por eso, tiene la solución en la mesilla de noche preparada para cuando llegue el momento. Se acomoda de lado, con las lumbares que no molesten, le rodea con un brazo el cuello a la Nona y con la mano libre inicia el serpenteo de caricias. Así pasan un rato, tocándose las pieles que, con el tiempo, se han vuelto más finas y de un tacto que recuerda…

—… un pétalo de amapola —dice la Pili.

Encarna se ríe, siente unas cosquillitas que le evocan el pedaleo de otro tiempo. Se ha ruborizado porque, aparte de la Mercè, solo tuvo un par de historias cortas y más bien sosas; en aquel tiempo no se lanzaban tanto como ahora. Y cositas así, tan tiernitas, tan de película romántica, le han dicho muy pocas.

—Si lo que parecemos es un par de uvas pasas, Pilar.

—A la vejez, viruelas —suelta la Pili sin cortarse un pelo.

Se inicia una estampida de besos y un circuito de caricias. La mano

de Encarna va a parar al inicio de las nalgas de su amante, allí donde acaba el coxis y se abre una pequeña cañada. A la Pili le hace cosquillas y siente ganas de orinar. Pero no es posible porque ha vaciado la vejiga, muy prudente ella, antes de entrar en la habitación. Encarna nota el roce de una mano en su pecho izquierdo y se estremece. Entonces se da cuenta de que esa sensación se parece mucho a la que le asaltaba cuando las hormonas se le disparaban a la luz de unos ojos bonitos: los de la nona Mercè en los primeros tiempos, los de la niña de tercero (dos cursos por encima del suyo), los de la profesora de latín y los de Ava Gardner en *La condesa descalza*. Es, resumiendo, lo más parecido a la excitación. «Como ir en bicicleta —se anima mentalmente—, como ir en bicicleta» y emite un leve gemido.

Las manos van bajando hacia los rincones escondidos, las simas, las cuevas donde la humedad, en sus tiempos, dejaba de habitar para hacer una crecida. Ahora ya no es lo mismo, ni a la Encarna ni a la Pili se les moja la gruta como antes, más bien todo lo contrario.

—Es que, de no usarla se seca, Pili, eso es lo que pasa.

—Claro, hace ya tanto tiempo, que aunque sepas montar, a la bici le falta aceite.

La comparación les provoca una risa floja.

—Qué payasa eres —dice la Nona.

—Pero tengo la solución —se gira hacia la mesita de noche donde tiene guardados los sobrecitos que le dio Amanda, blande uno con dos dedos y sentencia: —Vamos a ponerle Tres en uno al mecanismo.

Al estallido de unas carcajadas que tienen tanto de chirigota como de nerviosismo y vergüenza, sigue una serie de ¡chist! para acallarlas. Por fortuna, la televisión está encendida y la puerta de su habitación cerrada. Es difícil que llegue hasta el salón el rumor de sus afectos, pero toda precaución les parece poca. Nunca, en ningún tiempo, hicieron el amor sin un arraigado sentimiento de clandestinidad. Ni siquiera hoy.

Encarna ha enrojecido como una niña, pero no se le ve porque el tono de la estancia es una semipenumbra color miel. La escasa claridad llega desde la ventana que tiene detrás y deja su cara a contraluz. Tiene algo de divertido y algo de mágico porque, al sonreír, destacan sus dientes entre las sombras y parecen fosforescentes.

—Hija, es que en estos tiempos, tienen soluciones para todo —exclama tras los ahogos.

La Pili anuncia:

—Dice Amanda que hasta se puede chupar.

Como es el primer día, casi prefieren empezar por algo tradicional. Se untan los dedos con el gel del sobrecito y se acarician con cierto simplismo las zonas más excitables. La Pili se concentra en la

maniobra, lo único que le preocupa en ese momento es mantener la postura sin que las lumbares se quejen. Suspira hondo, como si quisiera atrapar todo el aire de la habitación. Baja la mano hasta la entrepierna rugosa y fofa de Encarna y esta se abre sin recato ni inconveniente.

Tocar y acariciar y frotar con los dedos impregnados en un gel que es gelatina de las diosas les parece a ambas algo gigantesco, inenarrable. A la Pili se le acelera un motor que llevaba años en *stand by* y unos cuantos minutos ya encendido. Encarna siente un mariposeo en la rabadilla y conforme se va excitando, más se agita. La Pili teme que se le desmonte, que se descuajeringue de un momento a otro, pero sigue. A punto, a punto de entrar en lo más parecido al clímax, Encarna, con mucho aspaviento, le murmura al oído:

—Tú también.

Y deja resbalar hacia el pubis de la Pili su mano untada hasta los nudillos.

En algún momento, ese cosquilleo que les ha puesto el clítoris en modo vibrador se acelera, sienten el traqueteo de la pelvis, se olvidan del reuma, de las lumbares y de cualquier posible achaque y, sin más dilación, estalla un pequeño seísmo que les recuerda éxtasis gloriosos. Agarradas como koalas, se mecen juntas durante unos minutos de embriaguez que les saben a pura eternidad.

La película de la sobremesa acaba de finalizar en un *happy end* incuestionable y más que previsible.

Tras un delicioso paseo con viento en calma y sol tibio, la Golondrina atraca en el puerto.

Amanda (no se lo cree ni ella) pone el punto final a su libro sobre las palmípedas en el paleolítico superior y, acto seguido, se sirve un chupito para celebrarlo.

Lunila llega también a la última frase del libro. El desenlace la deja desconcertada. Entonces, la protagonista ¿regresa a la Tierra o se queda en el planeta? Estos finales abiertos no encajan con aquello a lo que el cine y la literatura la tienen acostumbrada: al final, se casan; al final, se va; al final, se muere o nace o triunfa alguien. Todavía no sabe que el final de una historia es siempre el principio de otra. Pero la ficción ha dejado un sedimento en su atribulada y contestataria cabecita: ¿no podríamos crear aquí, en nuestro maltrecho planeta, un mundo parecido al que se describe en *A Terra 2*? Lunila tampoco sabe todavía lo que es la utopía. Cualquier día, alguien pronunciará esa palabra y ella, con su habitual tonillo de redicha, rebuznará: «Traducción de utopía».

Más o menos a esa hora las amantes octogenarias salen de la habitación, vestidas y acicaladas. Antes de abandonar la estancia la Pili se ha atrevido a decir:

—Esta noche, si quieres, probamos cosas más fuertes.

Abrochándose el último botón del vestido camisero Encarna, que ha tocado el cielo, replica:

—Mejor mañana, cuando hagamos la siesta, que esta noche nos roban una hora.

—Bueno, la que nos regalaron en octubre.

—Pero entonces no nos conocíamos —refunfuña la Nona—. Tiene delito. Justo hoy. Como si tuviéramos mucho tiempo para perder, nosotras.

La Pili le resta importancia y va a lo que va:

—Nos daremos un buen unte con cremas hidratantes, ya verás tú qué rico.

Tiene su guasa que sean precisamente estas dos quienes contradigan las rotundas tesis de Enia. Aunque hay que decir que ella tampoco ha perdido el tiempo. Tanta cerveza le ha producido un sopor que la ha dejado dormitando en el sofá, pero antes de perder la noción de la realidad, se ha acariciado hasta el orgasmo y se ha felicitado a sí misma porque hacía tiempo que no se abandonaba al onanismo y le ha funcionado a las mil maravillas. ¿Tendrán razón cuando dicen que es como montar en bicicleta? Se anima a sí misma pensando que, a lo mejor, en situación compartida tampoco hace tan mal papel.

El timbre del teléfono rompe su estado de duermevela y, aún con un remanente de hormigueo en el pubis, descuelga el auricular.

—Hola, Sonia, ¿cuánto tiempo? ¿Cuándo fue la última vez que hablamos?

—¡Uf! En octubre, cuando me enrollé con Nicky, la escocesa. ¿Te acuerdas?

—¡Ah, vaya! O sea que lo habéis dejado.

—Sí, ¿quién te lo ha dicho?

—Nadie, pura intuición.

—Pues sí chica, muy duro. Y además, la gente, tía, parece mentira. Todo el mundo a su rollo. Llamas y es aquello de… ¡eh!, ¿hay alguien ahí? Es como si dejaras de existir. Llevo todo el sábado intentando quedar con la peña y no hay manera, todo el mundo va a su puta bola y no te hacen ni caso. Pero con las propias colegas, ¿eh? No te lo pierdas.

—¡Increíble! —exclama Enia con sorna, pero Sonia no percibe la ironía, desata su incontinencia verbal y acaba proponiéndole ir al cine mañana. Las tardes de los domingos son tan duras…

Enia respira hondo y accede.

—Vendré con una amiga —le anuncia.

Al otro lado, la voz más festiva de Sonia exclama a modo de felicitación.

—¡Ah! ¿Tienes novia? ¡Qué suerte!

Enia no replica como desearía. Vuelve a tomar aire, esta vez para serenarse, le aclara que solo es una amiga y concretan película, cine y hora de la cita.

Diarios de Lunila: Plan bonobo

En el insti nos han enseñado el cambio climático, el calentamiento de la tierra y el efecto invernadero. Todo al mismo tiempo. ¡Qué bestias! Podían haberlo dosificado un poco. No entiendo cómo las G.A. han podido permitir que el planeta se esté desintegrando por momentos. ¿Y quién tiene que arreglarlo? Pues nosotras y las G.P. posteriores a la nuestra. ¿Y cómo? ¡Ah!, eso no te lo dicen, allá te las apañes. ¿Hay algún sistema para cambiar el clima y dejarlo como estaba? ¿Hay algún modo de enfriar la tierra? Y para deshacer el invernadero y dejar que el planeta respire a sus anchas, ¿hay algo? ¿Eh? No, no hay nada, nada de nada. Y si lo hay no lo van a hacer porque las grandes potencias son las que más contaminan y no les interesa, lo he leído en Internet en un sitio fiable.

Pero yo tengo un plan. La autora de *A Terra 2* me dio la idea. Ella dijo en el programa de Enia que si nos dejaran un trozo de mundo ya nos lo montaríamos, pero nadie nos va a dejar un trozo de mundo, así que habrá que conquistarlo. Hay muchos pueblos abandonados en zonas menos contaminadas. O sea que el plan es el siguiente: repoblamos uno de esos pueblos y nos hacemos con el poder. Como todas seremos nosotras mismas, nos votaremos en las elecciones y podremos ocupar todos los cargos de más mando. Eso fue lo que propuso y es factible, me he informado bien. He pensado en la Noe para ministra de Educación y en Amanda para Ciencia y Tecnología. La Nona, la *tieta* Pili y la yaya Paquita, que también vendrán, se harán cargo del *Casal d'Avis*, de las fiestas populares y de urbanismo, así seguro que no habrá barreras arquitectónicas. Me falta la de Sanidad. A mis madres no puedo ponerlas porque acabaríamos todas comiendo hierba y eso es lo más parecido a un rebaño. Creo que se lo propondré a la psicóloga que le gusta a Enia, se llama Katy. En un programa de la tele decían que la salud mental es muy importante para no ponerse enferma; la autora de *A Terra 2* también lo explica muy bien en su novela. Por eso, a ella la pondré de ministra de Cultura. A Clarita, en cuanto crezca lo suficiente, la propondré para concejala de Asuntos Exteriores, a ver si la envían a viajar mucho y bien lejos, así dejará de dar la lata. Mis madres que se dediquen a asuntos sociales que les va un montón. Adela me gustaría que dirigiera todo el tema de ecología sostenible, porque es una especialista, pero creo que no querrá formar parte del plan, desde que tiene novia no le hemos vuelto a ver el pelo. ¡Qué pena! Max llevará el cuerpo de bomberos y bomberas y el control forestal, con uniforme, que mola un montón. Y, por último, yo seré la alcaldesa, claro, y Enia mi asesora y primera ministra. Lo primero que haré será prohibir los roles de género. No habrá hombres ni mujeres sino personas y punto y cada cual actuará y se vestirá como mejor se sienta. Y si quieren hacerse trans, para eso está la cirugía. Yo seré la primera en quitarme las tetas y la regla. ¡Ah!, y falta Pino. A él le enseñaremos a encontrar personas desaparecidas y a detectar drogas, por si entran delincuentes en el territorio; será algo así como el jefe de rescates, porque no tendremos cuerpos represivos ni ejército. Eso sería como practicar la estrategia del erizo, que cuando ve venir un coche, en vez de echar a correr, se hace una bolita, saca sus pinchos, el coche lo atropella y a tomar por culo. Es mucho mejor funcionar como los bonobos que arreglan sus conflictos follando a saco.

Estoy segura de que, en cuanto vean que nuestro sistema funciona, harán lo mismo en otros pueblos. No estoy tan segura de que con eso conseguiremos frenar el cambio climático, la emigración clandestina, el tráfico de drogas, el armamento militar y las farmacéuticas, pero, al menos, en nuestro trozo de mundo toda la

gente tendrá casa y comida, lo necesario para vivir y una tribu, así que no nos pelearemos por conseguir el trozo de al lado.

Para celebrar la conquista del pueblo, la primera noche bajaremos al mar a ver el rayo verde. Un día que estábamos en la playa, Enia me contó que, si consigues verlo, a las personas que están contigo las amas durante toda la vida por los siglos de los siglos

En el reloj de la mesilla aparece un falso número dos. Son las tres de la madrugada. Apenas apaga la luz, Lunila cae rendida y entra en un sueño adolescente que no sabemos si recordará. Se ha olvidado de poner el punto final a este capítulo de su autobiografía. No tiene importancia. Su relato no tiene *end*, ni *happy* ni trágico, igual que el que tus ojos recorren ahora hasta la última línea (si es que lo hacen) y que ni siquiera será última porque el final de una historia, como ya sabes, no es más que el principio de su propia continuación. Así que, en lugar del habitual FIN de todos los cuentos, este solo puede acabar diciendo:

Había una vez…

Mi agradecimiento

A Marc Arenyes por su ayuda incondicional, paciente y entusiasta.

A Obdúlia por su ojo siempre avistado y certero.

A Helen (Nora Albert) por acogerme en su casa de Ibiza donde aparecieron las primeras imágenes de esta historia.

A Nelo por ayudarme a construir a Pino.

A María Castrejón por la parte que le toca.

A quienes he robado frases y situaciones para usarlas en la ficción.

Y a todas las que sin saberlo (y, a menudo, sin desearlo) me han regalado escenas bien suculentas.

Notas

[1] La clínica veterinaria *Vet Aquí* existe y tiene su sede en la calle Rosselló de Barcelona. Un nombre tan acertado merecía el pequeño homenaje que se le hace en este libro. (Todas las notas son de la autora.)

[2] —«En el sexo todo está permitido.»
—«Incluso la castidad.»

[3] La cita ha sido extraída (y adaptada) del artículo de Dolores Juliano «Lesbianismo y roles de género» (2004).

[4] Los *esplais* son centros de ocio para niñ@s y jóvenes.

[5] Las referencias a la vida de las lesbianas durante el franquismo se han extraído del artículo de Matilde Albarracín «Libreras y tebeos: las voces de las lesbianas mayores», en Platero, Raquel (coord.), *Lesbianas. Discursos y representaciones*, 2008, Melusina, Barcelona.

VII Premio Terenci Moix
de Narrativa Gay y Lésbica de la Fundación Arena

© Isabel Franc, 2012
© Ilustración de la página 28: Pat Carra
© Editorial EGALES, S.L. 2012
Cervantes, 2. 08002 Barcelona. Tel.: 93 412 52 61
Hortaleza, 62. 28004 Madrid. Tel.: 91 522 55 99
www.editorialegales.com
ISBN: 978-84-15574-80-4
© Fotografía de portada: Mark Owen / Arcangel Images
Diseño gráfico de cubierta: Nieves Guerra
Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.